





TALLER

de encuadernación

de

FELIPE GARCIA

OVIEDO

65118

DGCL

A

t. 65118

C. 1082140

1871  
MAY 10 1871  
NEW YORK

VIDA

DE LA

R. M. MARÍA ADELAI DA DE SANTA TERESA



SECRET TWAJ BY ADLJCA ALRAJ M. 2

VIDA  
DE LA  
RDA. MADRE MARÍA ADELAIDA  
DE SANTA TERESA

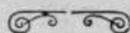
FUNDADORA DEL CONVENTO DE RELIGIOSAS CARMELITAS

DE LA VILLA  
DE GRAJAL DE CAMPOS

POR

*Don Robustiano Antón Cuñado*

PRESBITERO



SALAMANCA  
IMPRESA DE CALATRAVA  
*á cargo de L. Rodríguez*

—  
1900



R.54330

1872

REV. MADRE MARTA AGUIAR

DE SANTA TERESA

CONVENCION DEL INSTITUTO DE ENSEÑANZA CATORCENARIA

1872

CONVENCION DEL INSTITUTO DE ENSEÑANZA CATORCENARIA

Los señores

SECRETARIO

1872

SECRETARIO

SECRETARIO

1872

## ADVERTENCIA

---

Obedeciendo los decretos emanados de la Santa Sede, singularmente los del Sumo Pontífice Urbano VIII, de 13 de Marzo de 1625, 5 de Julio de 1634 y 6 de Julio de 1638, declaro que en todo cuanto digo en esta biografía sobre las virtudes heróicas de la Rda. M. María Adelaida de Santa Teresa, así como también respecto de algunos sucesos extraordinarios y de los calificativos de santa ó venerable que la atribuyo, no es mi intento afirmar lo con otra autoridad que la puramente humana, sin pretender prevenir el juicio de la Iglesia, de quien me confieso obediente hijo, y á cuyo juicio someto cuanto he escrito en este libro.



*Nos el Dr. D. Francisco  
Gómez-Salazar y Lucio-Villegas,*

*Por la gracia de Dios y de la Santa Sede  
Apostólica Obispo de León, etc., etc.*

*Vista la censura favorable, conce-  
demos nuestro permiso y licencia para  
que pueda imprimirse la obra titulada  
Vida de la Rda. M. María Adelaida de  
Santa Teresa, fundadora del convento  
de Religiosas Carmelitas de la villa  
de Grajal de Campos, escrita por don  
Robustiano Antón Cuñado, Presbí-  
tero.*

*León, 14 de Septiembre de 1899.*

† FRANCISCO, Obispo de León.

A la R. M.

*Dolores del Costado de Cristo  
Priora*

y á todas las Religiosas Carmelitas del convento  
de Cristo Crucificado de Grajal de Campos

---

¿A quién, sino á vosotras, hermanas carísimas, dedicaríá yo este pequeño trabajo, bosquejo imperfecto de la admirable vida de vuestra insigne Fundadora y Madre amantísima? La muerte, inexorable en la elección de sus víctimas, os ha privado de su preciosa vida: digo mal, Dios nuestro Señor es quien la ha separado (sólo por un momento) de vosotras. Aún os parece verla discurrir, con su modesto continente, por esos silenciosos claustros; aún aspiráis fresco y suave el aroma de sus virtudes; resuena todavía dulcemente en vuestros oídos su palabra amorosa; no hay rincón de ese santo retiro donde, al volver vuestros ojos, no encontréis grabado su nombre bendito por un santo recuerdo. Las líneas del plano de esa casa religiosa, trazadas por sus maestras manos; los ladrillos de su fábrica, amasados con sus lágrimas; el orden de sus dependencias, regulado y dirigido por el amor al bienestar de sus hijas; las imágenes sagradas,

*con tanta devoción como gusto artístico por ella escogidas; los armoniosos cánticos, que repetís ahora, y que un día brotaron de su pecho fervoroso; el templo santo, en que el divino Esposo la comunicó tan singulares gracias; las flores de vuestro jardín, los árboles de vuestra huerta, el limpio espejo de vuestro estanque, todo ¡ay! trae á vuestra memoria un recuerdo, á vuestro pecho un suspiro y una lágrima ardiente á vuestros ojos. ¿Cómo no os han de parecer pálidos los cuadros que mi pluma va á trazaros? ¿Cómo os ha de satisfacer un retrato sin color y ejecutado por inhábil mano, á vosotras, que tuvísteis la dicha de contemplar el original lleno de vida y gracia? Aceptadle, no obstante, como hijo de mi admiración á la venerable Madre y de mi amor á esa santa casa.*

*Si lograrse con él alguna gloria para la ilustre Fundadora, algún consuelo para vosotras y alguna enseñanza para las que, Dios mediante, han de sucederos en la profesión de vuestra Regla, daré por cumplido mi único anhelo.*

*Y habré también logrado la única recompensa á que aspiro, si ella me mira benignamente desde el cielo, y vosotras me dáis un lugar en vuestras oraciones cabe el tabernáculo donde mora vuestro divino Esposo.*

El Autor.



## INTRODUCCIÓN

---



SIEMPRE ha sido Dios admirable en sus siervos, y ni el tiempo ni el espacio han agotado ni agotarán jamás su misericordia. En todas las épocas, en las diversas etapas porque ha pasado el género humano, ha hecho brillar su omnipotencia y la eficacia de su divina gracia en esas almas privilegiadas, que le han servido de instrumento para realizar en la tierra obras dignas de su soberana Providencia y de su tierno amor para con los hombres.

Clara y muy relevante prueba de lo que decimos ofrece la prodigiosa vida de la Reverenda M. María Adelaida de Santa Teresa, fundadora del convento de Religiosas Carmelitas de la villa de Grajal de Campos, en este obispado de Leon, cuya breve reseña vamos á trazar.

Elegida desde luego por Dios de entre

una familia y una sociedad, que pretendían querer arrebatársela, dotada por la soberana Bondad de altas prendas y extraordinarios dones, purificada en el crisol de la tribulación y del dolor, fué destinada por la Divina Providencia á recorrer un penoso calvario erizado de espinas y sembrado de dolores, encontrando á cada paso en su camino enemigos que la persiguen y obstáculos que humanamente no puede vencer; pero sin mostrar ni un solo instante debilidad, y llevando siempre enhiesta la cruz bendita, á pesar de las lágrimas que vierten sus ojos, á pesar de las espinas que hieren sus piés; hasta que, complacido el Señor del heroico sacrificio y de la constante virtud de la virgen fiel, la concedé, al fin, reposar en un nuevo Tabor, en dondé, rodeada de amantes hijas, contempla y canta las glorias de su Dios los breves días que la restan de vida sobre la tierra; entregando luego dulcemente su alma en manos del Criador, para ser trasladada á la región donde reina la indeficiente luz.

Hé ahí, en resumen, la biografía que vamos á bosquejar. Breve va á ser nuestra narración. La humildad de nuestra heroína nos privó de muchos datos que hubiéramos podido utilizar; pues llevada de su menosprecio á las cosas humanas y de su amor al olvido

y desconocimiento de los hombres, quemó cierto día, con sorpresa y sentimiento de sus buenas religiosas, el árbol genealógico y otros documentos y apuntes, que podían redundar en honra de su persona, ó dar testimonio patente de sus virtudes; lo cual nos impedirá alguna vez precisar ciertos hechos ó concretar alguna fecha. Afortunadamente la falta de tales documentos puede suplirse, para muchos acontecimientos de su vida, por la declaración de testigos presenciales y de mayor excepción, que aún existen, y cuyas palabras y escritos oportunamente citaremos. ¡Ojalá tuviéramos mayor caudal, para realizar dignamente nuestro propósito! Pero mientras otra más experta mano se encarga de ello, pagaremos este pequeño tributo de nuestra admiración y de nuestro cariño á la insigne hija de Santa Teresa, y satisfaremos, en parte, los vivos deseos que las buenas religiosas de su conventito de Grajal, y otras muchas personas, tan ilustres como el Padre Procurador General de los Carmelitas y el Ilmo. Sr. Obispo de Comayagua han mostrado, en expresivas cartas, á las mismas religiosas, de que se escribieran los principales sucesos de la interesante vida de la virtuosa fundadora.

The first part of the paper is devoted to a general discussion of the problem of the origin of life. It is shown that the origin of life is a problem of the first order of importance, and that it is one of the most important problems of the present day. The author then proceeds to a detailed discussion of the various theories of the origin of life, and shows that the most probable theory is that of the origin of life from non-living matter. The author then discusses the various stages of the evolution of life, and shows that the most probable theory is that of the origin of life from non-living matter. The author then discusses the various stages of the evolution of life, and shows that the most probable theory is that of the origin of life from non-living matter.



## CAPÍTULO PRIMERO

---

### ANTECEDENTES HISTÓRICOS



IRLANDA, la antigua y célebre Hibernia, tan notable en los anales de la historia por sus tribulaciones y desventuras, por sus virtudes y heroísmo, fué el solar de la ilustre familia de los O'Sullivan, noble, más que por sus títulos y sus riquezas, por su adhesión firme y constante á la Religión Católica, que profesaba, y por las persecuciones honrosamente sufridas en aquella aciaga época en que los reyes de Inglaterra trataron de arrancar con inaudita violencia á los hijos de la verde *Erin* la fe de sus mayores. Poseían los O'Sullivan en el siglo décimo sexto un condado al Sur de la isla, el de Bautry, cuyo título llevaba la familia, teniendo por mote en su escudo: *No hay mano tan generosa, tan universal, como la mano de O'Sullivan.* De esta ilustre familia descendía nuestra heroína. Su quinto abuelo era quien por entonces disfru-

taba del condado, reinando á la sazón en Inglaterra Enrique VIII.

— Este lascivo y cruel monarca, que diera un día, con su celo y religiosidad, lisonjeras esperanzas á la sociedad y á la Iglesia, envilecido luego por pasiones bastardas y atropellando las leyes de la Religión y de la moral, dió al mundo un triste espectáculo, semejante al de los primeros y más crueles perseguidores del Cristianismo. Casado hacía dieciocho años con una ilustre española, D.<sup>a</sup> Catalina de Aragón, hija de los reyes católicos D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel, quiso que Roma declarase nulo su matrimonio, con frívolos pretextos, para poder casarse con la infame y desenvuelta joven Ana Boleyn, que astutamente había logrado encender en el corazón del Rey la llama de una pasión funesta, quitándole al mismo tiempo toda esperanza de satisfacerla mientras no fuera su esposa. El Papa sostuvo con firmeza los inquebrantables derechos y prerrogativas del matrimonio cristiano, sin dejarse doblegar ni por las promesas ni por amenazas. ¿Cómo, pues, satisfaría el rey sus infames deseos? ¡Ah! el mónstruo de la lujuria todo lo atropella; el caballo desbocado lánzase al precipicio sin que haya valladar que le detenga. Tal hizo Enrique; apeló á los medios más inícuos; se casó con Ana, hizo que Tomás Crammer, Arzobispo de Cantorbery, declarase válido ese matrimonio, y se constituyó en Jefe supremo de la Iglesia Anglicana.

Aquí empezó una era de cruel persecución contra los católicos, que había de durar algunos si-

glos. Innumerables fueron las víctimas de la tiranía del monarca adúltero: la menor resistencia á sus planes era castigada con el hacha del verdugo, y sólo el título de católico era suficiente para ser objeto de las iras del tirano.

Esta persecución arreció durante el reinado de su hija Isabel. Los cabellos se erizan al leer los horrores que el mismo protestante Cobbet refiere en sus *Cartas* y las pavorosas escenas que nos describe Challoner en sus *Memorias*. La noble y generosa Irlanda dió en esta ocasión gallarda muestra de su fe acrisolada y de su generoso espíritu. Trató, desde luego, de luchar hasta morir por su Religión y por su libertad; pero su heroico esfuerzo fué impotente contra la superioridad de los tiranos. Viéronse entonces desarrollarse en aquel noble suelo las más inauditas crueldades: fueron arrasados los templos, destruidos los monasterios, desterrados los sacerdotes, quemadas las imágenes, abolido el culto, confiscados los bienes de los católicos en pró de los magnates ingleses y espíados aquéllos constantemente para pagar con atroces suplicios las más inofensivas demostraciones de religión y piedad; en una palabra: "Los verdugos y la cárcel, dice el historiador César Cantú, eran los argumentos del nuevo cisma,,. Así logró la hija adúltera de Enrique no dejar á los hijos de Irlanda más que ojos para llorar sus desventuras.

Una de las ilustres víctimas de esta fiera persecución fué la piadosa familia de los O'Sullivan.

Vióse despojada de sus títulos, confiscados sus bienes y perseguida sin tregua. Pero firme en su fe y abrazándose con todas las privaciones y trabajos antes que abandonar la Religión de sus mayores, comió el negro pan del destierro, huyendo con otras muchas á España, en cuya católica nación esperaban encontrar generosa hospitalidad. Efectivamente, Dios que no abandona á los suyos, protegió á los O'Sullivan. Fué bien acogido el Barón con toda su familia en la corte de nuestro monarca, siendo más tarde premiada su religiosidad y su heroísmo por el rey Felipe III, que le nombró gentil-hombre de cámara. Terminó aquí sus días el ilustre conde en 1613, siendo sepultado en el colegio de Nobles Irlandeses de Salamanca, fundación de Felipe II para proveer de misioneros aquel bello y desgraciado país. El colegio se halla instalado hoy en el llamado del Arzobispo, magnífico edificio construído por D. Alfonso Fonseca, y en donde se conserva el retrato del conde Beare O'Sullivan, quinto abuelo de nuestra V. Madre Adelaida.

Calmada algún tanto la persecución de que eran objeto los católicos en Inglaterra, la familia O'Sullivan se restituyó á su patria. Su nobleza y méritos la grangearon la consideración general y vióse nuevamente á muchos de sus distinguidos miembros ocupar elevados puestos en la sociedad.

Entre los que descollaron por sus altos hechos figura en el siglo pasado D. Juan O'Sullivan, bisabuelo de nuestra Madre, Ayudante y cuarto ge-

neral del Príncipe D. Carlos Eduardo, á quien acompañó en su excursión por las islas Hébridas y en la batalla de Collondon, en la que con su valor salvó al mismo príncipe de una muerte segura.

No fué menos distinguido su abuelo D. Herberto Tomás, Edecán del general D. Enrique Clintón, con quien hizo la famosa guerra de siete años de Inglaterra con sus colonias de Norte-América, que dió por resultado la independenciancia de los Estados Unidos, reconocida por el tratado denominado Paz de Versalles, celebrado en París el 13 de Septiembre de 1783.

Mas no eran las distinciones sociales ni los cargos públicos lo que más honraba á la familia O'Sullivan. Sus virtudes domésticas y su acendrado catolicismo eran prendas que la enaltecían delante de Dios y de la sociedad, aún más que los entorchados y los títulos. Brillante prueba de su amor á la Religión dieron los abuelos de la Madre Adelaida durante su permanencia en los Estados Unidos. Para no verse privados en aquel país protestante del culto y Sacramentos cristianos, hallaron modo de convertir su misma casa en oculta iglesia, donde se reunían algunos católicos á practicar los deberes religiosos, oír la palabra divina, que fortaleciera su fe y ofrecer al Señor el augusto Sacrificio de nuestros altares. Y cuando más tarde la independenciancia abrió una nueva era en la historia de aquellos Estados y brillaron también nuevos horizontes para los católicos, que pudieron ya practicar públicamente su Religión,

ellos mismos cooperaron de una manera eficaz, juntamente con el Cónsul español y otras distinguidas personas, á la erección de un templo católico dedicado á San Patricio, en el que se celebró por primera vez públicamente el Santo Sacrificio de la misa el 11 de Junio de 1785. Este humilde templo se halla hoy convertido en la grandiosa Catedral de San Patricio, toda de blanco mármol; y allí resuenan los cánticos sagrados y se celebran con gran solemnidad los sublimes misterios de nuestra Religión sacrosanta.

Tales fueron los progenitores de D. Juan Tomás O'Sullivan, padre de nuestra Adelaida, quien juntamente con la nobleza heredó la acendrada fe y excepcionales virtudes de sus padres, que le hicieron muy pronto acreedor á los más elevados puestos. El Gobierno americano le encomendó su representación, nombrándole cónsul general en los estados de Berbería y más tarde en las islas Canarias. Deseoso de unir su suerte á una persona digna de su rango y de sus cualidades, contrajo matrimonio en Gibraltar con doña María Ronley, perteneciente á la familia de Lord Chesterfield, que por desgracia profesaba la religión protestante anglicana. De este matrimonio nacieron seis hijos: Guillermo, Juan, María, nuestra Adelaida, Tomás y Herberto.

Hemos juzgado conveniente apuntar la reseña que precede, ya para dar á conocer el distinguido abolengo de nuestra R. Madre, ya para que aparezca mejor en lo sucesivo cuán bien reflejaba

en su corazón y en sus costumbres las nobles cualidades de la ilustre familia de que descendía. Realizado este propósito, pasemos ya á nuestro principal objeto.

## CAPÍTULO II

### NACIMIENTO Y PRIMEROS AÑOS DE LA R. MADRE MARÍA ADELAIDA

Nueva York, ciudad y puerto de los Estados Unidos, emporio de su comercio y creciente progreso, lugar adonde afluyen inmigrantes de todos los puntos de la tierra; en donde se confunden en continuo movimiento hombres de todas las razas y de todos los idiomas, y en que parece se han dado cita para cambiar sus productos las industrias y el comercio del antiguo y del nuevo mundo, fué el pueblo que vió nacer á nuestra insigne heroína, el día 8 de Octubre de 1817. Fué luego bautizada en la iglesia anglicana, á la que su madre pertenecía, recibiendo el nombre de Adelaida Francisca.

No deja de llamar la atención el que D. Juan Tomás, á pesar de su acendrado catolicismo y de las leyes canónicas que prescriben que en los matrimonios mixtos, ó sea de católico con protestante ó hereje, es indispensable asegurar la educación cristiana de la prole, comprometiéndose para

ello el consorte disidente á permitir y el católico á hacer educar á sus hijos en el Catolicismo, consintiera, sin embargo, que los suyos fuesen bautizados y educados en una secta disidente, privándolos del primero y mayor de todos los bienes sobrenaturales, que es la santa Fe. ¿Cómo se comprende esto, dada la nobleza de sus sentimientos, su constancia en la Religión de sus padres y las sanas tradiciones de su familia? Ciertamente, no podemos explicarnos esta aparente indiferencia de D. Juan por la salud eterna de sus hijos, ni penetrar los secretos motivos que le indujeron á condescender con su esposa en el punto capitalísimo de bautizar y educar á sus hijos en una secta disidente; pero encontramos la clave de este enigma en los designios del Señor, que se valió de esta condescendencia y descuido para hacer resaltar más la amorosa influencia de su divina misericordia en la vida de nuestra V. Madre, y quizá también para atraer á su tiempo con más suavidad al catolicismo á la misma D.<sup>a</sup> María, que, aparte su religión, poseía prendas muy recomendables.

En el régimen de la casa, donde estas prendas se ponen á prueba, nada se echaba de menos en punto á moralidad, orden y cortesía. Una muy esmerada educación presidía todos los actos; las costumbres domésticas eran nobles, á la par que severas; se ejercía pródigamente la caridad con los necesitados, y las personas que frecuentaban la casa de D. Juan, encontraban constantemente en ella delicadeza, sencillez y trato distinguido. Doña

María, educada en Inglaterra al lado de su tía Lady Stanhope, madre de Lord Chesterfield, dió muestras de no haber recibido en vano las sabias lecciones que se le dieran. Poseía una grande alma, un corazón sensible, caritativo y delicado; no salía de sus labios una palabra descompuesta, ni en sus acciones había ligereza, ni en sus costumbres nada que no fuera morigerado. Con estas cualidades, unidas á su natural despejo, á su claro talento y al conocimiento que de la sociedad había adquirido en sus relaciones, en sus viajes y en su frecuente trato con distinguidas personas de la nobleza inglesa, se hallaba en condiciones de dar una esmerada educación á sus hijos, y en ello puso toda la solicitud y amor maternales.

No podía sustraerse Adelaida á la benéfica influencia de las lecciones y ejemplos de su madre, y desde luego comenzaron á reflejarse en su corazón. D.<sup>a</sup> María comprendió que tenía en su Adelaida un tesoro, porque la niña dió muy pronto visibles muestras de su precocidad. Apenas contaba cuatro años y ya irradiaban aquellos ojos y aquel semblante algo extraordinario que llamaba la atención y se atraía el cariño, no sólo de su madre, sino de cuantos la trataban. Era su rostro hermoso y sonrosado, brillantes sus ojos, vivo y alegre su carácter; y tan distinguidos aparecían sus modales, que los amigos de la casa la llamaban *la niña original*.

## CAPÍTULO III

ADELAIDA RECIBE EL BAUTISMO, QUE LA ADMINISTRAN UN OBISPO CATÓLICO

Había cumplido Adelaida cuatro años, y la divina Providencia, que tenía designios singulares sobre esta privilegiada criatura, quiso, desde luego, favorecerla con especial protección, como vamos á ver demostrado en su providencial ingreso en el seno de la Iglesia Católica.

Frecuentaban la casa de D. Juan los católicos neo-yorkinos, y no era raro el que invitase á su mesa á algún sacerdote católico. Fué un día de 1821 objeto de tales atenciones, el Ilmo. Sr. don Benjamín Jeniverk, Obispo de Berton, y ocurrió que al terminar el almuerzo, mientras los comensales departían amigablemente con la nobleza y distinción propias de aquella casa, llegaron los niños del colegio, incluso Adelaida, que ya comenzaba á asistir á él. Esta, con su natural viveza y aguijoneada por la curiosidad, tan propia de su edad y de su sexo, al oír que tenían de huésped á un Obispo, en vez de retirarse á su habitación á despojarse de su sombrerito y del traje que llevaba al colegio, según les tenía ordenado su madre que hiciesen antes de presentarse á los forasteros que hubiera en casa, asomó por la puerta del co-

medor para satisfacer desde luego el deseo de ver un Obispo católico. Viola su padre, y deseando con el entusiasmo propio de tal, que el Ilmo. Señor Obispo conociera á su linda y precoz Adelaida, la hizo seña para que entrase. No necesitó más ésta, para correr á colocarse sobre las rodillas de su padre, arrojando antes sus sombrerito, al oír á doña María que la reconvenía por entrar sin las formas acostumbradas. Saludó al Prelado con reverencia y sin cobardía y sostuvo con el mismo un animado diálogo, quedando tan prendado el Obispo de la hermosura y excepcionales dotes de la niña, que se atrevió á suplicar á sus padres que, como postre del banquete con que acababan de obsequiarle, y ya que D. Juan tenía la dicha de profesar la Religión Católica, le concediesen la gran satisfacción y el inmenso consuelo de bautizar á aquella niña y afiliarla de este modo á la verdadera Iglesia de Jesucristo; porque espero fundamentalmente, añadió, que ha de ser esto no sólo un bien incomparable para Adelaida, sino también una esperanza y una futura gloria para la familia.

Doña María, aunque sectaria del protestantismo, ya por complacer á un Prelado tan ilustrado y virtuoso, ya porque el mismo Protestantismo reconoce que dentro de la Iglesia Católica los fieles pueden salvarse, ya porque la Providencia misteriosamente inclinase su corazón á dar el beneplácito, contestó que, si su esposo tenía gusto en ello, por su parte no se oponía. D. Juan accedió complacidísimo; y entonces el Prelado, preparado

todo lo necesario, administró por sí mismo el Sacramento de la regeneración á Adelaida y la enseñó el uso de la señal de la cruz, símbolo de nuestra Redención, cosa que ni olvidó ni dejó ya de practicar Adelaida en todos los días de su vida (1).

La gracia del Bautismo produjo maravillosos efectos en su tierno y generoso corazón, que desde entonces comenzó á dar más visibles pruebas de sus relevantes cualidades. Veíase santiguarse con gran regocijo, gustaba de oír hablar de Dios y del cielo y parecía su alma embelesada al contemplar los actos públicos del culto católico, aunque esto lo lograba pocas veces. Estas vivas, aunque vagas impresiones, duraron en su espíritu hasta que en él comenzaron á alborear los destellos de la razón. Entonces fué también cuando empezó á gustar el cáliz amargo del dolor, que el Señor quería fuese su bebida constante todos los días de su penosa peregrinación por la tierra. La primera vez que probó su espíritu este licor de las almas fuertes, fué con ocasión del triste suceso que vamos á referir.

---

(1) Sabido es, que aunque el Bautismo administrado por los protestantes en la forma que prescribe la verdadera Iglesia es válido; sin embargo, como ordinariamente se desconfía de que usen la materia y forma adecuadas, se bautiza *sub conditione* á los conversos del protestantismo, para evitar por una parte que se queden sin este Sacramento, y por otra el que sean rebautizados.

## CAPÍTULO IV

## MUERTE TRÁGICA DE DON JUAN

Tranquila y alegre vivía la familia O'Sullivan en Nueva-York, cuando un golpe tan inesperado como terrible, vino á hacerla estremecer de espanto y á sumirla en profundo dolor. Asuntos de interés, habían obligado á D. Juan Tomás á hacer un viaje en 1824. Navegando cierto día por las costas de América del Sur en un barco de su propiedad, un terrible temporal que se desencadenó en el Atlántico, destrozó su embarcación, haciéndola encallar en una barra próxima al puerto. El noble y caritativo señor, abandonando los cuantiosos intereses que llevaba, sólo se cuidó de que los infelices tripulantes pudiesen quedar á salvo. Trabajó sin cesar con los marineros para librar á aquellos desgraciados de una muerte segura, cargó sobre sus espaldas á un pobre viajero que no sabía nadar, y con heroico esfuerzo trató de conducirle hasta lugar seguro; y cuando estaba para realizar su caritativo deseo, fuera efecto de los extraordinarios esfuerzos practicados, fuera por otro accidente natural, sintió que le faltaban las fuerzas, sufrió una terrible sacudida en su pecho y en todos sus miembros, y cayó en los brazos de la muerte por dejar á su prójimo en

los brazos de la vida. Acción heroica y generosísima, que demuestra la nobleza y bondad de aquel corazón magnánimo y que hallaría, sin duda, su inmediata recompensa en el cielo. Pero, ¡cuán cara y terrible fué para D.<sup>a</sup> María y sus hijos, que perdían un esposo tan amante y noble y un padre tan solícito y cariñoso!

Consternados les dejó por mucho tiempo el trágico fin de D. Juan, sobre todo á nuestra Adelaida, que en la pérdida de su padre veía también la del protector de su fe y maestro de su religión, precisamente en la ocasión en que más necesario le había de ser; pues su inteligencia se desarrollaba é iba á entrar en la edad más peligrosa de la vida, en que el corazón es inexperto, volubles las inclinaciones, frecuentes las lisonjas que á las pasiones ofrece el mundo, y por ende se encontraba sola con su fe para librar los combates que, con el fin de arrebatársela, había de levantar el infierno. Resignóse, no obstante, confiando que no la faltaría la amorosa providencia del Señor.

D.<sup>a</sup> María, pasadas las primeras impresiones que le causara la muerte de su esposo, trató de organizar los negocios de su casa. Había dejado D. Juan al morir seis hijos: Guillermo, Juan, María, Adelaida, Tomás y Herberto. Los dos primeros se hallaban estudiando en París, y su madre los hizo venir para que se encargaran de la dirección de los asuntos de la familia. Juan, aunque menor que Guillermo, fué preferido por su madre para este objeto.

Era, en efecto, Juan, hombre de no vulgar talento, al que unía un corazón adornado de hermosas cualidades; era digno hijo de D. Juan por su nobleza de carácter, su fina educación, sus caritativos sentimientos, su incansable actividad y su acendrado cariño á su madre y hermanos, sobre todo á Adelaida, en quien su ojo perspicaz veía brillar las relevantes dotes de que hemos hecho mención. No es, pues, extraño que utilizando constantemente tales prendas, lograrse no sólo hacer prosperar su casa, sino abrirse paso en el camino de la gloria, conquistando las simpatías de la más alta sociedad neo-yorkina, y obteniendo más tarde los elevados cargos de Regente de la Universidad de Nueva-York y Ministro de los Estados Unidos en Portugal.

La madre dedicóse toda á hacer de sus hijos unos dignos herederos de la nobleza y virtudes de los O'Sullivan, no perdonando medio ni sacrificio para que recibiesen una educación esmerada y correspondiente al nombre que llevaban y al lugar que ocupaban en la sociedad. Proporcionó á los pequeños los mejores maestros, los colocó en los colegios más acreditados y no abandonó nunca la dirección personal que, como á madre cariñosa y solícita, la correspondía. Bajo tales auspicios comenzó nuestra Adelaida el período de su vida, en que su clara inteligencia comenzaba á dar gallardas muestras de su penetración y su gran corazón á saborear los encantos de la virtud.

## CAPÍTULO V

## VIDA DE ADELAIDA EN NUEVA-YORK

Difíciles eran las circunstancias que rodeaban á Adelaida y nada favorables al desarrollo de su fe religiosa. El Protestantismo era la religión oficial del Estado y la que profesaban la mayor parte de los norteamericanos; los de su casa eran decididos partidarios de la secta, y lejos de poner los medios para que Adelaida se instruyera en la Religión católica, la sustraían los pocos de que podía disponer para adquirir el necesario conocimiento de los dogmas cristianos y del culto religioso. Se le ocultaban los libros que á la familia regalaban algunos Padres de la Compañía de Jesús y otros sacerdotes; no se le permitía frecuentar, como ella quisiera, el templo católico; antes bien, para apartarla de su asistencia al mismo, le decían sus hermanos que era la iglesia de los pobres y que los concurrentes despedían *olor á cebolla*. Pero á pesar de esta constante oposición, Adelaida se mantenía firme en su deseo de conocer á Dios y conocer la Religión. Sentía en su corazón un vehementísimo impulso hacia la virtud; ansiaba tener fe, mucha fe, porque juzgaba que ésta había de ser la antorcha que la guiara en el camino que ansiaba recorrer. La gracia de Dios

había venido á suplir con su eficacia en esta alma pura y candorosa la falta de lecciones y de ejemplos; así que parecía animada de un instinto sobrenatural hacia las cosas divinas. Sentía un vacío grande, muy grande, en su espíritu, y creía que aquella fe porque suspiraba, y aquella religión que profesara su padre, y aquella cruz que tantas veces formaba sobre su frente y sobre su corazón, debían encerrar el secreto de esa verdad, de esa virtud y de esa felicidad por que anhelaba.

Un hermoso hecho nos probará de qué modo preocupaban estas ideas la tierna inteligencia de Adelaida.

Es corriente entre los niños de Nueva-York la idea supersticiosa de que Dios concede lo que se le pide, siempre que se le eleve una oración al divisar la primera estrella en el cielo al anochecer. Jugueteara cierto día Adelaida con sus hermanitos menores y otros niños á la hora citada, y se convinieron en pedir á Dios la gracia que más desease el primero que divisase alguna estrella. Cupo esta suerte á Adelaida, y ésta, cumpliendo lo convenido, hizo la siguiente oración: "¡Oh, Dios, yo te pido tener mucha fe!„ Y para demostrar á los demás niños que le había sido concedida la gracia, les dijo: "Para que veáis que ya tengo fe, meteré el brazo y la cabeza en el establo oscuro„ (al cual nunca se acercaban por miedo); y así lo hizo, teniéndolos dentro unos momentos para que se convencieran de que efectivamente Dios le había concedido lo que deseaba.

No se contentó con fomentar en su corazón estos nobilísimos sentimientos, sino que procuraba también, siempre que tenía ocasión, concurrir al templo católico á presenciar los ritos y ceremonias de la Iglesia, que causaban honda impresión en su espíritu. Un día de Viernes Santo, tomando de la mano á su hermanito Tomás, se dirigió al templo católico, en ocasión en que se celebraba la adoración de la cruz: los niños tomaron parte en la ceremonia con gran gusto de Adelaida, que por primera vez veía aquella sublime representación de la pasión y muerte de Cristo. No faltó quien participara á D.<sup>a</sup> María este suceso, é interrogándola después ¿qué había ido á hacer á la iglesia? respondió: "Fuí á dar un beso á Jesús que estaba muerto.."

Donde quiera que hallase ocasión propicia para averiguar algo que tuviera relación con Jesucristo, ó con su divina Religión, allí acudía Adelaida. Supo que cierto día se hallaban reunidas muchas personas en la sinagoga que los judíos tienen en aquella capital (en la que como hay hombres de todas las razas y de todos los idiomas, hay también sectarios de todas las religiones) y acompañada de su inseparable Tomasito, quiso penetrar en el templo judío; pero el portero se lo impidió, diciéndoles que sólo entraban hombres. Insistió la niña, replicando que también ellos querían ver lo que allí se hacía, pero en vano, porque el portero de ninguna manera quiso permitirlos el paso. Reprendió D.<sup>a</sup> María á Adelaida al saber que tal pro-

pósito había tenido, mas ella con toda sencillez, respondió: "Como Jesús fué judío, yo quería saber lo que allí hacían y lo que de El decían los judíos."

Con estos, y otros parecidos hechos, revelaba la niña los vivos deseos que abrigaba su corazón de conocer á su Dios para tributarle la debida adoración y obsequio.

Al par que su deseo de fe, iba creciendo su amor á la virtud y manifestándose progresivamente las nobles y delicadas cualidades de su corazón. Era obedientísima á su madre y muy amante de sus hermanos; jamás les mostró rostro ceñudo, ni les dió motivo alguno de pena; siempre sonriente y amiga de complacer á todos, no encontraba dificultad ni repugnancia en practicar cuanto la ordenaban; y solía hacerlo tan ingeniosa y cumplidamente, que se atraía el cariño y robaba los corazones: por esto, siempre se acudía á la niña Adelaida para los encargos propios de los niños, en la seguridad de que habían de ser hechos con puntualidad y esmero. Cansada un día de hacer recados, arrodillóse en la escalera pidiendo á Dios "la diese mal genio para que no la mandaran tanto." No es, pues, extraño que fuera la predilecta de la casa.

Su madre presentía y ya afirmaba, que aquella niña había de ser una gran mujer, y Juan, su hermano, que observaba cuidadosamente las dotes y progresos de Adelaida, la profesaba entrañable cariño. Dios no podía dejar sin recompensa el tributo de amor, que tan sinceramente le ofrecía

aquel tierno corazón, y en su amorosa Providencia dispuso proporcionarla un medio de esos que sabe poner en juego cuando quiere favorecer á sus escogidos.

Comenzó á frecuentar la casa una joven costurera, que por orden de D.<sup>a</sup> María debía prestar sus servicios en la misma. Afortunadamente, la joven era una excelente y piadosa católica, y esta circunstancia vino á abrir nuevos horizontes á los deseos y esperanzas de Adelaida. Simpatizó desde luego con ella, apenas supo que profesaba con celo y fervor nuestra Santa Religión, y trató de aprovecharse de la ocasión, con que el cielo la brindaba para afirmarse más y más en su fe y hallar más fáciles medios de practicarla. La piadosa costurera, por su parte, se felicitó del hallazgo de una tan graciosa criatura, á quien podía hacer mucho bien. Departían amigablemente muchos ratos, hablando de las verdades importantes de la Religión y de los encantos de la virtud, y estimulándose mutuamente á la práctica de las mismas. Por entonces, ya había hecho Adelaida sus primeras confesiones, deparándola el Señor para este objeto á un Padre de la Compañía de Jesús, Jorge Jeniverk, hermano precisamente del Ilmo. Sr. Obispo que la había administrado el Bautismo. Este ilustrado y celoso Padre tomó con gran interés la dirección de un alma tan sencilla, tan ardiente y rodeada, por otra parte, de tantos peligros que pusieran á prueba su fe. La piadosa costurera la sirvió de medio para consultar sus dudas y reci-

bir alientos en las ocasiones, que no la era dable hacerlo por sí misma, y ella también la llevaba ocultamente libros y otros objetos piadosos, con los cuales Adelaida se regalaba y fortalecía más cada día en su fe y en su amor á Dios. Entre los que más la agradaban, reservóse una medalla de la Santísima Virgen llamada *la Milagrosa*, á la que profesó siempre singular devoción, haciendo voto de llevar consigo toda la vida aquella medalla, como cariñosa prueba de su piedad, promesa que cumplió hasta la muerte. También guardaba un pequeño crucifijo, regalo de su confesor, el cual traía pendiente de su cuello con una cadena de oro. Gustaba mucho de contemplar la imagen del Crucificado, y pasaba horas enteras delante del espejo en ademán de arreglar su hermosísima cabellera, que la cubría todo el cuerpo como negro manto de seda; pero en realidad regalándose con Jesucristo y dirigiendo amorosos coloquios á aquella cruz bendita, símbolo de nuestros combates y de nuestras esperanzas.

No se ocultaba á la familia la admirable transformación de Adelaida que, juguetona y ligera como pintada mariposilla, parecía ahora absorta en algún alto pensamiento, pero sin perder por eso su ingenuidad, su candor, su nunca interrumpida alegría, ni su ingeniosa gracia, que era como la sal en todas las reuniones de familia. Juan, como hombre de talento y de espíritu observador y tan amante de su hermana, quiso sorprenderla en alguno de los deliciosos momentos que pasaba entrete-

nida en su tocador como en un oratorio. Observó un día que su hermanita acariciaba un objeto que traía pendiente del cuello, y no pasó mucho tiempo sin que la preguntara, inquieto por lo que aquello significaría: "Adelaida, he visto que acaricias y besas un objeto que traes pendiente de tu cuello, ¿quieres enseñármelo?," Mas ella, apretando suavemente la sagrada imagen contra su pecho, contestó: "¡Ay, Juan! Si tú supieras lo que yo guardo aquí.....; pero dispénsame, no puedo enseñártelo,,". Él entonces la replicó con dulzura: "Hermanita, siempre has tenido el corazón abierto para tu madre y para tu hermano, ¿y ahora me ocultas tus secretos?," No logró Juan, ni con esta tierna reconvencción, persuadir á Adelaida que revelara su secreto. Se quejó aquél á D.<sup>a</sup> María, y la señora, que como ya hemos indicado, veía algo extraordinario en su hija, le dijo: "Deja, hijo, á Adelaida, que Dios debe tener designios muy grandes sobre esta criatura,,". No se equivocaba; pues efectivamente su hija recibía del Señor dones singulares.

A medida que ella crecía en edad, crecía también en fe, en modestia, en devoción y en todas las virtudes. Aprovechando la mayor libertad y más tiempo de que disponía, dedicaba éste á frecuentar más el templo católico y las prácticas cristianas. Maravilla ciertamente que una joven de quince años muestre una fe tan firme, una virtud tan sólida y una constancia tan heroica, en medio de tantas tentaciones y peligros. No podía el enemigo de las almas ver con indiferencia sus progresos

en la santidad, y no logrando con sus infernales sugestiones abrir brecha en aquel corazón, quiso, permitiéndolo Dios, manifestar visiblemente su disgusto en los extraordinarios hechos que vamos á narrar, conocidos por la relación que ella misma hizo después algunas veces.

Ocurría que al ir algunos días al templo cruzábase á su paso un negro que tenazmente pretendía interrumpirla en su camino: nada conseguía con variar de dirección, porque volvía á encontrarle de nuevo, persistiendo con tal tenacidad, que la ponía miedo; hasta que haciendo repetidas veces la señal de la cruz con la medalla milagrosa, lograba que desapareciese; lo cual la hizo creer, como ella misma decía, que sin duda era el espíritu infernal que pretendía por este medio apartarla de la práctica de los deberes cristianos.

No paró aquí la obra de Satanás. Comenzó á mortificar á Adelaida con ruidos estrepitosos y nocturnos, que ponían gran espanto en su alma. Consultó el caso con su confesor, quien la dijo que sería una ilusión suya y puro miedo, y que á fin de que aquélla y éste desaparecieran, hiciese quedar á acompañarla por la noche á la costurera católica, que como de más edad y experiencia, lograría con su compañía hacerla perder su preocupación y temores. Obtuvo de su madre permiso para ello; pero ni aun así dejó de sentir y con mayor intensidad tales ruidos. La costurera la aseguraba que ella nada oía, é inquieta por esto Adelaida consultó de nuevo con su confesor; y prestando ya éste

algún interés al suceso, la ordenó hiciera el sacrificio de quedarse sola y de levantarse sin miedo al oírlos, arrodillándose y rezando el *Memorare* de San Bernardo. Mucho le costó el obedecer, pero venció al fin su temor, puso en práctica lo que el Padre la ordenó, y consiguió que desde aquel día no volvieran á molestarla tales ruidos.

No terminaremos este capítulo sin recordar que por este tiempo debió ser cuando recibió por primera vez la sagrada comunión, hacia 1830. Si este acto es grato, tan solemne y tan eficaz para todos los corazones cristianos, ¿quién dudará que para Adelaida, de fe tan ferviente, de tan sensible y tierno corazón, de alma tan pura y tan favorecida por la gracia, revestiría una verdadera solemnidad, acompañada de esa divina comunicación con que Cristo sabe regalar á sus escogidos, de esos sobrenaturales efluvios que el Espíritu Santo derrama sobre las almas? ¿Quién podrá ponderar bastante los transportes de alegría y las llamas de amor santo que abrigaría aquel pecho, en que no habían anidado pasiones bastardas y que se hallaba convertido en Santuario de aquel Jesús, cuya sagrada imagen tantas veces había estrechado contra su corazón? Feliz se consideró Adelaida desde aquel venturoso día; sintió arder en su pecho con más intensidad el fuego santo, creció su deseo de seguir á Jesucristo, aunque hubiera de ser por la erizada cumbre del Calvario; parecióronla vana sombra y flores de un día las lisonjas del mundo; y se dedicó toda á cultivar la buena

semilla que el Señor había sembrado en su corazón y aparecía ya convertida en tiernas plantas de hermosas virtudes.

Muy necesario, en verdad, la era prevenirse; porque llegaba la ocasión de tener que entrar (como dicen) en la sociedad del gran mundo, que sin duda haría todos los esfuerzos por conquistar para sí una joven de tales prendas, rodeándola de las doradas cadenas en que tantos y tantas incautas se dejan aprisionar. Pero Dios velaba por su inocencia y en vano serían todos los esfuerzos del mundo contra aquella alma escudada con su divina gracia.

## CAPÍTULO VI

### TRASLÁDASE ADELAIDA CON SU FAMILIA Á WASHINGTON

En cada año que transcurría veíanse brillar en Adelaida con más esplendor sus especiales dotes de hermosura, talento y virtud; no escatimando D.<sup>a</sup> María medio alguno, á fin de proporcionarla los mejores maestros de instrucción, música, labores y demás conocimientos correspondientes á su rango. A todos se aplicaba con celo y constancia, logrando así adquirirlos también en toda perfección.

Intereses de familia hicieron que el año 1835

D.<sup>a</sup> María resolviese trasladar su domicilio á la capital federal, Washington, centro de lo más florido de la sociedad americana y punto, por consiguiente, en donde Adelaida tenía que encontrar más ocasiones y peligros, que pusieran á prueba su virtud. No hicieron, sin embargo, mella alguna en su corazón. Persuadida de lo difícil de su situación, procuró sustraerse á las diversiones mundanas, dedicarse con fervor á la oración y demás prácticas religiosas y luchar constantemente contra todas las tentaciones con que el mundo quería lisonjearla y atraerla. Los mismos placeres y vida muelle y suntuosa, que parecían ser el ambiente en que se agitaba aquella sociedad materializada, vinieron á producir en su alma una saludable impresión, haciéndola mirar con desvío y separarse de una aparente felicidad, que bajo el vaporoso manto de alegría y placeres, encerraba el vacío, el desengaño y el remordimiento; y á medida que crecía su desprecio del mundo, aumentaba también su amor á las virtudes, sobre todo á aquellas que á su edad y su condición eran más necesarias.

Sentía singular atractivo por la pureza, virtud predilecta de las almas escogidas; guardábala como la joya más preciada de su corazón, ofrecíase al Señor como don singular suyo y cuidaba de tenerla siempre defendida contra todos los ataques con el escudo de la modestia. Esta virtud realzaba extraordinariamente su belleza, haciendo resaltar en toda su persona y en todas sus acciones una sencillez, un candor y un atractivo ini-

mitables. No permitía la menor falta contra ella. Una libertad que se tomó cierto día su maestro de música diciéndole: "Esto no hace falta," (era una manteleta con que cubría el cuello) fué suficiente para que pidiera á su madre se le despidiera de la casa, como se hizo.

Con tal motivo, y deseando Adelaida perfeccionarse en la música, ingresó en el colegio que dirigían las religiosas de la Visitación en Georgetown, próximo á Washington. Allí encontró nuevos y poderosos estímulos para su fervor en medio de aquellas buenas religiosas, y creció más y más en su alma el deseo de darse toda á Dios, de entregarse completamente á aquel divino Esposo, que tan suave y poderosamente atraía su corazón. No fué mucho el tiempo que residió en el colegio; pero sí el provecho que sacó de las lecciones y ejemplos que allí le dieron, y gratísimo el recuerdo que dejó entre las distinguidas colegialas que en él residían.

Y hé aquí á Adelaida nuevamente en medio del gran mundo, dotada de todas las prendas personales que los más exigentes pudieran señalar en una joven de la alta sociedad, en la flor de la vida, en todo el esplendor de su belleza, tiernamente amada de su madre y hermanos, quienes nada escatimaron que pudiera desear ó dar realce á su hermana, rodeada su familia de relaciones distinguidas y abierto á sus ojos un mundo de risueñas ilusiones y gratas esperanzas. ¿Lograrán todas estas cosas abrir brecha en aquel corazón tan bien templado? ¿Podrán esas doradas redes aprisionar

á la que tantas veces ha conseguido romperlas, volando libre por la diáfana y apacible atmósfera de la virtud?

## CAPÍTULO VII

TRATA LA FAMILIA DE QUE ADELAIDA CONTRAIGA MATRIMONIO, Y ÉSTA SE OPONE Á ELLO

La virtud cristiana no sólo enaltece y aprovecha á quien la posee, sino que, siendo de suyo eficaz y comunicativa, produce inmensos bienes en cuanto la rodea. No fueron ciertamente escasos los que logró la de Adelaida, tanto en el hogar doméstico como en la sociedad que frecuentaba. Había contraído matrimonio su hermana mayor con un celebrado poeta inglés, D. Samuel Saugtree, revelándose con este motivo la beneficiosa influencia de Adelaida, que, con su discreción, amabilidad y virtud, no sólo logró suavizar y vencer algunas dificultades, que al contraer el matrimonio surgieron, sino que de tal modo se granjeó el cariño de los nuevos consortes, que quisieron fuera ella quien apadrinase á su primera hija en el Bautismo, que recibió en la Iglesia católica, á la que ya tenía la dicha de pertenecer D.<sup>a</sup> María, cuya conversión, sin duda, se debía á las fervientes plegarias que al cielo elevaba su menor hermana.

La niña recibió el nombre de María Adelaida, que llevaba ya su madrina, y parece que con él recibió también sus virtudes; pues no sólo conservó la fé católica, sino que quiso imitar la vocación religiosa de su tía, ingresando en el convento del Sagrado Corazón de Jesús en Nueva-York, en donde persevera como una ejemplar religiosa.

No con menos eficacia se dejó sentir la influencia de la virtud de Adelaida entre las demás personas que tenían la dicha de tratarla. Comenzó á citarse su nombre con frecuencia y con elogio en las reuniones de la alta sociedad, á pesar de lo poco que ella las honraba con su presencia. Al presentarse en las calles ó paseos, pudo muchas veces apreciar la impresión que producía á los transeuntes su juvenil belleza, oyendo frases de encomio que hacían asomar á sus mejillas el delicado carmín del rubor, amable manifestación de un alma inocente y pura. Sentía vivamente que su natural hermosura, realzada por las artísticas galas que por su posición la obligaban á vestir, sirviera quizá de ocasión de tropiezo á alguna alma redimida por Jesucristo; y movida de santo celo por el bien espiritual del prójimo y de un odio cristiano á la vanidad mundana, procuraba arreglarse de modo que alguna de las prendas de su vestido la hiciesen aparecer descuidada á los ojos de los que la miraban.

Recreábase cierto día en el paseo público con su señora madre, y viéndola un caballero tan bella y modesta, tendida y rizada su hermosa cabellera,

no pudo contener esta exclamación: "¡Vaya una hermosura!„ Oyó ruborizada Adelaida aquellas palabras; y no fué menester más para que al llegar á casa entrase en su aposento y se cortase sus hermosos rizos. Cuando su madre la vió, disgustada por el hecho, se quejó diciéndola: "¡Ay, Ade! (así la llamaba) ¿cómo haces esto con tu madre?„ "Madre mía, respondió con ternura y modestia Adelaida; lo que puede ser causa de ofensa de Dios debe quitarse, y por eso, para que mis rizos no lo sean, los he cortado„. No sus cabellos, su misma vida sacrificaría la virtuosa joven á trueque de que Dios no fuera ofendido.

No era, pues, extraño que un alma de este temple hiciese reflejar en el exterior los encantos y atractivo de relevantes virtudes. Las simpatías que éstas la conquistaban eran cada vez mayores, llegando al punto de que varios distinguidos jóvenes se disputaban el honor de alcanzar su mano. La familia no veía esto con disgusto, pues creía era llegada la hora de que Adelaida uniese su suerte á una persona digna de las prendas que á ella adornaban. Pero, ¡cuán lejos estaba la joven de estos pensamientos! Quería reservar todo su corazón para más alto esposo; y en vano la nobleza, los títulos y las riquezas pretendían granjear sus afectos; nada fué capaz de quebrantar su varonil firmeza. Su alma vivía en una atmósfera celeste, y ninguna criatura podía llenar sus aspiraciones. Así que recibía con desdén todas las proposiciones que en tal sentido se la presentaban, por más

ventajas que parecieran; y aunque su nobilísimo corazón sentía el efecto doloroso que sus negativas producían en el ánimo de sus pretendientes, nunca, sin embargo, dejó de expresar con toda sinceridad y franqueza su irrevocable determinación. Prueba de uno y otro encontraremos en los hechos siguientes:

Uno de los que solicitaban su mano era un joven noble de Inglaterra, que con insistencia deseaba tener una entrevista con Adelaida, juzgando que con su discreción y habilidad lograría abrir brecha en aquel integérrimo corazón. Vino un día á casa de D.<sup>a</sup> María con el fin de que D. Juan le presentase á su hermana; mas sospechando ésta el propósito y deseando ahorrar un disgusto al caballero, se ocultó debajo de una cama, y por más que la buscaron para que se presentase en la sala de visitas, no lograron encontrarla. Durmióse tranquilamente como una niña, despertando después de largo rato al oír ruido en su habitación y dejando poco gratamente sorprendidos á sus hermanos con la ocurrencia.

No perdieron, sin embargo, la esperanza de vencer su resistencia, sobre todo en una nueva ocasión ofrecida por otro joven de la más distinguida nobleza y de muy apreciables cualidades, quien solicitó de D.<sup>a</sup> María y D. Juan la mano de Adelaida. Prometióle éste que haría cuanto estuviera de su parte para que su hermana aceptase; y, efectivamente, procuró interesarla para que sin vacilar admitiese el ventajoso partido que se

la ofrecía; mas ella, queriendo desvanecer desde luego todas las esperanzas y proyectos, contestó resueltamente á una carta que el pretendiente la había escrito, manifestándole que tenía rendido su corazón á Jesucristo, que éste la amaba y era por ella preferido á todas las criaturas; y queriendo en su delicadeza significar al joven cuánto sentía tener que darle este desaire, humedeció el papel para que el joven juzgase que la había costado lágrimas el comunicarle su resolución. Esto lo lloraba después como un pecado, porque decía que era fingir sentimientos que no tenía, á pesar de haberse propuesto el caritativo fin de dar algún consuelo al caballero. Grande fué el disgusto que recibió D. Juan con la tenaz resistencia de su hermana á la realización de sus proyectos, que á sus ojos y á los del mundo eran tan lisonjeros. Vino, por fin, á quitarles toda esperanza un descubrimiento hecho por él mismo.

Llevábase en la casa un elegante libro de registro, de orladas páginas (que llamaban Biblia), en el cual se consignaban los principales sucesos ocurridos en la familia, como nacimientos, matrimonios, defunciones, etc. Hojeando un día Adelaida sus páginas, vió la inscripción del matrimonio de su hermana, y entonces ella, con la sinceridad y candor que la distinguían, escribió en una página: "Adelaida O'Sullivan Rouley casó con Jesucristo,,", añadiendo la fecha. Cuando D. Juan y D.<sup>a</sup> María vieron esta inscripción ya no dudaron, que, dado el carácter de Adelaida, serían inútiles

cuantos esfuerzos hicieran para vencer su inquebrantable firmeza. Sintieronlo en el alma, y muy visibles debieron ser las muestras de este sentimiento cuando nuestra joven pudo advertir que había una gran transformación para con ella en los corazones de su casa. Honda pena recibió entonces su sensibilísima y cariñosa alma; terrible era la situación en que se encontraba. ¿Cómo salvarla? Espantoso problema el que á su mente se ofrecía. ¿Qué solución podría darle?

## CAPÍTULO VIII

### RETÍRASE ADELAIDA Á LA VISITACIÓN

Acabamos de ver en el capítulo anterior la dolorosísima situación en que se encontraba Adelaida cuando apenas contaba veinte años. Los proyectos de su familia eran completamente opuestos á sus aspiraciones, y esta oposición exterior producía en su espíritu una lucha mayor y más dolorosa de encontrados afectos. Por una parte, su corazón se sentía irresistiblemente atraído hacia Jesucristo, amaba la virginidad como el más rico tesoro de su alma y quería á todo trance conservarla y ofrecérsela á su Dios; por otra, el ferviente cariño que profesaba á su madre y sus hermanos deshacía en pedazos su corazón nobilísimo, al verlos sufrir tanto por su resolución irrevocable.

¿Cómo abordaría este conflicto? ¿Ingresaría en una Orden religiosa? Pero entonces no se juzgaba con vocación para ello, hasta temía que naciesen en su alma deseos de verificarlo, porque la parecía no había de tener valor para dejar á su familia, ni podría profesar el rigor y alcanzar la perfección de las esposas de Jesucristo, que en el retiro del santuario le consagran toda su vida; y, cuando rosamente, suplicaba á su mismo confesor la asegurase que no tenía vocación religiosa. ¿Perseveraría, pues, viviendo en el mundo, á pesar de su difícil situación en el hogar doméstico y de los peligros en que continuamente tenía que verse envuelta? Protestante su familia, que hasta entonces la había tolerado y permitido sin disgusto, el practicar á su libertad la piedad cristiana, quizás ahora la sirviese de rémora para darse á la virtud, como medio indirecto de conseguir sus fines: la sociedad que la rodea no la brinda más que con el revuelto torbellino de diversiones tumultuosas y placeres ilusorios. ¿Cómo encontrarían allí alimento sus puras y generosas aspiraciones? ¡Pobre Adelaida! Se ahoga en aquella asfixiante atmósfera y ve por todas partes negros y cerrados los horizontes. ¿Dónde encontrará un rayo de esperanza? ¿Adónde llevará á reposar su torturado corazón? Acude resuelta, en medio de aquella deshecha tempestad á su ordinario refugio, á su Dios; eleva sus ojos y sus manos suplicantes al cielo, y ¡ay! ve á su amado Jesús que la presenta el cáliz de la tribulación, que ha de ser inseparable compañero de

su vida. Adelaida se resuelve generosamente á apurarle hasta las heces, y concibe y lleva á cabo un proyecto, digno de su varonil corazón.

Había, como ya se ha dicho, residido algún tiempo en clase de alumna en el colegio de la Visitación de Georgetown y conservaba estrecha amistad con las religiosas y colegialas, á quienes visitaba muchas veces acompañada de su hermana María, en especial á Sor Estanislada, hija de uno de los Jefes de la escuadra, y á la notable cubana Leocadia Zamora, alumna entonces, carmelita más tarde, en la Habana y Alba de Tormes con el nombre de Ana Teresa, y finalmente fundadora del convento de la misma Orden en Oviedo. Expuso á estas buenas amigas la triste situación en que se encontraba, los peligros, á que se veía expuesta su virtud y el proyecto que tenía de retirarse á aquella santa casa, aunque encontrara ruda oposición en la familia, y siempre que las religiosas no vieran en ello inconveniente. No se ocultaba á la penetración de las buenas monjas lo difícil que sería llevar á cabo tal proyecto, ni los disgustos que de realizarse se las proporcionarían; pero movidas por el amor vehemente que la profesaban y por el deseo de hacer una obra tan caritativa con un alma tan grande, no dudaron arrostrar todas las dificultades y disgustos que se presentaron. Adelaida vió el cielo abierto en esta generosidad de las religiosas; pero faltaba dar el paso más difícil, el que quizá sería imposible salvar, y era el consentimiento de la familia.

Resuelta á sufrirlo todo por Jesucristo, expuso á su madre su firme é irrevocable deseo de retirarse del mundo, hollando todos los humanos respetos que se la presentaban y con el sólo fin de verse libre de las asechanzas que á su virtud y á su vocación veía continuamente tendidas. ¿Quién podrá expresar el dolor de D.<sup>a</sup> María al escuchar la proposición de su hija, cuya firmeza la hacía desde luego creer que habría de llevarla irremisiblemente á cabo? Todos los medios puso en juego para disuadirla; pero todos en vano: ni sus hermanos lograron tampoco mayor ventaja en convencerla. Después de mucho luchar, aprovechando un día la ocasión de hallarse ausente D. Juan, que era quien más tenazmente se oponía á sus deseos, decidióse á ponerlos en práctica, haciendo soberanos esfuerzos para obtener el permiso de su madre. "Terrible, decía ella después, fué aquel día para mí: experimentaba, como Santa Teresa, los efectos de mi mucho cariño á la familia, sentía hacerse pedazos el corazón, temblaban todos mis miembros." Pero era menester sobreponerse á todas las impresiones. Adelaida se esfuerza, da el último adiós á la familia y se dirige sola á la Visitación.

Aún no había llegado á aquel santo retiro, cuando oye galopar un caballo á su espalda, vuelve la vista, y ve á su hermano que corría presuroso á impedirle la entrada en el convento. De todas sus fuerzas y valor necesitó Adelaida para no desmayar de terror; sintió que un frío glacial co-

rría por sus venas, y llevando las manos á su pecho y estrechando el crucifijo contra su corazón, exclamó: "Si es vuestra voluntad que yo viva retirada, *haced* que mi hermano no me alcance,," y continuando en su ordinario paso, vió con asombro que, apesar de la velocidad que traía su hermano, no logró alcanzarla hasta que ya traspasaba el dintel de las puertas del convento. Al llegar á ellas Juan, y ver entrar á Adelaida, con aire que parecía vacilar entre la ternura y la cólera, la arrojó un reloj de oro que ésta le había regalado un día de su Santo, dirigiéndola al propio tiempo estas palabras: "Anda, hermana ingrata, algún día te arrepentirás,,". Figúrese el lector qué olas de sentimiento y amargura llevarían al tierno y generoso corazón de Adelaida tal hecho y tales palabras. Recobró por fin la serenidad de su espíritu y trató de aprovechar la gracia que Dios la concedía al entrar en aquel asilo sagrado, ante cuyos muros se estrellan las embravecidas olas del mundo, que envuelven en sus espumosos y rugientes pliegues á tantos desgraciados hijos del siglo.

## CAPÍTULO IX

VIDA DE ADELAIDA EN LA VISITACIÓN.—SU VOCA-  
CIÓN AL ESTADO RELIGIOSO

Tranquila quedó Adelaida en la soledad del santuario, esperando que pasadas las primeras impresiones, su familia vería al fin de buen grado

su estancia en aquella Congregación, y que á la deshecha tormenta, sucedería luego la apacible bonanza. No ocurrió así, por desgracia; la familia insistió en su oposición; y ya que no habían logrado impedir su entrada, pretendían ahora que las mismas religiosas la despidiesen de su casa. Juan, sobre todo, se mostraba inexorable y en su carácter vivo y enérgico, quería apelar á todos los medios, por violentos que fueran: llegó á amenazar á las monjas con incendiar el convento si no le entregaban á su hermana. D.<sup>a</sup> María, cuyo grandísimo amor á Adelaida no podía sufrir que se la hiciera padecer con indiscretas violencias, decía á su hijo: "Nada con violencia, Juan; á Adelaida sólo se la vence con amor y dulzura.". No la engañaba el instinto maternal, que ya en otras ocasiones había manifestado estas mismas ideas. Ni se equivocaba tampoco al asegurar que á su hija sólo por amor y dulzura se la podía vencer, porque su corazón, á una inquebrantable fortaleza, unía una exquisita sensibilidad.

Continuaron en esta situación los ánimos por algún tiempo: la familia, principalmente Juan, hacían alguna visita á Adelaida, siempre con el fin de persuadirla que abandonara su retiro; pero siempre también volvían sin esperanza de conseguirlo.

Había pedido varias veces que la permitieran vestir el hábito de religiosa; pero el Prelado, Ilustrísimo Sr. Obispo de Baltimore, considerando la ruda oposición de la familia y conociendo los pro-

pósitos y amenazas de D. Juan, no permitió en mucho tiempo que se la concediera esta gracia. Adelaida pensaba que esto sería un medio eficaz para matar de una vez las esperanzas que tenía la familia de que había de salir del claustro y abrazar el estado del matrimonio, y cuando vió que los ánimos de su madre y hermanos se habían calmado, insistió en su petición. No tuvieron ya dificultad el superior ni las religiosas en concedérselo, y pudo al fin ver realizados sus deseos. Cuando D.<sup>ña</sup> María y D. Juan vieron á Adelaida con el humilde hábito de religiosa, consideraron inútil insistir más en su pretensión.

Desembarazada ya nuestra joven de los mundanos lazos, pudo entregarse á la práctica más ferviente de una vida pura y santa. Grandes fueron, en verdad, los progresos que hizo en la virtud bajo la dirección del celoso P. Varela. Comenzó á correr como cierva sedienta á saciar en las fuentes de agua viva la sed de amor que devoraba su alma. La oración era su alimento y su más ordinaria ocupación: en ella se encendía su corazón y acrisolaban sus virtudes; el Santísimo Sacramento, que recibía con frecuencia, comunicaba calor y vida á su espíritu y le transportaba á la región serena en que Cristo comunica á sus escogidos delicias inefables. Jesús Crucificado era el objeto predilecto de sus pensamientos y de sus afectos, y su Corazón Sacratísimo el lugar de su refugio y su descanso; como si presintiera ya que Dios la tenía destinada para recorrer el camino

del Calvario, para llegar á abrazarse con el Esposo de sangre.

Estos sublimes sentimientos que embargaban su alma se traducían al exterior en actos de todas las virtudes. Se consideraba la última de todas y á todas trataba con humildad, mansedumbre y dulzura; era obedientísima, obsequiosa, sencilla, enemiga de que la considerasen por su nobleza ó sus cualidades y amante del olvido y los desprecios. Las religiosas admiraban los rápidos progresos de Adelaida en la perfección, confesando ingenuamente que empezaba por donde muchos concluyen.

Un acto heroico vino á hacer patente hasta qué punto había llegado su deseo de ser toda del Señor. Queriendo tener en su mismo cuerpo un sello visible de su consagración á Dios, cogió un día un hierro candente y, con increíble paciencia y fortaleza, grabó sobre su pecho una cruz y tres clavos, realizando maravillosamente aquellas palabras del Esposo en el capítulo VIII del *Cantar de los Cantares*: *Pone me ut signaculum super cor tuum*. "Pónme como sello sobre tu corazón." Acción sublime que en su humildad cuidó de tener siempre oculta, hasta que algunos años más tarde, con ocasión de una enfermedad que padeció, siendo religiosa en Guatemala, fué descubierto el piadoso secreto por las monjas que la asistían, quedando grandemente edificadas al contemplar aquellos preciosos timbres de su grande amor á Jesús Crucificado.

Pruebas tan finas de caridad no podían quedar sin gran recompensa por parte del Señor, que tan liberal se muestra con las almas generosas. Desde aquel día memorable comenzó á sentir en su alma vivos deseos de hacer á Dios un sacrificio entero, solemne é irrevocable de todos sus pensamientos, sus afectos y su vida toda, confirmandola más y más en este su propósito la lectura de las obras de Santa Teresa de Jesús, que la había proporcionado su confesor, el P. Varela. La semejanza engendra cariño; y no eran pocos los sucesos de la vida y las cualidades del corazón de Adelaida, de las cuales veía un modelo sublime en la insigne Reformadora del Carmelo. Aficionóse grandemente á la Santa y trató de copiar en su corazón las altas virtudes de que ésta dió tan admirables ejemplos y de seguir constantemente sus huellas. Estos sentimientos se avivaban de día en día en su corazón y la preocupaban constantemente. Dios nuestro Señor parece quiso también manifestarla por modo extraordinario la aceptación de sus deseos.

Comenzó á tener sueños y visiones en que se la presentaba Santa Teresa rodeada de religiosas, y llamándola hacia sí, la acariciaba y estrechaba contra su pecho. Consultó esto con su confesor, quien, después de maduro examen y observación, no dudó asegurarla ser la voluntad de Dios su vocación. Júbilo inefable experimentó Adelaida al oír confirmada su resolución por la autorizada voz del Ministro del Señor, y se dispuso á realizarla

cuanto antes la fuera posible. Movíanla á ello dos fines principales, á cual más nobles; el consagrarse completa y perpétuamente á Jesucristo, como antes hemos indicado, y el ofrecerse como víctima propiciatoria por su madre y sus hermanos, á quienes amaba tiernamente, y á quienes por desgracia, veía perseverar viviendo fuera de la verdadera Iglesia. Más adelante veremos cómo Dios recompensó su sacrificio con la conversión de sus hermanos (1). Ahora sólo nos limitaremos á referir su ingreso en la ilustre Religión carmelitana.

## CAPÍTULO X

### INGRESA ADELAIDA EN EL CONVENTO DE CARMELITAS DE LA HABANA

Decidida Adelaida á abrazar el estado religioso en la Orden Carmelitana, sólo faltaba elegir el convento adonde debía dirigirse para realizar su santo propósito. No se conocía por entonces en el Norte de América más convento de esta austera y ejemplar Religión que el de Carroltón Maylaud; pero por las circunstancias especiales de aquellos Estados, las religiosas no hacían más que votos simples. Resolvió, pues, dirigirse á la Habana en

(1) En el apéndice segundo hacemos una reseña de la conversión, vida y cristiana muerte de los hermanos de la Madre Adelaida.

la isla de Cuba, en cuya capital había un convento de Carmelitas, del que era Priora la Madre Natividad, parienta próxima de su confesor el Padre Varela, y del cual tenía ya favorables noticias por algunas señoritas cubanas, que había conocido en la Visitación. Pero había que dar un paso de grandísima dificultad, y era el de obtener de la familia el permiso y los medios necesarios para realizar su deseo; y si su madre y hermanos habían opuesto tan tenaz resistencia á que ingresase en la Visitación, sólo con el fin de rehuir el compromiso de contraer matrimonio y de evitar los peligros del mundo, ¿cómo prestarían ahora su beneplácito á Adelaida para consagrarse perpétuamente al Señor en el retiro, en un lugar tan distante y un clima tan poco favorable á la salud de los alienígenas, como el de aquella isla? Desde luego, opusieron una rotunda negativa á la proposición de su hija y hermana, cosa que contristó á ésta grandemente, pero que no la hizo cejar un punto en su proyecto. Instó, suplicó, empleó todos los recursos de su inteligencia y de su corazón, y cuando vió que ningún medio daba el apetecido resultado, expuso con firmeza á su familia, que pues la negaban los recursos y medios necesarios y no querían acompañarla en la realización de su empresa, se hallaba dispuesta á todo trance á hacer su viaje á pié, bajo la protección de la divina Providencia que no la había de faltar. Comprendió entonces la familia, que Adelaida estaba dispuesta á hacer lo que decía; y aunque con grandísimo

sentimiento, la ofrecieron los medios necesarios; pero negáronse á acompañarla, y aún intentaron dar el último asalto á la fortaleza de aquel corazón invencible, apelando á un medio que hubiera hecho vacilar al más bien templado espíritu.

Sabían cuánto pesaba en el ánimo de Adelaida el amor á la gloria de Dios, el celo por la salvación de su familia, y no dudando que ésta era la fibra más delicada de su alma, intentaron hacerla vibrar, exponiendo ante sus ojos el peligro que correría su sobrinita de no continuar profesando la Religión católica faltándola su protección; ellos mismos la prometían hacerse católicos si desistía de su propósito. Terrible tentación, por lo mismo que venía revestida con las apariencias de luz. Adelaida confesaba que era la más fuerte que había experimentado; pero ponderada en la presencia del Señor, no le pareció era motivo suficiente para abandonar el cumplimiento de lo que juzgaba ser voluntad de Dios; antes por el contrario, ese mismo cumplimiento atraería sobre ella y sobre toda la familia las misericordias del Altísimo. Movida por esta consideración, se ratificó en sus propósitos y preparó todo lo necesario para realizar cuanto antes su viaje. Despidióse de su madre y hermanos, asegurándoles su inmensa gratitud y cariño por el permiso que la daban para ir á consagrarse á Dios, y con tal sentimiento, que ella misma decía después que se la arrancaba el alma y creyó que había de morir, si no la fortaleciera una especial gracia del Señor. Dió el último

adiós á las buenas religiosas de la Visitación, entre quienes dejaba tan gratos recuerdos, y acompañada de un buen amigo del P. Varela, tomó pasaje en el puerto de Nueva York y partió con rumbo á la Habana, á cuya capital llegó el día de Santa Teresa de Jesús, 15 de Octubre de 1840.

Fué recibida por las carmelitas con grandes muestras de cariño, quedando éstas admiradas de la firmeza de su vocación, al oír á la recién llegada referir los detalles de su accidentada historia. Era á la sazón Priora, como arriba hemos indicado, la M. Natividad, y capellán del convento el P. Correa, quienes desde luego advirtieron las grandes dotes que adornaban á la nueva aspirante; y éste tomó con tanto interés el aprovechamiento espiritual de Adelaida, que comenzó á aplicarse con asiduidad al estudio del inglés para comunicarse más fácilmente con ella, consolarla y dirigir su espíritu por la difícil senda de la santidad.

Bajo tales auspicios, comenzó con tanto fervor y denuedo la práctica de la vida religiosa, que ponía admiración su fidelísima observancia, en las monjas más ancianas. Mas una nueva tribulación vino luego á turbar la grandísima alegría que experimentaba en el nuevo género de vida; la fiebre amarilla, terrible enfermedad, propia del clima de Cuba, que suele diezmar á los extranjeros que osan arribar á sus costas, hizo presa en nuestra Adelaida, poniendo en peligro su preciosa vida. Pero ni la debilidad que la produjo, ni el rigor de

aquel ambiente lograron hacer disminuir un punto su fervor y su amor á la más austera penitencia.

En su deseo de ser víctima propiciatoria á los ojos del Señor, llegó á obtener de su confesor, después de repetidas instancias, la concediese el uso de disciplina de sangre, viéndosela bajar por la mañana á las ermitas de la huerta y desahogar allí su devoción con tal rigor, que la Priora se creyó en el caso de reconvenirla, al observar que rápidamente perdía sus fuerzas y descubrir que la verdadera causa era el derramamiento de su sangre, que había procurado ocultar, lavando ella misma sus vestiduras. Un día sintió tal desfallecimiento, que suplicó á la enfermera, M. Concepción, la diese un poquito de vino. La bondadosa Madre la exhortó á moderar su rigor, diciéndola: "¿Por qué ha de sacrificarse así vuestra caridad?," "Madre mía, contestó Adelaida, deseo sacrificarme por la conversión de mi querida familia;," dando bien á demostrar con estas palabras, el celo que abrasaba su alma por la gloria de Dios y el bien espiritual de su madre y sus hermanos. Al ver la Superiora y el confesor que si no se le iba de la mano, acabarían por perder la salud, la ordenaron mitigar su rigor; y ella, tan obediente como mortificada, moderó luego sus penitencias, aunque no dejó completamente la disciplina de sangre hasta que más tarde se la prohibieron absolutamente sus confesores en Guatemala.

No por eso dejaron de avivarse más sus deseos de perfección; procuraba emular las virtudes de

aquellas fieles hijas de Santa Teresa y buscaba en ésta el constante modelo que se proponía imitar en todas sus acciones. Ya parecía que iba todo viento en popa para Adelaida, cuando nuevas tribulaciones vinieron á amargar una vez más su corazón. Acababan de desarrollarse en España, desde el año 1834, una serie de terribles acontecimientos, cuyo ecc se había dejado sentir en Cuba, como territorio perteneciente á la misma. El liberalismo, ayudado por la masonería, trataba de derrocar el régimen tradicional, y para conseguirlo apeló á los más inícuos medios que registra la historia. Turbas de sicarios asaltaron en distintas poblaciones los claustros, saqueando é incendiando los conventos y asesinando á inofensivos religiosos en medio de motines y turbulencias; el Gobierno publicó los más tiránicos decretos desterrando obispos, expulsando frailes, prohibiendo recibir órdenes sagradas á los jóvenes levitas y admitir novicias en los conventos de religiosas, apoderándose de los bienes de la Iglesia y de las órdenes religiosas y llevando á cabo una série inacabable de inauditos atropellos. En tales circunstancias llegó Adelaida á la Habana, perdiendo la esperanza de llegar á profesar, en vista de las leyes opresoras y sucesos desastrosos que ocurrían en la Metrópoli y repercutían en Cuba. Providencia fué ésta del Señor para nuestra joven; pues ella misma tenía cierto sentimiento en profesar allí, ya porque el rigor del clima no las permitía el uso del sayal y estameña, ya porque el mismo

no favorecía demasiado su salud. Una feliz coincidencia vino á favorecer sus justos deseos.

Visitó á las monjas en su paso para Roma, adonde se dirigía para ser consagrado, el Ilustrísimo Sr. D. Jorge Viteri, Obispo preconizado del Salvador en la América central, y enterado de las dificultades que se ofrecían á Adelaida para profesar allí, la habló del convento de Carmelitas de Guatemala, en el que se observaba la santa regla con todo rigor, y la propuso que si quería ingresar allí, á su vuelta de Roma la acompañaría con sumo gusto á la expresada capital. Aceptó ella con alegría la proposición del Prelado, y mientras éste hizo su viaje á Roma, se preparó para regresar al continente americano. Las religiosas sentían en el alma la partida de su fervorosa aspirante; pero comprendiendo la necesidad en que las circunstancias la colocaban de tomar tal resolución, consintieron en ello resignadas, y para conservar un recuerdo de su estancia en el convento quisieron sacar un retrato de Adelaida. Se encargó éste á un artista que le hizo en porcelana; mas pocos días antes de emprender aquélla su viaje, llevada de su humildad y deseo de no ser conocida, con pretexto de ver el retrato, le dejó al descuido hacerse pedazos con gran sentimiento y edificación de las monjas, que no ignoraban los móviles de aquella acción.

De vuelta ya el Sr. Viteri de su largo viaje á la capital del mundo católico, escribió á su hermana María del Rosario, religiosa profesada en las

Carmelitas de Guatemala, participándola que las llevaba una aspirante inglesita (por ser el inglés el idioma que hablaba). No se hizo ya esperar mucho su partida. El día 10 de Agosto de 1843, después de tres años de residencia en la Habana, despidióse de las buenas carmelitas, dándolas muchas muestras de su amor y gratitud, y acompañada del Ilmo. Sr. Viteri y otras respetables personas se dirigió al muelle. Allí embarcaron Su Señoría Ilustrísima, Adelaida y algunos más tripulantes, entre otros el respetable sacerdote don Francisco de Paula Almeyda, residente hoy en San Fernando (obispado de Cádiz), quien galantemente se ha dignado comunicarnos los detalles de este viaje.

“Zarpó la goleta conductora de nuestros viajeros con rumbo al puerto de Izabal, de la república de Guatemala.” Los pasajeros (dice el citado Sr. D. Francisco, en carta que tengo á la vista) eran, entre otros, el Sr. Obispo, tres sacerdotes, cuatro paisanos y los familiares del Prelado... “La monja (así la llama, aunque no era más que postulante), vestía de seglar, traje negro, era alta, blanca, de hermosas facciones, comía sola en su camarote y no la servía, que yo viese, persona alguna. A los seis días descubrimos tierra y arribamos al puerto y ciudad de Trujillo, en el estado de Honduras. ¡Qué impresión tan triste me hizo la vista de este primer puerto! Era una ensenada grande sin muelle ni barco alguno ni persona alguna en la playa. La goleta tenía izada la bande-

ra del estado de Guatemala; desde ella se veían un murallón que daba á la ensenada, la fachada de cantería de la iglesia, muy obscura y tres ó cuatro casas en un cerrito; sonaba una tambora y dos tambores que batían marcha, era todo el movimiento que se observaba. Serían las siete, cuando vimos bajar dos hombres, uno con levita y castora y otro con gabán; á poco llegaron frente á la goleta, que ya había echado los botes al agua, en uno de los cuales embarcaron los dos, que eran el Gobernador y creo que el consignatario de la goleta. Saludaron al Sr. Obispo y le invitaron á pasar al pueblo.

„Así se hizo, y á las diez estábamos en la población, en donde hallamos algún vecindario y muchos negros; fuimos á parar á la casa del consignatario. El Obispo hizo confirmaciones: á la monja la hospedaron en la mejor casa que había. Al otro día hubo misa: el cura era español. Con la llegada del Sr. Obispo acudieron los habitantes próximos, hubo fiestas, no había más música militar que la tambora, los dos tambores y unos pitos, que daban vueltas por la plaza de la iglesia y del castillo, tocando sus marchas. Yo comparaba lo que había dejado con lo presente y todo me parecía un sueño. El Sr. Obispo, tan contento, pues volvía á pisar el territorio americano, después de un año que había salido de él. Embarcados de nuevo al tercer día, ó sea el 18, navegamos para Izabal. El 20, la goleta entró en el río, al siguiente á las doce, llegamos á la gran laguna, desen-

volviéndose una brisa tan fuerte, que izadas las velas, anduvimos más de diez leguas en poco más de dos horas, descubriendo las casas que forman el puerto de Izabal.

„Izabal en esta época era una población menor que Trujillo, no había más que la aduana de madera, tres casas de lo mismo, un rancho grande de paja donde vivía el Gobernador y otros 30 ó 40 ranchos de paja y la iglesia: no había cura. La población está situada á la falda de la montaña y frente á la laguna, por lo que es muy enfermiza. Desembarcados que hubimos, el señor Obispo procuró alojamiento á la monja y empezó á disponer el viaje á Guatemala por tierra, en mulos y caballos para todos; y en cuanto á la monja, se preparó silla de montar. La primera jornada fué el día 22, la más penosa; salimos á las seis de la mañana, empezando á subir la montaña llamada del Mico, y á las diez no habíamos visto el sol. A las tres de la tarde llegamos á un sitio llamado el Pozo. En éste, no había más que tres ranchos, uno denominado el Cabildo, formado por una cerca de palos con un techo de paja. El Sr. Obispo, como conocía el país, armó su catre hasta con colgadura, y los demás se acomodaron en los asientos de varas, llamados tapescos; yo en el santo suelo envuelto en mi manta y arreos del caballo, la monja fué hospedada en uno de los ranchos. Al día siguiente continuamos el viaje: esta jornada fué mejor; á las dos de la tarde llegamos á un sitio llamado Encuentro, por unirse dos ríos, que atravesamos

en canoas. El 24 pasamos por Gualán y el 25 llegamos á Zacapa, población grande y destartalada; tenía dos calles y una plaza. En esta población estuvimos ocho días, en la cual se verificó la separación del Sr. Obispo de la monja, que fué por la causa siguiente:

„El Sr. Obispo fué á Roma propuesto para el Obispado de San Salvador, y como delegado del Gobierno para la erección del Obispado, segregado del Arzobispado de Guatemala. Era también comisionado por el Gobierno de Guatemala. Evacuó todas las comisiones y á la vuelta trataba de ir primero á Guatemala para consagrar al Arzobispo preconizado, y continuar su viaje al Salvador. Desde Trujillo había escrito al Gobierno del Salvador, avisándole su llegada é intento de ir por Guatemala; mas como hubiesen surgido diferencias entre los Gobiernos de ambas capitales, el del Salvador se apresuró á participar al Obispo se fuese allá derecho sin tocar en Guatemala. En vista de este mandato, se vió obligado á variar el derrotero, así es que quedaba la monja sin tener con quien marchar. Buenos apuros pasaron el señor Obispo y ella; pero la Providencia es tan benigna que al fin deparó quien la acompañase y llevara al convento. Entre los pasajeros había tres españoles que se ofrecieron á acompañarla; pero el primero fué un joven montañés de 22 ó 24 años, que se hizo cargo de ella y la cuidó y acompañó y entregó en el convento: faltaban cuatro jornadas y marchó el día antes que nosotros. A mi vuelta

encontré al joven en Izabal, tenía un buen almacén de comestibles y enseres de barcos; estaba muy bien, nos dimos á conocer y me dijo que llevó á la monja y la dejó en el convento el 8 de Septiembre. Hasta aquí la minuciosa relación del señor Almeyda, en la que aparecen no sólo las peripecias y penalidades del accidentado viaje, sino también la singular providencia de Dios nuestro Señor con Adelaida en depararla los medios más indispensables en los momentos más difíciles. Todos los trabajos daba ella por bien empleados con tal de lograr la realización de sus constantes ansias, y esta gracia y grandísimo consuelo la concede ahora el buen Dios como premio de su heroica constancia.

## CAPÍTULO XI

### TOMA EL HÁBITO ADELAIDA Y PROFESA EN LAS CARMELITAS DE GUATEMALA

Con los brazos abiertos recibieron á la aspirante las buenas Carmelitas de Guatemala, ya por la eficaz recomendación del Sr. Viterí, ya porque presentía su corazón que Adelaida había de ser la afortunada religiosa, de quien la extática M. María Teresa de Aycinena, muerta en olor de santidad el 29 de Noviembre de 1841, había predicho en uno de sus arrobamientos lo siguiente: "Viene una

extranjerita que hará todo lo que yo he querido y no he logrado„.

No fué menor el gozo de nuestra Adelaida al verse entre aquellas observantes hijas de Santa Teresa, en un clima más benigno que el de Cuba, en una hermosa ciudad de sesenta mil almas, capital del Arzobispado y en el continente que con tanto sentimiento había abandonado.

No se la hizo esperar mucho el suspirado día. El 4 de Octubre del mismo año de 1843 recibió el hábito carmelitano de mano del Ilmo. Sr. D. Antonio Larrazabal, Deán y Gobernador eclesiástico; empezando á formar parte de aquella venerable comunidad con el nombre de María Adelaida de Santa Teresa, siendo Priora la M. Francisca Urruela y Maestra de novicias la M. Ana María, y desempeñando el cargo de confesor el P. Muñoz.

Ocioso será indicar cuál sería el fervor de la novicia en el año de prueba con que la Religión prepara á las que han de hacer profesión solemne de los votos de castidad, pobreza y obediencia, y consagrarse perpétuamente al servicio de Dios en el silencio y soledad del Santuario. Ella, que ya era maestra consumada en el ejercicio de las virtudes religiosas, acrisoladas en el fuego de las más terribles tribulaciones y había dado tantas pruebas de sólida piedad en el convento de la Habana, no podía menos de hacer notar el suave aroma de sus virtudes; pues su sencillez y modestia no eran bastante poderosas para ocultar las grandes cualidades de su alma, como no lo son las hojas de la

violeta para impedir que el buen olor de sus flores denuncie la oculta existencia de las mismas. Desde luego se persuadieron las monjas de la exactitud de las palabras del Ilmo. Sr. Viterí, quien las manifestaba al escribirlas: que la inglesita (como él la llamaba) había de ser una excelente religiosa. Su docilidad, su exactitud en la observancia, su ingenuidad é igualdad de ánimo en todo evento, su celo por adquirir un perfecto conocimiento de la Regla, Constituciones y Observancias carmelitanas, eran ya una garantía de la perfección de su espíritu.

Para que no la faltase ocasión de ejercitar aun las virtudes más costosas á nuestra pobre voluntad, vino la tribulación á visitarla aun en el noviciado. Las consecuencias del viaje desde el puerto de Izabal, por montes unas veces, por sitios cenagosos otras, tardaron mucho tiempo en desaparecer. Presentáronsele unos tumores que la molestaron extraordinariamente, no dejándola apenas dormir y fué menester mucho cuidado y mucho tiempo para restablecerse. A éste se siguió otro no pequeño trabajo. Como su idioma nativo era el inglés y éste había hablado siempre, usaba ordinariamente de él, por no poseer aún bien el castellano, á pesar del tiempo que residió en la Habana; mas como en Guatemala se habla también el español, las religiosas la obligaron (á fin de que adquiriese luego posesión de éste) á usar no sólo en la conversación, sino en la lectura y devociones, libros castellanos, recogiéndola todos los es-

critos en inglés. No la sirvió esto de pequeña mortificación. Al ver un día las dificultades que experimentaba para orar y leer en castellano, fué á quejarse amorosamente á Dios y ofrecerle aquella nueva tribulación diciendo: "Señor, te sacrifique mi patria, te sacrifique mi familia, ahora me mandan que te sacrifique el idioma; con nada, Señor, quiero quedarme, ni conmigo misma, que también me sacrifico enteramente á Vos„. Con tal generosidad y con tan excelentes disposiciones, no es de extrañar que la divina gracia obrase maravillas en esta nobilísima alma, y que la preparase con especiales dones y carismas para el místico desposorio con Cristo, que muy pronto había de celebrar. Efectivamente, terminó el año de noviciado, llegando el momento tan deseado de cumplirse á la letra la inscripción que ella misma había escrito en la Biblia ó Registro de la familia.

Una feliz casualidad hizo que por entonces se hallase en Guatemala el Ilmo. Sr. Viterí, que quiso tener la satisfacción de presidir y aceptar en nombre de Cristo y de la Iglesia la profesión de María Adelaida. Habíanse suscitado diferencias entre los Gobiernos del Salvador y de Guatemala (cosa muy frecuente en aquella república) por si los guatemaltecos habían, ó no, invadido el territorio Salvadoreño. Preparáronse á decidir la cuestión por las armas, levantando un pequeño ejército por cada parte; mas antes de venir á las manos tratóse de arreglar el asunto por medio de comisiona-

dos. Hé aquí cómo refiere lo acaecido el citado señor Almeyda:

“El Sr. Obispo Viterí por parte del Salvador, y otras personas influyentes por el de Guatemala, alcanzaron la suspensión de hostilidades, y que se nombrasen comisionados que ajustaran la paz. El Gobierno del Salvador nombró tres, uno de ellos el Sr. Obispo, y lo mismo hizo el de Guatemala; procuran reunirse cerca del teatro de la guerra, forman el tratado y le mandan á sus respectivos Gobiernos para la ratificación. El Presidente del Salvador, que era también General en Jefe del ejército, visto el tratado, no le ratifica. Al saberlo el Sr. Viterí se incomoda y se va á Guatemala con los comisionados de aquel estado. Al mes de estar en Guatemala, me manda llamar remitiéndome los pasaportes y ordenándome le llevase los Pontificales y otras cosas. Empecé el viaje, saliendo de la capital del Salvador el 2 de Octubre de 1844, llegando á Guatemala el 11. El día antes de llegar encontré un correo en el camino y me dijo: “Llevo el pliego que contiene la paz, y que los ejércitos vuelvan á la capital de sus estados.”. A las tres de la tarde de este día 11 llegué al palacio del señor Arzobispo, donde paraba el Sr. Viterí. Al siguiente celebró de pontifical en las Capuchinas por ser la Virgen del Pilar, su Titular, y el 15, que era el de Santa Teresa, lo hizo en la iglesia de las Carmelitas, y después de la función dió la profesión á la M. María Adelaida de Santa Teresa, que yo presencié.”. Hasta aquí son palabras del Sr. Almeyda.

Como se ve, la profesión de la inglesita revisió gran solemnidad, ya por ser el día consagrado al culto de la insigne Reformadora del Carmelo, ya por haber sido honrada con la presencia del Ilustrísimo Sr. Viterí y con elocuente sermón del M. I. Sr. D. Bernardo Piñól, Chantre de la Catedral, Rector de la Universidad y más tarde Arzobispo del mismo Guatemala y gran protector de nuestras monjas. Contaba á la sazón Adelaida veintisiete años. Gran consuelo fué para ella ver cómo el Señor rodeaba su místico desposorio con tales solemnidades, después de las contradicciones y desamparo que había sufrido por parte de los séres más queridos. Y sobre todo llenó su alma de inefable alegría el acto que acababa de realizar, que la unía á Jesucristo con amoroso y sempiterno lazo. Ya era toda de su Dios, ya estaba ofrecida como holocausto en el ara santa, habíase consumado su sacrificio, y su alma, desprendida completamente de todas las cosas de la tierra, podía elevar su ráudo vuelo á las regiones purísimas en que viven las almas escogidas, y se comunican con el divino Esposo en medio de transportes y deleites inenarrables.

## CAPÍTULO XII

## VIRTUDES RELIGIOSAS DE LA M. MARÍA ADELAIDA

Para conocer á cuán grande perfección se elevó nuestra Rvda. Madre, no será inoportuno referir la gran observancia que reinaba en el convento de Carmelitas de Guatemala.

Había gobernado algunos años la comunidad la extática Madre María Teresa de Aycinena, de quien ya hemos hecho mención, la cual había muerto en 1841. El celo y virtudes de esta religiosa habían logrado hacer brillar en su convento tan ejemplar observancia, que no contentas las monjas con la práctica ordinaria de la Regla y Constituciones, suplicaron á su superior Ordinario, el Excmo. Sr. D. Fr. Ramón Casaus y Torres, las permitiera la práctica de algunos puntos de mayor austeridad; todo lo cual consta en los documentos que vamos á transcribir, tomados del cuadernito impreso que se mandó editar en Guatemala en la imprenta de *La Aurora* en 1848, con permiso del Ordinario. Dichos documentos á la letra dicen así:

*“Rescripto expedido por N. S. P. Gregorio XVI.—Beatisimo Padre: Hace más de dos siglos que en la ciudad de Guatemala de la América Central se fundó con la autoridad de la Santa Sede un monasterio de Religiosas Carmelitas descalzas sujetas por Bula Apostólica á la jurisdicción ordinaria del*

Arzobispo de Guatemala, por no hallarse en todo aquel territorio religiosos de la misma Orden. Por la estrecha y primitiva observancia de la Regla dictada por su Santa Madre Teresa, fué largo tiempo el mencionado monasterio de gran edificación para los pueblos que hoy constituyen aquel Estado; empero con el transcurso del tiempo cooperando la humana fragilidad y las conmociones políticas, vino á debilitarse algún tanto la antigua observancia. Pero reanimadas de nuevo las religiosas por el espíritu de Dios, emprendieron de común acuerdo restablecer la estrecha observancia ordenada por su Santa Madre en el primer convento de Avila, en España. Comunicaron este laudable designio á su inmediato superior el Arzobispo de Guatemala, quien secundó sus deseos, aprobando algunos artículos por un decreto que expidió al efecto, y que es del tenor siguiente: "Nos Doctor y Maestro „Fr. Ramón Casans y Torres, por la gracia de Dios y de la „Santa Sede Arzobispo de Guatemala.—Habiéndonos instado muchas y repetidas veces por las Religiosas Carmelitas descalzas del convento de Guatemala, que estableciésemos en aquella Comunidad varios artículos que están en „conformidad con el primer estatuto de la gran Madre Santa „Teresa de Jesús, los cuales artículos las mismas religiosas „se han convenido á practicar ayudadas del espíritu de Dios „y los han observado ya por espacio de quince años con la „más laudable y constante fortaleza, con acrecentamiento de „mayor perfección y con mucha gloria del Señor y edificación „de los fieles. Y considerando Nos que los sobrecitados artículos, lejos de oponerse á las Reglas de la Orden, antes bien „se aproximan al fin para el que fué instituída, y estimulan „á las religiosas á crecer en la santidad con que se han dedicado á Dios... Hemos dispuesto, en cuanto á Nos pertenece „y está en nuestras facultades, ordenar se guarde la observancia de los artículos que se nos han presentado por las „mismas religiosas, á saber:

„1.º Vivan en la pobreza ateniéndose á la caridad de los fieles, sin omitir, no obstante, los trabajos manuales.

„2.º Se arreglarán en el régimen de la Comunidad á la per-

„fección del instituto prescrito por la Santa Madre Teresa en el primer monasterio de Avila.

„3.º Observarán la descalcez en el estricto sentido de la palabra.

„4.º Los *Maitines* serán rezados en el coro á la media noche.

„5.º La corona se rezará en la misma forma á las cuatro de la mañana.

„6.º Evitarán en las rejas ó locutorios ver y ser vistas.

„7.º No tendrán Hermanas Legas.

„8.º Los mantos serán un palmo más cortos que las túnicas.

„Hemos venido en aprobar por las presentes las observancias de los artículos que las mismas religiosas nos han presentado, sin que por esto se entienda (lo que está muy lejos de nuestro ánimo) que la Regla aprobada por la Iglesia queda sin vigor ni efecto, sino que sirviendo ésta de base y fundamento, practiquen además lo que contienen los mencionados artículos para perfeccionar más sus actos religiosos; hasta tanto que el Sumo Pontífice (removidas todas las dificultades y oposiciones que sufre toda reforma) se digne aprobar y confirmar con autoridad Suprema lo que se pide. Y en tanto que se obtiene esta gracia, las profesiones que se hagan tendrán por principio la Regla, sobre la cual han sido fundados los monasterios de Carmelitas descalzas. A cuyo efecto damos el presente marcado con nuestro sello Episcopal y autorizado por nuestro Secretario en la Habana (estaba entonces en esta capital el Prelado) á 27 de Agosto de 1834.—*Fr. Ramón*, Arzobispo de Guatemala. Hace ya muchos años que las Religiosas Carmelitas descalzas del monasterio de Guatemala, en número de veintiocho siguen constantes en la más exacta observancia de los sobredichos artículos, siendo al presente su monasterio un objeto de verdadera edificación para los fieles. Y deseando aquellas Religiosas que la autoridad Apostólica de Vuestra Santidad sancione cuanto ellas han practicado: suplican á Vuestra Beatitud se digne aprobar los expresados artículos y permitir que el número de religiosas profesas pueda ser aumentado

hasta el de treinta y tres para que más fácilmente puedan continuar en la práctica de su santo instituto, que la gracia, etcétera„.

“*Acuerdo del Sumo Pontífice.*—En la audiencia dada por el Santísimo Padre, al Sr. Secretario de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares el 17 de Febrero de 1843, Su Santidad aprobó y confirmó los anteriores artículos y dispuso benignamente para que pueda aumentarse el número de religiosas, con tal que no exceda del de treinta y cuatro, no pudiendo servir de obstáculo cualesquiera razones que se aleguen en contrario.—*El Cardenal Oretini*, Prefecto.—Lugar del sello„.

“*Habana 3 de Agosto de 1843.*—Cúmplase, guárdese y comuníquese á la Venerable Comunidad de Carmelitas descalzas de San José de Guatemala este Rescripto Pontificio de 17 de Febrero de 1843, en que Su Santidad el Papa Gregorio XVI se ha dignado aprobar los artículos de observancia rigurosa que Nos establecimos y conceder que el número de religiosas pueda ser en esa Comunidad hasta treinta y cuatro.—*Fr. Ramón*, Arzobispo de Guatemala.—Por mandado de S. E. I., *Agustín Santomé*, Pro-Secretario„.—Es copia fiel de su original, á que me refiero. Guatemala, Abril 11 de 1848.—*Antonio Letona*, Notario público.—Se imprime con licencia necesaria„.

Los documentos transcritos revelan bien claramente el espíritu de perfección de la Comunidad carmelitana de Guatemala y su deseo de emular las virtudes de las primeras hijas de Santa Teresa, y hacer de su convento de San José un digno trasunto de los que con el mismo título fundara en España la ilustre castellana. Hallábase, pues, María Adelaida en su centro; era aquel el verdadero ambiente, en que deseaba su espíritu respirar, y podía entregarse con plena libertad al ejercicio de

la más austera penitencia, y desahogar sus fervorosas ansias de vivir siempre en Dios y solo para Dios. Veíasele cumplir con la mayor exactitud la Regla y los puntos de mayor rigor que acababan de ser oficialmente aprobados. No le costó poco esto, sobre todo la completa descalcez, que apenas podía soportar en el tiempo frío, acostumbrada como estaba ya al clima de la Habana. Llegó al principio á temer se la hiciera imposible profesar, lo que la movió á calentar algunas veces un casco de una vasija para mitigar el intenso frío de sus piés. También después de profesa era esta una de las mortificaciones que más impresión la causaban aun en el lecho; pero nunca pidió más ropa que la que usaban las demás monjas. Una de las prácticas observadas en el convento, según se halla consignado en los precedentes artículos, era el no tener legas ó monjas de velo blanco para los oficios de cocina y otros; ellas mismas alternaban semanalmente en tales cargos, y eran de ver la modestia, humildad y diligencia de Adelaida en aquellas ocupaciones manuales, á que nunca sus manos se habían dedicado, y que ahora practicaba con toda sencillez y perfección, encontrando singular gozo en las que parecían más humillantes. Una sola cosa decía que la repugnaba y aun horrorizaba, y era el tocar la carne cruda en la cocina, cuando había que prepararla para alguna enferma; lo cual demuestra su delicadeza y sensibilidad.

En los ejercicios de la vida contemplativa ra-

yaban á mayor altura su celo y fervor. Era aman-  
tísima de la oración; decía que no podía vivir sin  
ella, que era el verdadero alimento de su alma, y  
así se entregaba á ella con todo ardor, encontra-  
do sus delicias en tratar con el divino Esposo los  
intereses de su salvación. Recitaba el Oficio di-  
vino con grandísima devoción, y siempre la pare-  
cían cortas las horas dedicadas á cantar en el coro  
las divinas alabanzas; bien que para ella todos los  
lugares eran coro y todas las criaturas breviarios  
en que encontraba escritos himnos sublimes á la  
divinidad; porque continuamente andaba en la  
presencia del Señor, y en todas las cosas veía re-  
flejarse sus perfecciones divinas, y á todas invi-  
taba á que la acompañaran á alabar y dar gracias  
á su Esposo. Absorta siempre en estos pensamien-  
tos, vivía más en el cielo que en la tierra, porque  
más está el alma donde ama que donde anima.  
Bien se echaba de ver esto en sus palabras y en to-  
das sus obras, en las cuales resplandecía un abra-  
sado celo por la gloria de Dios y una encendida  
caridad para todas sus hermanas.

A estas virtudes daba realce su profunda hu-  
mildad, que servía de fundamento inconmovible á  
su alta perfección. Prefería los oficios más bajos,  
el lugar más humilde y las prendas de menos va-  
lor: no hablaba nunca de su patria ni de su linaje,  
oía con desdén las alabanzas y ocultaba con disi-  
mulo hasta las habilidades que pudieran merecér-  
selas. Por este motivo no había manifestado á las  
monjas sus aventajados conocimientos en música;

pero la Providencia no quiso que permanecieran ocultos, haciendo se publicasen con ocasión del siguiente suceso.

Velaba un día al Santísimo Sacramento, que se hallaba expuesto, interin la comunidad se hallaba en refectorio, lejos de la iglesia; y juzgando que nadie la oiría, entonó un cántico en honor de Jesús Sacramentado, acompañándose con el órgano. Sorprendida una religiosa, que velaba también al Santísimo en el coro bajo, al oír en hora desusada tocar el órgano, que resonaba también con no acostumbrada perfección, observó lo que ocurría, y se fué á dar cuenta á las monjas de su grata sorpresa, que á ellas mismas embargó al descubrir la gran habilidad de la Madre Adelaida, que desde aquel día, por obediencia, hizo vibrar muchas veces, bajo las bóvedas del Santuario, las armonías religiosas en loor del Altísimo, continuando esta santa práctica hasta el fin de su vida. Este y otros sucesos revelaban bien cuán sólidas virtudes atesoraba el corazón de nuestra Rda. Madre.

No la sirvió de poco en sus rápidos progresos en la perfección religiosa la acertada dirección de su confesor el Ilmo. Sr. D. José María Barrutia, de cuya vida nos parece oportuno hacer aquí una breve reseña, tomada de la obra del P. Rafael Pérez, S. J., titulada *La Compañía de Jesús en Colombia y Centro-América*, impresa este mismo año en Valladolid, de la cual tomaremos no pocos datos en el discurso de esta historia. "Era el señor Barrutia hijo de una distinguida familia guatemal-

teca, de quien recibió una educación por todos conceptos esmerada. Joven aún y ocupado en el estudio de la Jurisprudencia, sentíase inclinado al estado religioso; mas antes de dar un paso decisivo, consultó su propósito con la Rda. M. Teresa de Aycinena, pariente suya, que gozaba gran fama de santidad, la cual, según se asegura, le profetizó que no sería religioso, sino Obispo. Su modestia le obligó por entonces á desatender el vaticinio y terminó su carrera de abogado; mas viendo los peligros de ésta, como un nuevo Ligorio, deja el foro y se consagra al servicio de la Iglesia á los veintiseis años de edad. El nuevo presbítero parecía más bien un cenobita que un sacerdote secular: vestía áspero cilicio, ceñía pesada cadena, dormía muchas veces sobre el duro suelo, ayunaba muchos días á pan y agua y se mortificaba con todo género de asperezas; pero lo hacía con tanta humildad y modestia, que ni sus familiares se dieron por mucho tiempo cuenta. Era tan dado á la oración, que gastaba en ella, por lo regular, cuatro ó seis horas. Desempeñó sucesivamente los cargos de coadjutor de su hermano D. Manuel en la parroquia de San Sebastián, de Guatemala; Auxiliar del Provisor el Ilmo. Sr. Larrazábal, cargo en que le confirmó luego el Arzobispo, Sr. García Peláez, nombrándole Chantre de la Catedral; más tarde la Santa Sede le nombró Dean, y finalmente Obispo de Camaco, auxiliar de Guatemala, cuyo cargo desempeñó hasta la muerte. Fué, en una palabra, este Prelado tan virtuoso y favore-

cido de Dios, que el P. Parrondo, en su oración fúnebre predicada ante tres Obispos, el Cabildo, Órdenes religiosas y distinguida concurrencia, no dudó pronunciar estas palabras: "Tenía el Sr. Barrutia la dignidad episcopal; ¿mas por ventura no tenía de antemano conocimiento no fútil, sino celestial de que había de ser encumbrado á ella? ¿No se le había aparecido el benignísimo Jesús sentado en su trono y asistido de dos ilustres personajes de esta Iglesia, de los cuales uno le presentaba la mitra y otro el báculo pastoral?,"

Tal fué el varón insigne que Dios concedió á Adelaida para maestro de su espíritu hasta el año 1864, en que lleno de méritos dejó este valle de miserias para ir á gozar de las delicias de la bienaventuranza. ¿Cómo con tal maestro no había de progresar rápidamente en la vida espiritual una tan aventajada discípula? Dócil á las enseñanzas de su director, ingénua y sencilla en la manifestación de su conciencia, dispuesta á obrar siempre, no según su criterio, sino según el dictamen del director, se ofrecía al Sr. Barrutia como un terreno bien labrado y dispuesto, en el que sin gran esfuerzo pudo éste sembrar y ver desarrollarse frondosas todas las virtudes.

Bien se hacían notar los edificantes ejemplos de Adelaida en toda la Comunidad; su obediencia ciega á las preladas, sin que la ocurriera nunca juzgar sus disposiciones; su caridad para todas las religiosas, á quienes trataba con la sencillez y cariño de hermanas; su celo por la observancia y el

silencio, que no quebrantaba aunque se viera tentada por alguna pregunta inoportuna; su indiferencia para todas las ocupaciones de la Comunidad y aquella nunca interrumpida mansedumbre y modestia en sus modales y en sus palabras; todo la hacía parecer sin disimulo ni afectación como una verdadera hija de Santa Teresa, y la granjeaba una grande estimación de las religiosas y de cuantos la trataban.

Las Preladas no quisieron dejar ociosas las virtudes y prendas de la edificante monja, encomendándola, además de los oficios comunes á todas, algunos especiales, como el tocar el órgano en los actos del culto, cuidar del ropero, y más tarde, cuando poseyó mejor el idioma castellano, hacer siempre de Secretaria de la M. Priora. A nada se negaba Adelaida, á pesar del mayor trabajo y desvelos que sobre ella tenían que pesár; muchas veces ni respetaba su salud por cumplir lo que se la ordenaba, como ocurrió una noche de Navidad, que por estar abierta la bóveda del coro alto tuvo que tocar en el coro bajo estando cuatro horas de pié, á pesar de una enfermedad que padecía en la cintura.

Así transcurrían los primeros años de su vida religiosa, sin decaer un instante de su fervor primero, siempre con mayores alientos para perseverar, siempre adelante en la senda de la abnegación y del sacrificio, rogando constantemente á Dios por la conversión de las almas, ofreciendo diarios sacrificios por la de su familia á la Igle-

sia Católica y trabajando sin cesar por hacerse Santa.

## CAPÍTULO XIII

### PRIMERAS TRIBULACIONES DE LA M. ADELAIDA EN LA RELIGIÓN

Las tribulaciones son el crisol de la virtud en que Dios purifica las almas, y las persecuciones son el fino buril con que el Eterno Padre graba en ellas la imagen de su divino hijo. Ellas son el patrimonio de los justos y la Historia eclesiástica nos demuestra que en todos los tiempos los siervos de Cristo han visto realizada en sí mismos la profecía del Apóstol, en su segunda carta á Timoteo, cap. III, vers. 12: "Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo, sufrirán persecución „.

Pero sucede con frecuencia que la virtud sólida y abillantada no solamente sufre el odio y la persecución de los mundanos, sino que en los mismos círculos de piedad y religión es objeto de animadversión y celos de parte de los demás, verificándose que los buenos dan que sufrir á los mejores con la más cándida buena fe. Los deseos de mayor perfección son interpretados unas veces como exageraciones de celo, otras como afán de distinguirse, y otras, finalmente, como faltas de respeto á las tradiciones y costumbres de la corporación;



frases que aparentemente nacen de buen espíritu, pero que en el fondo son artimañas del maligno para perturbar la paz; y al mismo tiempo sirven admirablemente á la divina Providencia para no privar á las almas privilegiadas de la tribulación más penosa y purificadora que conocen los santos: "la persecución de buenos,,.

No se libró Adelaida de pasar por esta terrible prueba, á que el Señor la sometió para acrisolar y hacer más sólida su virtud con los golpes de la tribulación, como el metal adquiere mejor temple con los golpes del martillo. Habían pasado algunos años de profesión, y Adelaida no aflojaba un punto en su primer fervor ni en el celo por la observancia, á pesar de las dificultades que, como hemos visto, encontró en los principios, sobre todo para la práctica de algunos de los puntos de rigor que el Papa Gregorio XVI había aprobado en el mismo año de su ingreso en el convento. Mas no todas las religiosas tuvieron los mismos alientos, ni tampoco tenían el mismo espíritu de celo y observancia. Por otra parte, Adelaida era conocida y considerada como una religiosa de gran virtud y relevantes prendas, y no era raro que se oyesen sus alabanzas nacidas de muy autorizados labios, lo cual hubo de producir mal efecto en algunas almas imperfectas, pocas por fortuna, que ofuscadas ó ilusas consideraban injustificados estos elogios. El disgusto de estas compañeras de nuestra madre comenzó á manifestarse poco á poco, primero en aparente indiferencia, luego en claros

desdenes, después en injustas quejas, y finalmente, en abierta oposición. Nuestra madre se mostraba inexorable en la práctica de la observancia, no sólo llevándola con la mayor exactitud, sino procurando que en su presencia no se faltase á ella y rechazando enérgicamente toda ocasión ó tentación que cualquiera hermana la ofreciese de quebrantarla. Huía de la que se permitía el más ligero juicio contrario á las disposiciones de las preladas, era inútil querer hacerla violar la ley del silencio con preguntas inoportunas; y por ninguna causa, ni humano respeto, se hacía cómplice de la menor inobservancia. Esto, que debía servir de motivo de edificación y de alabanza, servía de ocasión para exacerbar el espíritu de hostilidad y extremar los actos de oposición de aquellas religiosas. Se la motejaba de querer singularizarse y ser más que sus hermanas; no se atribuía á celo su observancia, sino á deseo de sobresalir. Adelaida recibía con humildad y alma serena los desdenes, los desprecios y los temerarios juicios que sobre sus actos se formaban, y aun llegó á pedir con sencillez y modestia perdón á las religiosas de darlas ocasión de que se ofendieran.

No la faltaban, sin embargo, consuelos en medio de aquella deshecha tormenta, no siendo quien menos contribuyó á dárselos su sabio y virtuoso director el Sr. Barrutia, que conociendo el gran temple de su alma la hacía aprovecharse de todas aquellas circunstancias para prepararse á mayores combates y á mayores triunfos. Ni por parte

de la misma Comunidad dejó de recibir alientos, pues la mayoría de las religiosas hacían justicia á sus méritos y reconocían sus virtudes; y prueba bien clara dieron de ello cuando queriendo aprovechar aquéllos y éstas en bien del convento, se la eligió para uno de los principales cargos, como vamos á ver.

## CAPÍTULO XIV

### DESEMPEÑA EL CARGO DE MAESTRA DE NOVICIAS

En el año 1858 se hizo la elección de cargos por la Comunidad, la cual, según ordenan las Constituciones, debe verificarse cada tres años y recaer en las religiosas que por votos secretos fueren elegidas. La nueva Priora, siendo una de las que mejor conocían y más apreciaban á Adelaida, resolvió encomendarla el delicado cargo de Maestra de novicias. Mucho sintió su humildad la distinción con que se la honraba; pero como no era menos obediente que humilde, aceptó de buena voluntad el cargo, y desde luego se propuso darle debido cumplimiento. No se la ocultaba lo difícil y espinoso de su desempeño, ni tampoco la inmensa importancia y trascendencia del mismo; pues las novicias son las futuras religiosas, y si del noviciado salen formadas y nutridas del verdadero espíritu, harán un día una excelente comunidad, pero si no van informadas de virtud sólida,

de abnegación, de gran celo y caridad, pronto entrará la relajación, y la observancia vendrá á lastimosa ruina.

Conociendo la M. Adelaida todo esto perfectamente, trató de poner en juego todos los medios que podían concurrir á la realización de tan altos fines. Por de pronto acudió al Señor, redoblando sus oraciones y pidiendo abundancia de luces, que la guiasen por la verdadera senda, suplicó á su virtuoso director la ilustrara con sus enseñanzas y consejos, y desconfiando con profunda humildad de sí mismos, pidió el concurso de todas las religiosas para que la auxiliaran en el cumplimiento de su difícil cargo. Estudió luego maduramente el plan que se proponía seguir, examinando sus obligaciones y escogitando los medios más suaves y adecuados para cumplirlas. Como prueba del gran celo é interés con que anhelaba dar cima á su misión, voy á copiar un pequeño escrito suyo, que hizo luego de ser nombrada, para tenerlo siempre á la vista como una recopilación de sus deberes. Dice así el citado documento:

*“Jesús.*—Las obligaciones del oficio de Maestra de novicias se reducen á siete cosas, y para poderlas desempeñar se necesita que cada religiosa le dé la mano, por lo que la Maestra debe con humildad y confianza de hermana manifestar á la Comunidad, sea en capítulo ó fuera de él, el método que lleva, por ser oficio en que cada una tiene voto; por lo que se puede decir que es casi la única oficina que toca á todas. Todas deben saber á fondo el método de su Noviciado y las razones sólidas que tiene la Maestra para lo que en su oficio hace. Así todas pueden ayudar á la Maestra, todas pueden

animar y encaminar á las jóvenes y así formar *un espíritu* entre todas. También, estando impuestas en el fondo de cuanto en el Noviciado pasa, pueden con oración y reflexión sólida manifestar á los Prelados los yerros que haya, y así irá bien y al gusto de Dios y de cada religiosa; sin que entiendan las jóvenes que la doctrina de su Maestra no tiene tal sostén, lo que podía servirles de tentación contra las religiosas y causarles mucho daño. Para que todo vaya con sinceridad y buena armonía, pongo aquí un apunte de lo que pienso ser la obligación de la Maestra y otro de las advertencias principales que se hacen á las novicias, para que cada religiosa se imponga en todo, y lo que vaya errado se pueda enmendar. Las siete cosas que tiene á su cargo la Maestra son:

1.<sup>a</sup> Enseñar á las jóvenes cada punto de las Santas Reglas y Constituciones.

2.<sup>a</sup> Todo lo tocante al Ceremonial de nuestra orden y rezo de coro.

3.<sup>a</sup> Los santos mandatos de los Prelados, dados en visita ó fuera de ella.

4.<sup>a</sup> Las buenas costumbres de la Religión.

5.<sup>a</sup> Las obligaciones de los tres votos de obediencia, castidad y pobreza.

6.<sup>a</sup> Los métodos ordinarios para cumplir bien con la meditación, exámenes, general y particular, presencia de Dios, frecuencia de Sacramentos, etc.

7.<sup>a</sup> Las virtudes sólidas de la doctrina cristiana y de la vida religiosa, considerando que á ella toca cavar y formar el cimiento, de humildad, pobreza, etc.,

Excluye luego de la enseñanza de la Maestra las obras manuales de sacristía, cocina, etc., y termina diciendo, que las solas obligaciones dichas "necesitan de la continua vigilancia de la Maestra, y como nada de esto se puede hacer sin su presencia, no debe hacerse cargo de otros ofi-

cios fuera del Noviciado; pues de otro modo ni uno ni otro se hicieran bien.,.

Bien se ve por el precedente escrito el celo que procuró desplegar la M. Adelaida en el desempeño de su cargo y su profunda humildad al desconfiar de sí misma y reclamar la cooperación de las demás religiosas en la obra importantísima de inculcar en el alma de las jóvenes novicias el verdadero espíritu religioso. No contenta con esto, escribió después lo que ella denomina *Apunte de advertencias á las novicias*. Forma este apunte un conjunto de sesenta y siete advertencias, que llenan algunas páginas (y por eso no las transcribo aquí), y que constituyen todo un tratado de ascética, en el que resumió cuánto deben saber y practicar las novicias y aun las religiosas profesas para llegar á un alto grado de perfección. Todo en ellas está previsto, desde los deberes más importantes hasta los actos más minuciosos; se dan reglas admirables para hacer suave y agradable la práctica de las más austeras virtudes, como el recogimiento, el silencio, la obediencia, la abnegación y la humildad; se hace en ellas una verdadera anatomía del corazón, dirigiendo siempre al bien sus distintas pasiones y afectos con la maestría propia de un consumado asceta; se descubren los secretos caminos por donde nuestra debilidad suele empezar á correr cuando abandona la buena senda; se señalan con certera puntualidad los lados más flacos del corazón de la mujer y se indican con la misma exactitud los medios

más eficaces y enérgicos para levantar su debilidad y fortalecer su flaqueza.

No sólo marcan las advertencias los actos de la vida religiosa, sino el modo de avalorar su mérito con el concurso de santos afectos, y de hacerlos suaves con las virtudes anejas á su cumplimiento. Brilla principalmente en ellas el deseo de que las novicias vivan en recogimiento, silencio y unión con Dios, con gran amor á la observancia, desasidas de todo humano afecto, animadas de gran caridad hacia las hermanas, conservando igualdad de afecto para todas, abominando de las amistades particulares, de los secretos y de oír las quejas contra las preladas ú otras religiosas. No olvidó tampoco señalar el método práctico de la oración, examen de conciencia y otros ejercicios religiosos, que en seis lecciones separadas escribió la buena Maestra.

A esto debemos añadir que el ejemplo de la M. Adelaida era una confirmación viviente de sus lecciones y limpio espejo en que las novicias podían mirar una verdadera carmelita. Era para éstas una verdadera madre, que á una atractiva suavidad unía una inquebrantable energía. Miraba por su bienestar material como por su aprovechamiento espiritual, proporcionaba lo necesario á las novicias pobres y pedía ella misma limosnas para adquirir breviarios y otros objetos que necesitasen. Habiendo observado que el departamento destinado á Noviciado era húmedo, y por consiguiente insalubre, obtuvo del síndico D. Manuel

Echeverría los recursos necesarios para hacer las obras oportunas para su saneamiento. Pero en lo que principalmente se esmeraba, era en que sus novicias adquiriesen el verdadero espíritu teresiano; el candor, la sencillez, la alegría, el celo, el desprendimiento y la caridad propios del generoso corazón de Santa Teresa. Con este objeto vigilaba continuamente á sus hijas, enseñaba, corregía y reformaba con paciencia y dulzura, no dejaba pasar inadvertido ningún defecto hasta ver habituadas á las jóvenes á la práctica fiel, diligente y espontánea de las Constituciones. Con tal celo y la autoridad y gracia que sabía darle se granjeaba el afecto de sus novicias y conseguía que éstas aprovecharan espiritualmente. Aún recuerdan las religiosas ancianas que hicieron bajo su dirección el noviciado en Guatemala, el año tan feliz que disfrutaron con su buena Maestra. Hasta hubo religiosa que pidió se la concediera la gracia de repetir el noviciado bajo su dirección. Tan hábil y santamente cumplía la M. Adelaida el primer cargo de autoridad que desempeñó en la Religión, dando á ésta jóvenes plantas que produjeran un día frutos de honor y de bendición. De ahí que tanto la Comunidad como los Superiores quisieran que continuara desempeñándolo muchos años, aun después de ser Priora, aunque entonces se la daba otra religiosa como auxiliar.

## CAPÍTULO XV

## SUFRE NUEVA PERSECUCIÓN Y NUEVOS TRABAJOS

No estaban todas conformes con la regularidad que la Madre Adelaida pretendía inculcar en todos los actos, ya de los que exigen las Constituciones de la Orden, ya de los que marcaba el Ceremonial y las buenas tradiciones carmelitanas, deseando que en todos resplandeciese la unanimidad, la sencillez y el orden. Las descontentas atribuían á deseo de novedad el celo de la Maestra, las parecía exageración su amor á la más estricta observancia y juzgaban insoportable el yugo que á las novicias y por ende á las religiosas pretendía imponer con sus doctrinas y su régimen. Este disgusto comenzó á traducirse en claras manifestaciones de desagrado y oposición, que me ha referido una de las que entonces eran novicias, con estas palabras: "Desde que entré en el Noviciado vi que nuestra Madre estaba sufriendo persecución de parte de algunas hermanas por la perfecta observancia que deseaba de la Regla, Constituciones y Ceremonial. Yo observé en Su Reverencia una profunda humildad, la vi varias veces humillarse ante las hermanas, pidiéndoles perdón sin haberles dado motivo para que se ofendieran, veía en Su Reverencia otra Santa Teresa por el celo que tenía por la honra y gloria de Dios, y que en

nada se buscaba á sí misma, sufriendo en silencio palabras duras y ofensivas por conseguir lo que era del agrado de Nuestro Señor. La misma religiosa me refirió, que, viendo cuán equivocadamente se la juzgaba á su Maestra, se presentó un día á la Prelada, haciéndola ver con toda sencillez y verdad cómo aquélla obraba en todas las cosas con recta intención y que nada hacía por ir en contra de la Priora, antes bien, el amor y respeto á ésta era una de las cosas que más la inculcaba y ella misma se esmeraba en practicar. No fué, sin embargo, esto suficiente para persuadir á algunas religiosas, á quienes se ofreció una ocasión propicia de manifestar su enojo contra la Madre Maestra.

Gobernaba á la sazón la archidiócesis de Guatemala un prelado dignísimo, el excelentísimo señor D. Francisco García Peláez, varón de gran virtud, de quien refiere el citado P. Rafael Pérez en la parte tercera de la obra arriba mencionada, que era sumamente fervoroso y penitente, gastando tres horas diarias de oración, rezando diariamente el *Via-Crucis* y el rosario; levantándose á las cuatro de la mañana, ayunando tres días á la semana toda su vida que fué de 82 años y durmiendo en pobre y duro lecho, del que no lograron sacarle sus familiares, ni aun en su última enfermedad; y todo sin desatender á innumerables obras de celo y de caridad ni al gobierno de su vastísima diócesis.

Este celoso Prelado no podía mirar sin interés

los asilos en que permanecen retiradas del mundo las esposas del Señor; antes por el contrario procuraba se mantuvieran en el fervor y observancia propias de su profesión. A este fin procuraba por sí mismo ó por sus delegados hacer la visita canónica de los conventos, estimulando á las religiosas á la perseverancia, dándoles saludables enseñanzas, reformando lo que hallaba digno de reforma y prodigando á todas alientos y consuelos. Con ocasión de hallarse por este tiempo en Guatemala el Ilmo. Sr. Fray Juan de Jesús Zepeda, recién preconizado Obispo de Honduras, el excelentísimo Sr. Peláez le comisionó para hacer la visita canónica de los conventos, que por su avanzada edad apenas podía por sí mismo realizar.

Llevó á cabo el nuevo Prelado la comisión que se le confiara con el celo y solicitud que la importancia del asunto reclamaba. Cuando llegó el turno al convento de las Carmelitas, las pocas descontentas del proceder de la Maestra de novicias quisieron aprovechar la oportunidad de exponer sus quejas contra ella, á fin de conseguir fuese desautorizada por el Sr. Visitador. Mas Dios se valió de esas mismas quejas para brillantar más el mérito de la M. Adelaida. Porque el ilustrísimo Sr. Zepeda, informado escrupulosamente de la conducta de la Maestra y del régimen y observancia del Noviciado, vió con gran satisfacción que no había fundamento alguno para las observaciones que se le habían hecho, antes por el contrario, brillaba en Maestra y novicias el verdadero espí-

ritu carmelitano y reinaba un grande amor á la perfección religiosa; del cual, quiso dar un públicotestimonio á la Comunidad, alabando el celo desplegado por la Madre Adelaida y proponiéndola por modelo á las demás, para que el convento fuese un trasunto de los fundados por Santa Teresa. Con tal declaración obtuvo nuevo triunfo la virtud de nuestra Madre, aunque su humildad la hizo quedar confundida; y las mismas religiosas que la habían juzgado con poca justicia, desvanecida la ofuscación de su mente, no sólo se aquietaron, sino que desde entonces reconocieron y respetaron el mérito y las virtudes de Adelaida.

Otro suceso muy triste y para ella muy sensible vino á acibarar su corazón, que fué la muerte de su madre, la Sra. D.<sup>a</sup> María Ronley, ocurrida en Lisboa el 21 de Mayo de 1860, en donde entonces residía con motivo de desempeñar su hijo don Juan el cargo de Ministro de los Estados Unidos en la capital de Portugal. Adelaida no había vuelto á verla desde su separación para ir á la Habana; pero ni un sólo día dejaba de tenerla presente en sus oraciones y rogar con instancia al Señor por su conversión á la Iglesia Católica, ofreciéndole con el mismo fin grandes mortificaciones y penitencias. Dios nuestro Señor no quiso desatender tan constantes y fervorosas oraciones, dignándose conceder en la hora postrera la gracia del arrepentimiento y conversión á D.<sup>a</sup> María, según se desprende de lo que voy á referir, confirmado por el testimonio unánime de las religiosas que entonces

vivían con la M. Adelaida en Guatemala y hoy viven en el convento de Grajal.

D. Juan comunicó inmediatamente desde Lisboa á su hermana el fallecimiento de la madre, en carta escrita en inglés. Como las monjas desconocían este idioma, la Priora, antes de dársela á la M. Adelaida, se la entregó al jesuita P. Parrondo para que se la tradujese; mas al ver la noticia tan desagradable que contenía, la pareció oportuno dilatar el comunicársela, para que no recibiera tan fuerte impresión y guardó la carta en el cuarto de las flores donde no podían las monjas entrar por custodiar su llave la misma M. Ana María. Mas, hé aquí, que en la misma noche del día en que se recibió la carta, la M. Adelaida tuvo un sueño, viendo á su madre tendida en el cuarto de las flores y junto á ella su hermano D. Juan, á quien preguntó: ¿Y madre? Está bien, contestó éste. Luego vió una luz y una paloma que posaban sobre su tarima y despertando estremecida llamó á la Hermana Gertrudis para que la acompañara. Muy de mañana mandó avisar á la M. Ana María, á quien dijo llorando: "Madre, por Dios, no me oculte si mi madre ha muerto, quiero saber cómo ha muerto,,". No será así, hija, contestó aquélla; si tal noticia viniese, ya se la comunicaría. No se consolaba Adelaida con las palabras de la Priora, y ésta entonces llamó al Sr. Barrutía. Al verle aquélla, le dijo: "Padre, no me oculte nada, ya he ofrecido á Dios en mi corazón el sacrificio,,". "Ea, contestó el virtuoso confesor, bendiga las misericordias del Señor, su

madre ha muerto y se ha salvado, un alma la ha visto subir al cielo después de duro pero breve purgatorio. Las religiosas no dudaron al oír á aquel santo varón, que aquella alma era el mismo Sr. Barrutía, de cuyas virtudes ya hemos hecho antes mención. Adelaida recibió un gran consuelo con las manifestaciones hechas por su virtuoso confesor y dió gracias al Señor por la bondad con que había escuchado sus ruegos y mirado sus lágrimas, que tan abundantemente había derramado por la conversión de su madre y continuaría derramando por la de sus hermanos.

## CAPÍTULO XVI

ES ELEGIDA PRIORA POR PRIMERA VEZ

Restablecido el buen nombre de la M. Adelaida y confirmada su autoridad, pudo aquélla dar rienda á su celo haciendo progresar cada día más á sus novicias en el espíritu y altas virtudes de Santa Teresa, conociéndose en ello la maravillosa influencia de la ejemplar Maestra. Un solo suceso vino á amargar la alegría de su espíritu en aquellas apacibles circunstancias. En Agosto de 1864 llamó el Señor hacia su seno al Ilmo. Sr. Barrutía, su confesor, que tanto la había alentado y consolado en su vida religiosa. Gran sentimiento experimentó en esta pérdida la M. Adelaida, porque siempre le había considerado como Tobías á su

ángel, que con mano segura la conducía por la intrincada senda de la virtud, librándola de los peligros que en la misma tienden astutamente los enemigos de las almas buenas. Pero el Señor quiso compensar su dolor con el consuelo de tener dignos sucesores del Sr. Barrutía en los PP. de la Compañía de Jesús, que primero como extraordinarios y luego por concesión especial del P. General, como ordinarios, dirigieron la Comunidad hasta que el Gobierno revolucionario los expulsó de Guatemala. Los principales, á quienes debió mucho la Comunidad y sobre todo la M. Adelaida fueron los PP. Gil, García López, Hernández San Román, Taboada y Paul, quienes pudieron ser testigos de las admirables virtudes de aquélla y del gran impulso que supo dar á todo el convento en la perfección carmelitana, sobre todo desde que las religiosas juzgaron conveniente encomendarla el primer cargo de la Comunidad, que fué en 1868.

Correspondía este año hacer la elección trienal de los cargos, según disponen las Constituciones; y las monjas, persuadidas ya todas del gran mérito y sólida virtud de Adelaida, no dudaron que era la llamada á gobernar la Comunidad, y unánimemente la eligieron Priora para el siguiente trienio. Aceptó con resignación la voluntad de Dios, manifestada por el voto unánime de las religiosas; y aunque sentía cargar con un peso que ya sabía cuán difícil era de llevar, confiada en la gracia divina y en su grande amor á la Orden en

que había profesado, esperó poder lograr algún fruto en el nuevo cargo que se la confiaba.

Eran entonces tales las circunstancias, que se necesitaba de todo el tacto y prudencia que ella tenía para organizar la observancia del convento. Los puntos de rigor que la celosa M. María Teresa de Aycinena había logrado poner en práctica y que luego después de su muerte habían sido aprobados por la Santa Sede, se hacían en algunos de sus extremos de difícil realización al presente, y lejos de cumplir el rigor deseado se introducía lamentable relajación, por aquello de que los extremos se tocan, y de extremado rigor se viene á caer en extremada condescendencia. Entendiólo así el nuevo Sr. Arzobispo de Guatemala Excmo. Sr. D. Bernardo Piñol de Aycinena, y procuró dar forma sólida y estable á la observancia del convento, para lo cual contaba con la importante cooperación de la M. Adelaida. A este fin, el siguiente año de 1869 partió para Roma con ocasión de asistir al Concilio Vaticano y arreglar algunos asuntos de su diócesis. Allí obtuvo del Soberano Pontífice la revocación de los artículos de rigor antes aprobados y se ordenó se practicasen en su pureza nativa la Regla y Constituciones de la orden, sin mitigación ni laxas interpretaciones.

Propuesto por el Sr. Arzobispo el plan aprobado á la Comunidad, y leído por su Secretario á las monjas reunidas el correspondiente documento, fué aceptado humildemente por éstas, y la Madre Priora se encargó de llevarle á cabo con suavi-

dad; pero al mismo tiempo con energía y sin desfallecimiento. Comenzó dando ejemplo á las religiosas de las virtudes que deseaba practicasen todas, logrando de esta suerte, gran autoridad sus enseñanzas y mandatos; y con tal disposición, y apoyada en la autoridad de sus legítimos superiores, no dudó acometer la empresa de la reforma.

Había dicho á las religiosas al tomar posesión de su cargo, que tendrían en ella una madre, igual para todas, para todas cariñosa y por todas dispuesta á sacrificarse, y que esperaba que sus hijas, unánimemente, habían también de corresponder con el respeto, y sobre todo con la observancia, la cual estaba dispuesta á sostener con firmeza. Bien conocieron pronto las monjas que las palabras de su nueva Priora no eran ineficaces. Amaba efectivamente á sus hijas, cuidaba de que nada las faltase, ni en lo espiritual ni en lo temporal, se hacía de todas para ganarlas á todas, procuraba alegrarlas, tomando parte en sus inocentes recreos, consolaba á las que se mostraban afligidas, tenía gran caridad con las enfermas, cuidándolas con especial esmero, procuraba, en una palabra, ganarse el afecto de sus hijas, para que sus enseñanzas encontrasen eco en sus corazones. Enseñaba, advertía, corregía y velaba constantemente por el orden y la disciplina. En la observancia se mostraba inexorable y no permitía nunca que se introdujera ningún abuso. Para que las religiosas fijasen más sus advertencias en la memoria, solía colocar en la puerta del coro unos avisitos,

de los que tengo algunos á la vista, conservados afortunadamente por algunas celosas monjas, que con pretexto de estudiarlos mejor ó copiarlos se los llevaban para tener un recuerdo de su buena madre, cosa que seguramente hubiera prohibido, á haber sospechado el intento. Voy á transcribir algunos para que se vea su gran celo por la perfección y al mismo tiempo las dotes de su hermoso carácter.

Acercábase la festividad del Sagrado Corazón de Jesús y fijó este aviso para hacer ver á las monjas lo dispuesta que estaba á llevar con rigor la observancia, dice así: "Este es tiempo en que el Corazón de Jesús pide un renuevo de espíritu en nuestro convento. No admito ningún desahogo en contra de lo que Dios me pide. Estoy firme porque me anima espíritu superior á mí, y ni debo, ni puedo resistirle... Cooperen todas y cada una, tengan fe en la obediencia y en lo que inspirada de Dios les digo. Nada me acobarda, aunque me hicieran caer muerta,,.

Cuando tenía gran interés en la práctica ú omisión de alguna cosa, además de las advertencias verbales fijaba un aviso. Hé aquí dos muy hermosos acerca de una de las virtudes más necesarias en los claustros, la caridad fraternal y la igualdad en el trato de unas con otras: "Quiero que todas seamos una misma cosa, pues vida y costumbres iguales es vínculo de corazones,,. "Amar unas á otras, y todo se hará con alegría y con suavidad. Vamos treinta y cuatro (era este el número de

monjas) en uno para hallar todo, sin queja, sin resistencia, pues el amor puede mucho.,.

Contrarias á esta hermosa virtud son las amistades particulares entre las monjas poco ejemplares, que son la peste de los monasterios. En los siguientes avisos se ve cuánto velaba la M. Adelaida por que no se introdujera en su Comunidad tal plaga. "Mis amadas Hermanas todas: Aunque mi vida sea de sacrificio y me exponga á sufrimientos, á todo me entrego para trabajar por el bien de todas y de cada una, pues la honra y gloria de Dios es lo que importa y no la mía. La más grande tentación de los demonios en los conventos de mujeres para desunir en general las voluntades, es valerse de nuestras simpatías naturales para unir pares ó grupitos y comunicarse con más intimidad, confianza, regalitos, etc. Esto empieza por poco; pero con el tiempo crece, y causa el daño tan lamentable en los conventos de quejas interiores, si no exteriores, divisiones, faltas de observancia, silencio, respeto á las disposiciones superiores, etc., y llegado el momento de la muerte tal vez es difícil remediar las roturas de la caridad fraterna que estas intimidades han hecho; pues son árboles que dejan semilla, que á su vez producen otros, convirtiendo en obscuro bosque el hermoso y noble llano de nuestra Religión. Esto me hace presentarlas á todas esta *pildorita preservativa* para que este daño no entre en las Teresas.,.

Hasta para cosas al parecer de poca monta colocaba sus avisos, pues como decía en uno de ellos:

“El fervor se conoce por la facilidad en hacer con perfección las cosas pequeñas„. De modo que desde las importantísimas virtudes citadas hasta los detalles más minuciosos eran objeto de sus advertencias. La puntualidad en la asistencia á los actos de Comunidad, el silencio, la modestia en las palabras y en los movimientos, hasta el modo de colocarse en coro y en el refectorio, de ordenar la celda, de disponer las tocas y hábitos, de asear los tránsitos, de colocar los cuadros, de cerrar puertas y ventanas; todo era objeto de su vigilancia y de su celo.

Puso también en práctica otro medio suave y poderoso para excitar una santa emulación en el ejercicio de las virtudes, y fué el colocar pequeños carteles de desafío para practicar tal acto, hacer tal ejercicio ó mortificación, guardar el silencio, etc., ofreciendo el mérito que en ello se lograra por algún fin santo. Entre los cartelitos que conservo, en uno se desafía á guardar silencio para lograr del Señor el alivio de las Animas del Purgatorio, en otro por las necesidades de la Iglesia, en un tercero por las del estado de Guatemala y en los demás por el aprovechamiento espiritual de las monjas, por alguna necesidad particular, como la conversión del célebre excarmelita, P. Jacinto, y otras mil. Y no se contentaba con el orden y regularidad en las cosas exteriores, sino que principalmente atendía á que las monjas amasen y practicasen con perfección la vida interior de oración, recogimiento y unión con Dios, pues

decía: "Este es el fin principal de nuestro instituto,,.

Cuidaba también de que estuviera bien arraigado en sus hijas el espíritu de abnegación y de sacrificio, con lo cual fácilmente se habituarían á la más fiel observancia, porque de la renovación interna del hombre ha de proceder la rectitud de sus actos exteriores. Por eso se mostró siempre tan celosa de la oración, el examen y presencia de Dios, en la que exhortaba á las monjas á vivir siempre, pues no era posible el quebrantamiento de la Regla andando fortalecidos con tales medios. Para que el fruto de sus desvelos fuera eficaz y duradero, procuró regularizar el trato con las personas de fuera del convento, desterrando de él todo lo que fuese ocasión ó pretexto de poca edificación. Suprimió la costumbre de dar en la reja del locutorio el desayuno á los sacerdotes que iban á celebrar las funciones sagradas y los refrescos á otras personas legas; así como también el que las monjas hicieran por su cuenta regalitos á las personas de su particular atención, aunque no se oponía á que se dieran estas muestras de gratitud y deferencia; pero siempre en nombre de la Comunidad, con lo que ni se excitaba la vanidad de unas ni la envidia de otras.

Reveló también la M. Adelaida su talento y discreción en el orden económico del convento, arreglando el régimen de tal suerte, que sin faltar en nada á las necesidades y comodidad de las monjas, obtuvo una economía de trescientos pesos anuales, según testimonio del último de sus

capellanes de Guatemala, el ilustrado sacerdote D. Manuel Leal. En una palabra, en breve tiempo logró una provechosa renovación en la marcha regular de la Comunidad. No la costó, en verdad, pocos esfuerzos y vigiliass, ni dejó tampoco de encontrar dificultades y oposición; pero todo lo venció su carácter varonil y su ferviente celo. No la importaba el sacrificio ni la humillación con tal de mantener en vigor el espíritu religioso; ocasiones hubo en que llegó á practicar actos heróicos por amor al cumplimiento de las constituciones de la orden.

Sucedió cierto día, que después de haber tocado la campana á retiro y silencio, una monja poco fervorosa continuó en la celda de otra algo enferma en inútil conversación. La Priora, deseando corregir con un acto enérgico la falta de aquella religiosa, ya varias veces inútilmente amonestada, se tendió sigilosamente á la puerta de la celda, hasta que al retirarse la mencionada monja á la suya, abre la puerta y queda sorprendida y llena de espanto al ver tendida á la Priora. Esta entonces con sentida palabra le dice: "Pase, Hermana, pase, que quien se atreve á pisar la Regla, mejor puede pisar á la Priora„. Confusa, admirada y corregida de su falta, quedó aquella religiosa con el modo admirable usado por la Madre para enmendarla. Este y otros medios de rigor produjeron excelentes resultados, porque la M. Adelaida sabía usarlos con oportunidad y no sin ir acompañados de dulzura y mansedumbre; pues apenas

veía arrepentimiento, ella era la primera en mostrar amor y deferencia á la que había cometido la falta. Tal prudencia y discrección granjeáronla el aprecio de las religiosas, que la consideraban como á verdadera madre, consultándola todas sus dudas, comunicándola sus alegrías y sus penas y buscando en sus consejos y en su cariño fortaleza y consuelo en sus tentaciones y en sus sufrimientos. Prueba patente la dieron de ello, cuando, al verificarse pasados tres años nueva elección de cargos, la confiaron nuevamente la dirección de la Comunidad.

## CAPÍTULO XVII

### ES REELEGIDA PRIORA DEL CONVENTO

La acrisolada virtud y prendas de gobierno que había revelado la Madre Adelaida en los tres últimos años movieron á las monjas á reelegirla Priora al renovarse la erección en el año 1871. Los extraordinarios sucesos que se desarrollaron luego y las críticas circunstancias porque la Religión y el orden social hubieron de pasar en la República, vinieron ahora á poner á mayores pruebas y á dar más realce á las virtudes de la Madre Adelaida.

Había gozado Guatemala de paz y bienestar durante muchos años, bajo el gobierno de su ilustre Presidente D. Rafael Carrera, hombre de os-

curo nacimiento, pero cuyos méritos personales le elevaron al primer puesto de aquel Estado. Triunfante de sus enemigos y nombrado Presidente perpétuo de la República, dió á su patria días de paz, de prosperidad y de ventura. Católico sincero, protegió á la Religión, auxilió á las órdenes monásticas y combatió sin tregua á las logias masonicas y demás enemigos del catolicismo. Aman- te del verdadero progreso cristiano, elevó á gran altura la enseñanza, desarrolló la industria y el comercio y llevó á cabo importantes obras pú- blicas.

A este insigne patricio sucedió en 1865 el ge- neral D. Vicente Cerna, buen católico y excelente gobernante; pero fuese que el nuevo Presidente no tuviera las dotes de su antecesor, fuese que la ma- sonería y el liberalismo habían logrado ir minan- do aquella sociedad, lo cierto es que en 1871 esta- lló una vez más la revolución que Carrera había logrado aniquilar. Hallábanse los jefes de ésta des- terrados en el Salvador y otros puntos, conspiran- do siempre hasta hallar ocasión propicia de lan- zarse nuevamente á la pelea. Esta ocasión les pa- reció que había llegado. Alentados, como afirma el P. Pérez en la obra mencionada, con el favor y el dinero que se sabe les proporcionó la masone- ría, con la condición de expulsar del territorio á las órdenes religiosas y perseguir al catolicismo, se presentaron en la República los desterrados in- surrectos, levantando con engaños ó violencias á los pueblos contra el Gobierno constituido.



Figuró al frente del movimiento D. Miguel García Granados, que se hallaba desterrado en el Salvador. Este revolucionario levantó el Acta de pronunciamiento en Patricia el 3 de Junio de 1871, declarándose Presidente provisorio de la República; y tan rápidamente se propagó la revolución, que abandonado el legítimo Presidente don Vicente Cerna, tuvo que retirarse con dirección á Chiquimula, entrando triunfante García Granados en Guatemala el día 30 de Junio, después de una sencilla capitulación. Aquí empieza una nueva era para la Religión en Guatemala.

No se declaró luego abiertamente hostil á la Iglesia el Gobierno revolucionario, pues estando tan arraigadas en los guatemaltecos las ideas católicas, tal hostilidad hubiera sido contraria á sus planes; así que al tomar posesión de la capital se mandó cantar el *Te Deum* y se hizo cundir la idea de que el Gobierno protegería al Catolicismo. Pero bien pronto los revolucionarios, viéndose asegurados en el poder, comenzaron á arrojar la máscara y descubrir su hipocresía. El primer blanco de sus iras fué la Compañía de Jesús. No atreviéndose á declarar guerra abierta á la Religión, quisieron ir quitándola sus principales columnas, y aun esto bajo el especioso pretexto de favorecer á la Religión misma. La primera demostración contra la Compañía no pudo ser más despótica ni brutal.

Había sido destinado á la Comandancia de Occidente el general D. Rufino Barrios, saliendo el

25 de Julio para Quezaltenango á tomar posesión. El 12 de Agosto reunió á la Municipalidad en el Ayuntamiento, rodeó éste de tropas y obligó violentamente á aquélla á firmar un acta pidiendo la expulsión de los Jesuítas que allí residían. A las nueve de la noche del mismo día pasa una orden á la casa de los Padres para que á las tres de la mañana siguiente salgan todos de la ciudad, sin exceptuar el P. Castillo, que se hallaba gravemente enfermo. Este bestial atropello excitó los ánimos de los católicos, que empezaron á convencerse de que las promesas de los liberales eran falsas como siempre. Protestó el Arzobispo, el clero y el pueblo; hubo en Guatemala manifestaciones de caballeros y aun de señoras; pero todo fué en vano. Para tranquilizar algo á los católicos, la Junta patriótica de la capital dirigió una circular á las Órdenes religiosas asegurándolas que serían respetadas y protegidas, y que si había expulsado á los Jesuítas, era porque éstos se mostraban tan enemigos de la Religión como del Estado.

Ante tales sucesos la M. Adelaida estaba consternada, á pesar de que ya había presentado esta tormenta que el Señor la había manifestado por singular modo. Pocos meses antes refirió á sus religiosas un sueño que había tenido (que ellas juzgaron sería visión; pero la Madre no se las descubría). Vió la catedral cubierta toda de luto y un mónstruo con dos cabezas á manera de serpiente delante de la puerta principal hacia la cual avanzaba en actitud amenazadora; y añadió con pro-

fundo pesar: "Entiendo que se avecina una gran persecución contra la Iglesia,,. Efectivamente, los acontecimientos vinieron á probar la verdad de la predicción. Cuando se recibió en las Carmelitas la circular de la Junta patriótica (pues hasta á las monjas se la mandaron) firmada por José Barbarena, Soto, Ramón Rosa, Ubico y otros con fecha 26 de Agosto del mismo año, nuestra Priora recibió grandísima pena, porque estimaba en mucho á los Padres de la Compañía, ya por el bien que hacían á la República, ya por lo que á ella misma y á su Comunidad habían favorecido y alentado en la vida espiritual; y llena de santa indignación contra las afirmaciones de la Junta, tan falsas como infames, con la energía y celo que la distinguían dió inmediatamente esta contestación: "Sr. Presidente: Conozco que á V. le gusta que se le hable la verdad: yo no puedo dar gracias por sus ofertas, porque los Jesuítas son miembros de la Santa Iglesia y yo también; y cuando de un cuerpo se corta un miembro sano, los demás se resienten. Yo me figuro la Junta de Vds. como aquellos cuadros que están en el Calvario, donde está Pilato con los fariseos juzgando al inocente Jesús,,.

Tales conceptos y tanta energía á unos causaron indignación, á otros llenaron de asombro, hasta tal punto, que refiere el citado P. Pérez, que algunos fueron de propósito á ver á la valiente religiosa con el deseo de conocerla y oír con cuanto acierto y libertad hablaba sobre aquel negocio en que se mostraba tan interesada como si se tratase

de su Comunidad. El mismo Presidente intruso visitó el convento, teniendo la inoportuna ocurrencia de preguntar á la Priora ¿en dónde estaba la cárcel para las monjas? Esta le contestó que no tenían otro lugar de encierro que el Corazón de Jesús. La visita produjo tal efecto en el Sr. García Granados, que hablaba después con mucho encomio de las grandes cualidades que decía haber observado en aquella monja, desagradándole sólo, añadía, el que era una *jesuitona* de marca mayor. También la esposa del Presidente visitó desde aquel día algunas veces á las carmelitas, recibiendo éstas algunos regalos y refrescos que las enviaba D.<sup>a</sup> Cristina Saborío, que este era su nombre. Mas á pesar de estas aparentes manifestaciones de respeto á la Religión, la acción revolucionaria no cesó hasta dar el decreto de expulsión de los Jesuítas de toda la República, el cual se publicó el 3 de Septiembre del mismo año.

En este aciago día el Comandante General del Departamento D. Manuel Cano (español por desgracia) presentó al P. Superior de la Misión la orden por él firmada, para que á las cuatro de la mañana se hallasen dispuestos todos, Padres, Hermanos y Novicios á marchar al puerto de San José y allí embarcar el 5 para Panamá. De este modo tan brutal fueron expulsados los Jesuítas de Guatemala.

Desde luego se supuso que no pararían en esto los liberales y que todas sus alabanzas á las otras órdenes religiosas y sus protestas de Catolicismo

y sus promesas de protección eran pura falsedad. En efecto, el 17 de Octubre el Gobierno dió un decreto desterrando al Arzobispo Excmo. Sr. D. Bernardo Piñol, por el único delito de protestar contra la expulsión de los Jesuítas y no querer doblegarse á las exigencias de los liberales. A este decreto siguieron otros no menos tiránicos y anti-religiosos; se suprimieron los diezmos, se publicó la libertad de cultos, de imprenta y demás falsas libertades liberales. Al año siguiente, 1872, se expulsó á los capuchinos, se declararon nacionales los bienes de la Iglesia, y de atropello en atropello se vino á llegar á los más lamentables extremos. Para coronamiento de tantos desastres, en el mes de Mayo de 1873 se verificaron las elecciones generales para Presidente de la República. ¿Cómo andarían ellas, que contándose más de 100.000 electores, sólo emitieron sufragio 8.707, y en la capital, que cuenta sesenta mil almas, sólo votaron 487 individuos? El resultado fué que García Granados, á pesar de apellidarse libertador de la República, fué derrotado por el déspota é impío Rufino Barrios, que con sus hazañas había de hacer bueno á su antecesor, pues como afirma el P. Rafael Pérez, fué el azote de la nación por espacio de doce años.

## CAPÍTULO XVIII

## LAS CARMELITAS SON ARROJADAS DE SU CONVENTO

No tardaron en dejarse sentir los efectos de la impiedad y despotismo de Barrios. El 9 de Julio de este año de 1873 desterró al Gobernador eclesiástico D. Francisco Espinosa. El 3 de Septiembre publicó un decreto por el que se "consolidan (mejor hubiera dicho se usurpan) los bienes raíces, muebles, semovientes, derechos, acciones, capitales á censo ó rédito dejados á la Iglesia y los demás sin excepción alguna de las iglesias, monasterios, conventos, hermandades, cofradías y cualesquiera comunidades eclesiásticas, así regulares como seculares.„ La persecución, como se ve, emulaba la de los mayores tiranos.

La Madre Adelaida y sus monjas estaban llenas de amargura al ver los atropellos de que eran objeto: la Comunidad temía por su Priora, pues conocida como era por Barrios su energía y la varonil contestación que había dado á la Junta patriótica, se creyó que usaría con ella de mayor rigor, y más cuando comenzó á decirse que iba á ser desterrada, lo cual no fuera extraño dado el carácter del despótico Presidente. La Madre, sin embargo, no perdía su presencia de ánimo: confiada en la divina Providencia descansaba en paz en sus brazos, esperando la daría valor y sacaría

triunfante en todas las tribulaciones. Esforzóse en alentar á sus religiosas para todo lo que pudiera sobrevenir y redobló con ellas sus oraciones y sus penitencias para aplacar la justicia de Dios y merecer su protección en las presentes calamidades. No desatendía el Señor las súplicas de su sierva, y en este mismo año recibió una prueba de la soberana Bondad en el extraordinario suceso que voy á referir, que bien pudiéramos calificar de prodigioso.

Hacía algunos años que tenía en la nariz un maligno tumor, que interior y exteriormente la molestaba, el cual se cree que tuvo origen de un golpe que inopinadamente había recibido en la cabeza de una de sus novicias, agravado por haberse repetido contra un confesonario provisional que se había colocado en una capillita, ínterin se hacían obras de reparación en la iglesia. Fuera que no le dió importancia, ó que descuidó su curación, lo cierto es que creció grandemente, causándola molestias y no dejándola apenas respirar. Al ver las monjas las proporciones que tomaba, trataron de que se pusiera remedio, y á este fin, se llamó en consulta al médico del convento D. Francisco Abella y á los doctores Luna y Padilla, quienes, después de maduro examen, expusieron á la Madre Adelaida la necesidad de practicar una dolorosa operación, se había de curar. Ella contestó que como religiosa debía estar y estaba dispuesta á sufrirla con paciencia.

Las monjas lloraban los sufrimientos y peli-

gros á que la operación iba á someter á su amada Madre, y resolvieron acudir con todo fervor al cielo para que librase á su Priora de tal riesgo: la Subpriora, M. María de la Luz, ordenó que se hiciera una novena á Nuestra Señora del Sagrado Corazón para que la Santísima Virgen la alcanzase la gracia de que no fuera necesaria la operación; con este santo fin, fijó un aviso en la puerta del coro, que decía: "Día 21 de Noviembre de 1873. Hoy comenzamos á rezar la letanía á Nuestra Señora del Sagrado Corazón y á hacer la novena para que deshaga el tumor á nuestra Madre, sin necesidad de la penosa operación. Pidamos todas con gran fe, y lo conseguiremos. *La M. Subpriora*„. Efectivamente, terminada aquel día la misa conventual, las religiosas se dirigieron á la ermita de la huerta, en que veneraban la sagrada imagen, para hacer la novena: iban en filas, rezando la letanía con gran devoción; detrás de ellas fué también la M. Adelaida, y cuando terminó la novena regresó delante de las religiosas y se encerró en su celda.

Creyendo éstas que estaría muy afligida, quisieron entrar á consolarla; pero la Madre no respondió, y ellas no insistieron por pensar que desearía estar sola. A la media hora sale de su encierro preguntando por las Madres Paz y Ana María; al llegar éstas se descubre la nariz y las pregunta: "¿Qué tal estoy?„ Ellas, llenas de estupor, gritan: "¡Ay! Madre, si no tiene nada„. Al grito acuden todas las monjas; mas ella quiso ocultar la cara

con sus manos, hasta que lo comprenden y á una dicen llenas de júbilo: "Si ya no tiene nada Vuestra Reverencia,,. Ella entonces, elevando sus manos y sus ojos llenos de lágrimas al cielo, exclamó: "Las misericordias del Señor,, y refirió luego á las religiosas cómo á la hora que se hacía la petición á la Santísima Virgen sintió que respiraba libremente, y echando mano á la nariz, advirtió con sorpresa que había desaparecido el tumor, y por eso habia corrido delante de las monjas á encerrarse para dar gracias al Señor.

Llegaron el mismo día los tres médicos á la hora convenida, recibiendoles la Priora, cubierta como de costumbre. Después de saludarlos ésta, les preguntó con sencillez y gracia: "¿Es urgente la operación?,, "Hoy mismo debe hacerse, Madre,, contestaron. Pues entonces véanlo ustedes,, y levantó su velo, descubriéndose á los doctores. Estos quedaron estupefactos al verla. "¿Qué ha habido aquí, qué han hecho ustedes?,, preguntó el doctor Luna. "Pues nada, dijo con serenidad la Madre, las misericordias del Señor,, refiriéndoles enseguida todas las circunstancias del hecho. El doctor Padilla no pudo menos de exclamar al escucharla: "Soy católico, y si no lo fuera, este milagro (así le calificó) bastaría para persuadirme á serlo de todo corazón,,. Tal fué el singular favor que recibió de Dios la Madre Adelaida en aquellos azarosos días, y que era como una prenda y garantía de que no había de faltarla la protección del cielo en los más terribles tormentos que se

aproximaban. Las monjas que presenciaron el suceso, y aún viven, lo mismo que el celoso capellán D. Manuel Leal, recuerdan aún con gran admiración y gozo este prodigioso suceso. Mas la alegría que en el convento causó la curación de la Priora, vino muy pronto á ser amargada por acontecimientos muy tristes.

Usurpados los bienes de los conventos, se pretendió seducir con promesas y esperanzas á las monjas. Visitó alguna vez el de las Carmelitas el célebre Presidente de la Junta patriótica don José B., á quien la M. Adelaida había tan enérgicamente contestado cuando la expulsión de los Jesuítas. Mostrábase afable con las monjas, les decía que sus bienes colocados en el Banco agrícola, que se iba á fundar, producirían en su favor buenos réditos, y llegó en su aparente deferencia hasta dirigir los trabajos del jardín y huerta. Pero pronto varió la decoración. Se trataba de extinguir á todo trance á las monjas, y se apeló para ello á los medios más diabólicos. Llegóse hasta ofrecer una pensión de veinte pesos mensuales á las religiosas que voluntariamente quisieran salir del claustro, pero ni una sola hubo que no rechazase indignada tan inicua proposición. Viendo Barrios que sólo la violencia podía dar resultado, recurrió á ella, llevando á cabo el acto más injusto y bárbaro que se puede imaginar.

El 17 de Febrero de 1874 apareció en el periódico oficial un decreto, en cuya virtud en el término de diez y ocho días se había de verificar la

reducción de los conventos de religiosas, haciendo la correspondiente traslación de las mismas al local que se designara. "Quedan, añadía el decreto, prohibidas las profesiones y se nacionalizan los edificios y sitios que ocupan las monjas, etc." Ni siquiera el plazo señalado se dejó pasar para dar cumplimiento al tiránico decreto. El 19 de Febrero, á las seis de la tarde, se comunicó á los cinco conventos de monjas que había en Guatemala una orden en que se las participaba que estuviesen dispuestas para pasar el día 23 al convento de Santa Catalina, en que se las reuniría á todas, por ser el más capaz, aunque no el más cómodo. Un Jefe político, D. Herculano Afre, fué el encargado de comunicar esta orden á la Priora de las Carmelitas.

Honda pena y grandísima amargura causó en el ánimo de la M. Adelaida la lectura del decreto; pero no había remedio: Dios las sometía á una gran prueba, iban á sufrir grandísimas tribulaciones, era menester abrazar la cruz y ella debía alentar á sus monjas y darlas ejemplo de valor y de resignación en la voluntad de Dios. Recobró, pues, su ánimo, se puso en los brazos de la divina Providencia y se resolvió á arrostrar con valor los trabajos y la muerte misma por Dios y por la Religión. Reunió á la Comunidad y la dió lectura de la orden que acababa de recibir: puede imaginar el lector, mejor que yo describir, la dolorosa escena que siguió á esta lectura. Lloraban inconsolables las monjas al verse tan despóticamente despojadas de sus bienes, de sus derechos y de su

libertad y arrojadas bárbaramente de su amado retiro.

La prudente Priora dejó á sus hijas desahogarse con agudos suspiros y ardientes lágrimas; pero luego que pasó aquel primer momento, comenzó á alentarlas con las tiernas palabras que Cristo pronunció al ser prendido en el huerto de los olivos: "Esta es la hora y el poder de las tinieblas,,. Preparémonos, Dios lo permite, abracemos valerosamente la cruz y mostrémonos hijas dignas de nuestra intrépida Madre Santa Teresa,,. Comunicó enseguida lo que ocurría al nuevo Gobernador Eclesiástico, D. Francisco Taracena, y dió órdenes oportunas en connivencia con el Sr. Capellán, D. Manuel Leal, para sacar y poner en lugar seguro las pocas cosas que las habían dejado, sobre todo las imágenes, vestiduras y vasos sagrados; éstos se llevaron á casa del celoso síndico, D. Rafael Angulo, y los demás objetos á distintas casas de familias de las mismas religiosas, con el apuro y desorden consiguientes, y no sin que desapareciesen algunos objetos.

La enérgica Priora estaba dispuesta á resistirse á salir, á no ser á viva fuerza; pero el Sr. Gobernador Eclesiástico la dijo que, para evitar mayores males, guardase actitud pasiva, y á la hora que los agentes del Gobierno fuesen á ejecutar la inícuo orden, tuviese entornada la puerta reglar y con la llave puesta, pero descorrido el cerrojo.

La víspera del aciago día, ó sea el 22, trató la M. Adelaida de levantar el espíritu de sus hijas y

de infundirlas serenidad y valor, demostrando lo mismo á los tiranos que á los buenos católicos que eran dignas hijas de la Reformadora del Carmelo. A este fin las dirigió una hermosísima alocución, digna de ser escrita con letras de oro en las páginas de la Historia eclesiástica. En ella aparece, más que como una mujer, cual uno de los héroes de las Catacumbas, poniendo de relieve su gran espíritu, su hermoso carácter y su heroica virtud. Consérvase el original en el archivo del convento de Grajal de Campos.

No quiero privar al lector de la lectura de este precioso documento; dice así:

“Mis Hermanas: Ha llegado el día de nuestro martirio. Acordémonos de lo que sufrió nuestro P. San Juan de la Cruz en su cárcel, y acompañémosle. Tal vez en la estrechez de nuestra reducción Dios llenará nuestras almas con mayor amor suyo. A todas desafío para que sacrifiquemos nuestro convento, escogiendo otras tantas celditas cuantas somos dentro de la clausura del Corazón de Jesús. A poner un altar dentro de esta clausura dedicado á la *Divina voluntad*, á formar de nuestros corazones un incensario conservando en él el fuego del sacrificio y resignación y cada memoria que nos venga de los lugares de nuestro amado convento, y nuestros trabajos serán el incienso que continuamente echaremos en este incensario para que jamás falte delante de este altar el humo del sufrimiento resignado. ¡Buen ánimo! ¡Que no haya gritos! ¡El dolor profundo es callado!—Dom. 2º, 1874.—*Su Madre*.”

Así habló la M. Adelaida á sus desconsoladas hijas, dándolas al propio tiempo instrucciones acerca de la forma en que debían salir, que sería protestando antes de la violencia que contra ellas

se cometía y jurando volver á su retiro tan pronto les fuera concedido.

En aquel mismo día ocurrió otra desgarradora escena. Ordenó el Prelado que las novicias se retirasen á sus casas, y aquellas pobrecitas sintieron hacérselas pedazos el corazón, al separarse de las que pensaban habían de ser sus amantes hermanas por toda la vida; y más quisieran sufrir con ellas el destierro y el martirio, que separarse dejándolas en tan críticas circunstancias; pero no había remedio; abrazaron por última vez á las Madres que las cubrían de ósculos y de lágrimas y partieron para sus casas sin saber si llevaban ó si dejaban más sentimiento y amargura.

Al día siguiente el Sr. Capellán celebró la santa misa, dió la comunión á las monjas y consumió el Santísimo Sacramento reservado en el Sagrario. ¡Qué olas de dolor tan amargas inundaron en aquellos momentos el tierno corazón de las esposas de Cristo, á quien por última vez recibían en aquel templo santo, en cuyas bóvedas habían resonado tantas veces sus fervientes plegarias! Apagóse la lámpara del Santuario, que constantemente había ardido ante Jesús Sacramentado, quedando en soledad y en tinieblas aquel lugar que había sido hasta entonces de luz y de armonías; cerráronse las puertas que dejaron oír al caer sobre los dinteles el eco lúgubre que produce la losa sepulcral al caer sobre la tumba de los muertos... ¡Todo se había consumado!

Llegó la una de la tarde, hora señalada para

sacar las monjas de su convento y llevarlas al de Santa Catalina. La ciudad estaba conmovida, porque la casi totalidad de sus habitantes amaban á las monjas, principalmente á las Carmelitas, cuya Priora se había granjeado el afecto de todas las clases sociales por su caridad, su carácter y su energía contra la revolución. Desde las primeras horas de la mañana el convento había estado materialmente rodeado de multitud de personas de toda condición, que ansiaban manifestar sus simpatías á las religiosas, consolarlas y ayudarlas en lo que pudieran. Las señoras más distinguidas cuidaron de proporcionar hasta los carruajes para conducir las; pero los agentes del Gobierno los mandaron retirar, trayendo coches de punto para este fin.

A las dos se presentó en el convento el Jefe político D. Herculano Afré, acompañado de don N. N. Salió á recibirlos la M. Adelaida, como si ignorase el objeto de la visita, y entonces el Jefe tímidamente la dijo: "No ignora usted á qué vengo: soy mandado por el Sr. Presidente para trasladar á ustedes á Santa Catalina,„. "Yo no abro mi puerta, contestó la Madre; entre usted donde está mi Comunidad, porque nosotras no saldremos espontáneamente,„.

Como el Prelado había dado orden de que dejasen sólo entornada la puerta regular para evitar violencias, los agentes la abrieron sin dificultad. Penetraron en el convento, encontrando á las monjas en la Sala capitular formadas en orden

con sus capas blancas, caído el velo y con un crucifijo en la mano, inmóviles y silenciosas como estatuas, sin dar muestras de sentimiento, según las había indicado su Priora. Ante aquel imponente espectáculo, los dos agentes echaron pié atrás, casi cayendo de espalda como los judíos que fueron á prender á Jesucristo.

Don Herculano rompió al fin el silencio, diciéndolas: "Yo he venido hasta aquí por deferencia, es necesario cumplir lo mandado,,. La M. Adelaida le contestó: "Nosotras tenemos suficiente valor para quedar tendidas aquí y teñir este suelo con nuestra sangre; pero no resistimos por guardar obediencia y para que usted no manche sus manos. Mas antes de partir oiga usted esta protesta,,. "Yo no oigo ninguna protesta,, dijo el Jefe. "Pues entonces no salimos,, replicó enérgicamente la Priora. Aquél, por fin, después de animado diálogo, se resignó á escucharla. La Madre entonces exclamó: "Protesto de la inícuca orden que nos arroja de nuestra casa y juro volver á ella tan pronto encuentre posibilidad para ello,,. "Y todas lo juramos,, dijeron á una voz las monjas, levantando el Crucifijo que tenían en sus manos.

Dirigiéronse luego á la puerta reglar, la Priora delante con un crucifijo grande en las manos, en pos de ella las religiosas en dos filas y en silencio. Una multitud inmensa esperaba la salida de las religiosas; al aparecer éstas, un grito de dolor sale de todos los pechos y lágrimas tiernas brotan de

todos los ojos. La valiente Priora hace una señal suplicando el silencio, y con el pié aún en la grada, ante aquella multitud atónita al ver su serenidad y valor, renueva su protesta diciendo: "Soy una religiosa extranjera, que hace treinta y un años abandoné mi casa y familia por entrar en esta santa Religión; protesto que derramaría mi sangre en este convento, si la obediencia no me ordenara salir de él, y juro volver á esta santa clausura tan pronto me sea posible„. "Y todas lo juramos„, repitieron nuevamente las monjas, levantando sus crucifijos. Los llantos de la multitud apenas dejaron oír las últimas palabras.

El síndico D. Rafael Angulo, que con algunos sacerdotes y otras personas allegadas á las monjas, las esperaba á la puerta, dijo entonces: "Basta Madre„ y tomándola del brazo la dirigió á los coches preparados, haciendo luego lo mismo con las demás religiosas.

Los coches partieron para Santa Catalina, seguidos de la multitud que alentaba y consolaba á aquellas inocentes víctimas, á quienes los mismos sencillos soldados animaban diciendo: "No teman ustedes, Madres, que esto pasará pronto„. Ignoraban los infelices los planes de la revolución, y eran como siempre, en tales ocasiones, instrumentos inconscientes de crímenes nefandos. Pronto llegaron las Carmelitas al punto de su nuevo destino, como también las monjas de los demás conventos, reuniéndose en Santa Catalina hasta cien-

to treinta. De modo tan cruel é inaudito se llevó á término la expulsión de las virtuosas hijas de Santa Teresa de su amado convento.

## CAPÍTULO XIX

### TRIBULACIONES DE LA M. ADELAIDA EN LA EXCLAUSTRACIÓN

El convento de Santa Catalina de Guatemala, de Religiosas Concepcionistas, aunque el mayor de la ciudad, era no obstante el menos cómodo, como si los revolucionarios le hubieran escogido expreso para más mortificar á las monjas y ponerlas en precisa ocasión de abandonar su amado retiro. Ni este convento, ni otro cualquiera podía estar habilitado para número tan considerable de religiosas como ahora le habitaban, y mucho menos teniendo en cuenta que perteneciendo á distintas órdenes religiosas, cada pequeña comunidad había de tener vida propia é independiente para poder cumplir su Regla y Constituciones sin servir de obstáculo á las demás. Esto necesariamente tenía que dar por resultado gran mortificación y suma estrechez para todas. Mas no habiendo remedio, era menester acomodarse á las presentes circunstancias hasta que la Providencia abriese la esperanza á mejor suerte.

Trataron, pues, de hacer un departamento para

cada Comunidad con las respectivas dependencias, siquiera las más necesarias; y fué de ver la actividad con que improvisaron oratorio, celdas, refectorio y demás oficinas, todo por supuesto con cortinas, esteras y objetos parecidos, dividiendo claustros, cubriendo arcadas, levantando tiendas rústicas y habilitando hasta el huerto que hubo de servir de refectorio á las Carmelitas; y no fué lo peor lo peregrino del local, sino que el primer día que le ocuparon tuvo que ser escaso á pesar de la activa caridad de las buenas Religiosas Catarinas, por la escasez de víveres que pudieron proporcionarse en el momento.

A los cuatro días ya iban hasta poniéndose contentas en medio de tanta estrechez y pobreza, por ser dignas de participar de la cruz de Jesucristo. Tan pronto como asentaron sus cositas, comenzaron á dar pruebas de su espiritual alegría. El Padre Capellán venía á celebrar el Santo sacrificio en el nuevo oratorio, formado en un pasillo con esteras clavadas en las pilastras, que más que templo parecía el portal de Belén; las monjas salmodiaban el oficio divino en el improvisado coro, é imitando á su Santa Fundadora escribían y cantaban poesías alusivas á su situación, dando gracias al Señor que las regalaba con sus favores en medio de tantos trabajos.

Visitó á las Carmelitas uno de los primeros días el célebre D. Herculano, admirándose de ver en ellas tal conformidad y alegría, y preguntando á la M. Adelaida cómo se hallaban en la nueva

residencia. Ésta, con su acostumbrada gracia y energía, le contestó: "Pues como se hallaría V. si le hubieran arrojado de su casa y arrebatado sus bienes,,.

Llegó á noticia del Presidente Barrios el comportamiento de las monjas en su angustiosa situación; y como había pensado que sucedería lo contrario, que desesperanzadas de lograr mejor suerte habían de pedir salir á sus casas, que era lo que él pretendía, se exasperó, y, montando en cólera, mandó una orden á la Abadesa del convento para que se quitasen torno y rejas y se diese entrada libre en el convento á los que fueran á visitarle. La Abadesa no hizo caso del ínclito mandato, ni mucho menos lo puso en práctica.

Ocurrió que al día siguiente un significado liberal visitó el convento, solicitando de la Abadesa el permiso para entrar á ver á una hermana, permiso que le fué negado rotundamente. Invocó éste, pero en vano, la orden de Barrios, añadiendo que se hallaba dispuesto á dar parte al Presidente de la resistencia que se oponía á su cumplimiento. Así debió ser, pues al poco tiempo Barrios mandó un emisario para pedir á la Abadesa explicación de la falta de cumplimiento de sus órdenes. Ésta contestó con resolución: "Decid al Sr. Presidente que nuestro torno y reja no son de cartón para quitarlos con la prontitud que desea,,; y comprendiendo que Barrios estaba decidido á acudir, aunque fuera á la violencia, para llevar á cabo su propósito, puso todo lo ocurrido en conocimiento

del Sr. Gobernador Eclesiástico, D. Francisco Taracena, quien, saliendo por los fueros de la Religión y de la justicia, y deseando impedir á todo trance que hombres inícuos penetrasen en la clausura, perturbando la tranquilidad de las monjas y cometiendo otros mayores desmanes, mandó inmediatamente fijar un edicto en la portería del convento, declarando que incurriría en excomunion cualquiera persona que, sin permiso de la autoridad eclesiástica, se propasase á entrar en el convento.

Llegó á noticia de Barrios la disposición adoptada por el Prelado, y como andaba buscando pretextos y ocasión de extremar hasta los últimos límites las medidas contra las buenas religiosas; como si las legítimas órdenes del superior eclesiástico fuesen actos de rebeldía contra el Presidente y delitos de lesa nación, quiso de una sola vez deshacerse radicalmente de las inofensivas esposas de Jesucristo, como si fueran enemigos capitales del Estado y de su persona.

El día 3 de Marzo mandó un decreto al convento, ordenando que en el término de tres horas todas las monjas abandonasen el convento y se retirasen á sus casas, sopena de ser pasadas por las armas. A la una de la tarde se dió corocimiento á las religiosas de la bárbara orden, que como losa de plomo vino á caer sobre sus almas consternadas. Hallábanse resignadas á sufrir por Dios la estrechez, la pobreza, las persecuciones; pero dejar su retiro, separarse aquella familia de aman-

tes hermanas, que con una sola alma y un solo corazón alababan á Dios, pedían por la salvación de las almas y vivían unidas por los lazos suavísimos de la caridad en santa alegría y paz inalterable, esto era para ellas la mayor de las tribulaciones, el más grande de los desconuelos. Quedarían como hijas sin madre y ovejas sin pastor; tal pensamiento llenaba de amargura su pecho y sus ojos de lágrimas.

Mas el tiempo apremiaba y era menester aprovecharlo. Recogieron apresuradamente las cosas que pudieron, y á las cuatro de la tarde comenzaron á salir todas las religiosas del convento. El buen síndico de las Carmelitas D. Rafael Angulo, fué acompañando á éstas en coche á su propia casa: por la noche ya se encontraban allí todas. Las que tenían familia en la ciudad fueron recogidas por éstas y llevadas á sus respectivos domicilios y algunas personas piadosas se encargaron de hospedar á las restantes, mientras se encontraba modo de salir de aquel apurado trance y terrible situación. Cuatro se quedaron en la casa del Sr. Síndico; la hermana del Sr. Arzobispo desterrado, D.<sup>a</sup> Susana de Piñol, se llevó á las MM. Dolores y Julia. La M. Adelaida fué recogida en la casa del Sr. Capellán. Quisieron ocultar su domicilio aun á las monjas, porque temían que se tomase con ella alguna feroz medida por el valor y energía que había demostrado en los pasados sucesos.

Vino á aumentar estos temores una carta anó-

nima, en la que se aseguraba que Barrios iba á hacer un castigo ejemplar con la M. Adelaida, el Sr. Capellán y el Síndico, vistiendo á la Priora de moro para fusilarla.

Avisada D.<sup>a</sup> Susana de los rumores que corrían y del contenido del anónimo, mandó disponer un coche y trajo á su casa á la M. Adelaida, dejándole las habitaciones que ocupara su hermano el Arzobispo. Pasadas las primeras impresiones y restablecida algún tanto la calma, pareció prudente al Capellán no ocultar más la residencia de la Madre á sus monjas. Esta, por su parte, deseaba vivamente ver á todas para consolarlas y animarlas, pues comprendía bien el dolor que las causaría su separación y la inmensa pena de su alma, viviendo en una atmósfera tan diferente de la que respiraban en el abandonado claustro. Dióselas cuenta del retiro de la Priora, participándolas al mismo tiempo que podían ir á visitarla; pero sólo de dos en dos para no llamar la atención de los agentes del Gobierno, exponiéndose á nuevos incidentes. Así lo hicieron las religiosas, yendo todas á ver á su cariñosa Priora, á quien amaban con ternura de hijas. ¿Quién podrá pintar las tiernas y dolorosas escenas de que fué teatro la casa de D.<sup>a</sup> Susana? Arrojábanse las desconsoladas monjas en los brazos de su amante Madre, llorando la terrible soledad en que se habían encontrado durante su separación. La M. Adelaida las recibía con amor, las exhortaba á perseverar en la práctica de la vida religiosa, en lo que buenamente

podieran, las animaba á confiar en la amorosa Providencia de Dios, que sin duda las sacaría de tan triste estado, y las despedía consoladas y fortalecidas con sus consejos.

No dejó de traslucirse la piadosa estratagemá de que se valían las Carmelitas para comunicarse con su Priora, y nuevamente empezaron á propalarse rumores alarmantes contra su persona. D.<sup>a</sup> Susana juzgó oportuno volver á ocultar á las mismas monjas la residencia de la M. Adelaida.

Ésta, á pesar de las excepcionales circunstancias del nuevo modo de ser, procuró cumplir en todo lo posible la Regla y Constituciones de la Orden, ayudándose para ello de su inseparable compañera la M. Dolores del Costado de Cristo, hija de una distinguida familia de Guatemala, la cual no quiso irse á su casa por seguir la suerte de su amada Priora y su propia vocación. Consiguió de la Autoridad eclesiástica el tener reservado el Santísimo Sacramento en el oratorio, en el que se celebraba diariamente la santa misa, rezaban el Oficio y practicaban todos los ejercicios, como si se hallasen en el convento. Hasta entonces tenían necesidad de salir á recibir los Santos Sacramentos á las iglesias públicas, y jamás se arredró la M. Adelaida de hacerlo, á pesar de los peligros de que tenía que verse rodeada. Ni fueron tampoco éstos obstáculo para que dejase de visitar oculta-mente á sus hijas en los distintos domicilios en que se hallaban instaladas, ya que á ellas no las era dable visitarla. La Madre las animaba á perseve-



rar en el ejercicio de la vida religiosa en lo que fuera posible, practicando la observancia y esperando ocasión de volver á reunirse en Comunidad.

Tal celo, que debía conquistarla alabanzas, la atrajo algunos disgustos y persecuciones. Se murmuraba que pretendía ejercer una autoridad sobre sus monjas que ya no tenía, que imponía á éstas prácticas y observancias que ya no estaban obligadas á cumplir, y que se entrometía á gobernar á las exclaustradas, que estaban fuera de su jurisdicción. De tal modo eran interpretados el celo y la actividad de la M. Adelaida, hasta por algunos sacerdotes, que criticaban duramente su conducta y la negaban todo derecho á aconsejar á sus amadas hijas; llegando á tal extremo, que hubo sacerdote que se negó á confesarla al solicitar recibir el Sacramento de la Penitencia.

A estas tribulaciones uníase la pena que experimentaba en la casa de D.<sup>a</sup> Susana por los compromisos en que las circunstancias de familia de esta señora la colocaban. Vivían en la casa de la hermana política del Sr. Arzobispo D.<sup>a</sup> Susana con sus hijos D. Tadeo, D.<sup>a</sup> Carmen y D.<sup>a</sup> Antonia, señorita Jesús, sus hijos políticos D. Manuel Beltranena y D. Manuel Benito, y además su cuñada D.<sup>a</sup> Antonia, hermana carnal del Sr. Arzobispo con su hija la señorita Rafaela, que después murió. El palacio era también frecuentemente visitado por distinguidas personas de la capital, á quienes la M. Adelaida se veía obligada á cumplimentar, ya tomando parte en las recepciones, ya recibien-

do sus visitas, ya complaciendo el gusto artístico de los concurrentes con la ejecución de piezas en el piano, ó cosas semejantes, lo cual no se compadecía con su amor al retiro, al silencio, á la oración y al olvido y desprecio del mundo. Viéndose oprimida su alma en tal situación, determinó librarse de una vez de todos los compromisos. A este fin, el día 13 de Junio del mismo año de 1874, muy de mañana, disimulando á la M. Dolores su propósito, salió de la casa de D.<sup>a</sup> Susana, dejando antes una cartita sobre la mesa de esta señora, en la que, después de darla muy rendidas gracias por la generosidad con que la había hospedado y obsequiado, se despedía de ella y de su noble familia, por pensar que Dios no la quería entre regalos y seguridades, hallándose sus hijas entre privaciones y peligros. Dirigióse enseguida á la casa de una modesta comercianta al por menor llamada Hilaria, en la cual estaban hospedadas dos carmelitas, las MM. Trinidad y Asunción y Beatríz, las cuales tenían que sustentarse con el trabajo de sus manos. Allí, con algunas limosnas que recogió, improvisó luego un convento en el pequeño corral de la casa, que dividió en dos departamentos, uno para capilla y otro para dormitorio suyo y de la M. Dolores, que á los quince días se fué también de casa de D.<sup>a</sup> Susana, ansiosa de no abandonar un momento á su querida Madre. Puede suponerse los trabajos y privaciones que aquí pasarían y los peligros á que se verían expuestas al salir á la ciudad, ya para oír misa y recibir los

Sacramentos, ya para visitar á las demás religiosas. Por todo pasaba, no obstante, la intrépida Priora, no perdiendo nunca la esperanza en la divina Providencia de llegar un día á reunir á sus dispersas hijas. A esto tendían todos sus esfuerzos, no dejando de estudiar todos los medios imaginables para realizar sus santos deseos. Pero el horizonte estaba muy cerrado, las circunstancias eran en extremo difíciles y por ninguna parte se veía brillar un rayo de luz para lo porvenir. No por esto desmayó un momento, antes bien, cobrando fuerzas en medio de sus trabajos, como las cobra el marinero cuando lucha desesperadamente con las olas, concibió una idea muy propia de su varonil corazón, y se propuso llevarla á cabo, así la costara la vida.

Pensó en presentarse personalmente al Presidente Barrios para persuadirle á que la devolviera su convento, consultando este pensamiento con su confesor y con el mismo Prelado, y pidiéndoles licencia para realizarlo. Dura les pareció tal cosa, dados los desfavorables antecedentes del dictador y lo reciente de los pasados sucesos; pero confiados en el talento y virtudes de la M. Adelaida, asintieron de buen grado á que lo hiciese. Tomó, pues, un día á la M. Dolores, y sin participar su pensamiento á las demás religiosas, se dirigió al palacio del Presidente. Por el camino comunicó á su compañera el fin y el punto adonde se dirigían. Asustada al oirlo la M. Dolores, no pudo menos de exclamar: "¿Pero Madre, por Dios, á dónde vá?"

¿No sabe el odio que la tiene Barrios? Mire que nos va á suceder mucho mal: yo tengo miedo á ese hombre„. “Hija, no tenga miedo, no sea tan pusilánime; si no tiene valor para acompañarme iré sola, Dios me ayudará; no se vaya á afligir ni á dar muestras de temor„.

En esto llegaron al palacio, á cuya puerta había dos guardias, á quienes rogó la M. Adelaida comunicasen al Sr. Presidente que la Priora de las Religiosas Carmelitas exclaustradas solicitaba ser recibida en audiencia por él mismo. Barrios, fuera por el deseo de conocer á la famosa monja, como en otro tiempo Herodes á Jesucristo, ó porque le hallaron de buen talante, lo cierto es que mandó pasar inmediatamente á las religiosas. Fueron éstas recibidas en el salón de audiencias por la mujer del Presidente, D.<sup>a</sup> Francisca Aparicio, que conversó con ellas hasta que llegó su marido, acompañado de un secretario. Saludáronle las religiosas con la delicadeza propia de su esmerada educación, mostrándose Barrios cortés y complaciente, contra lo que esperaban, lo cual estimuló á la M. Adelaida para abordar, desde luego, la cuestión y proponerle sus deseos. “Sr. Presidente, dijo, soy una pobre religiosa extranjera; hace más de treinta años que abandoné mi patria y mi familia para consagrarme á Dios en la Religión; y hé aquí que un decreto emanado de vuestro Gobierno nos ha arrojado de nuestro santo retiro, en que servíamos á Dios, sin hacer mal á nadie. Yo espero de la bondad de V. E. que, atendiendo á la

justicia que nos asiste, nos devolverá nuestro conventito„.

El Presidente escuchaba atentamente á la Madre, apoyando sobre la mano su frente, y parecía impresionado por los razonamientos que aquélla le dirigía. El Secretario, que veía todo esto, se apresuró á contestar: “Señora, la expulsión ha sido obra de un decreto y sería muy impropio el revocarle casi al día siguiente de haberle dado„. “Dispénsame, Señor, replicó la Priora, hablo con el Sr. Presidente, y espero ha de contestarme favorablemente„.

“No puede ser, dijo entonces Barrios, porque en pós de V. vendrían las demás, y no estoy dispuesto á deshacer lo hecho; además, que yo no comprendo qué hacen ustedes en el convento„. “Pues allí servimos á Dios y rogamos por las necesidades de la República. ¿No es justo que habiendo en la capital tantas casas de malas mujeres, haya también alguna de religiosas que den buen ejemplo y hagan mucho bien?„ “Lo que hacen allí, añadió Barrios, es comer naranjas„. “Es verdad que las comemos, dijo la M. Dolores, pero nos ha costado nuestro trabajo poner las plantas y cultivarlas„.

La M. Adelaida, viendo que no lograría su deseo, trató de reducir su petición á los menores límites, y rogó al Presidente que al menos le concediera la pequeña parte del Noviciado, en que pudiera recogerse con sus desconsoladas y dispersas hijas; pero ni aun á esto quiso acceder Barrios.

Sólo, sí, la prometió que nada había de faltarla, si renunciaba á sus propósitos; añadiendo que eligiese aunque fuera la mejor casa de la capital, y se la proporcionaría todo lo necesario para su decorosa subsistencia, pero sin pensar más en monjas ni en conventos. "Sr. Presidente, dijo la Madre, le agradezco sus ofrecimientos, pero nada quiero de V. E. si no es mi convento,,". "Pues eso no puede ser, respondió éste,," y dirigiéndose á la M. Dolores, al enterarse que era hija del respetable don Manuel Herrera, muy conocido y estimado en la capital, la dijo: "y usted se va con su papá, que le hace falta,,". "Señor, repuso la Madre, no renuncié á mi casa para volver á ella, sino para seguir mi vocación hasta la muerte; ni yo quiero, ni mi padre querría que yo abandonase mi profesión,,".

Conociendo la M. Adelaida que todos sus esfuerzos resultarían inútiles, retiróse con su compañera, despidiéndose del Presidente y de su esposa, y volviendo á su pobre retiro desconsoladas y no sin haber dejado á Barrios admirado del valor y talento de la religiosa extranjera. No había, pues, más remedio que acomodarse á pasar nuevamente en casa de la buena Hilaria, en el famoso convento erigido en el corral; y gracias hubieran dado á Dios, y muy contentas estuvieran allí, si al menos hubieran gozado de paz y reposo.

## CAPÍTULO XX

ARRECIA LA PERSECUCIÓN CONTRA  
LA M. ADELAIDA

Poco más de tres meses hacía que la M. Adelaida habitaba en la casa de Hilaria, en compañía de las MM. Dolores, Trinidad y Asunción con la estrechez y trabajos consiguientes, cuando un noble caballero de Guatemala, D. Francisco Arrivillaga, á principios de Octubre de este año ofreció á nuestra Madre una casa de campo, que poseía en Ciudad-Vieja, á una legua de la capital, en la cual podrían con más libertad practicar la vida religiosa. No vaciló ella un punto en aceptar la oferta, ya para sustraerse mejor del espionaje de los esbirros del Gobierno, ya porque aquella casa favorecía su amor á la soledad y al retiro, ya finalmente porque sus hijas podrían acudir allí con menor peligro á consolarse y recibir sus consejos, que tan necesarios les eran en la triste situación porque atravesaban. Despidióse de la piadosa Hilaria (á quien graciosamente dijo, que bien pagada la dejaba con la obra del convento) y de las Madres Trinidad y Asunción, y acompañada de las MM. Dolores y Refugio, se dirigió luego á Ciudad-Vieja. Instaláronse en la casa de campo, distribuyendo convenientemente las habitaciones

para facilitar en lo posible el cumplimiento de la Regla carmelitana. Mientras proporcionaban oratorio y sacerdote que fuera á celebrar el santo sacrificio, tuvieron que ir diariamente á oír misa y recibir los santos sacramentos á la capilla de las Hermanas de Nuestra Señora de la Enseñanza, no distante de la casa. Hé aquí cómo lo refiere la que entonces era superiora de aquel colegio, respetado por los revolucionarios, Hermana Ludovic, que fué siempre muy amante de la Madre Adelaida.

“No olvidaré nunca (dice en carta fechada en Trelles el 12 de Mayo de 1893) el año que pasaron mis pobres exclaustradas en Ciudad-Vieja, viniendo todos los días á oír misa al colegio de San José. Tenían mis caras Teresas un armario en el locutorio, donde conservaban las capas y los velos, que se ponían para entrar en la iglesia, mudándolos después por los vestidos profanos (falda y mantón negro), para andar por fuera. Al pié de un crucifijo grande, que estaba cerca de la reja del coro, tenían su lugar mis caras prendas; yo por allá detrás miraba á mis santas perseguidas... Así se arreglaban nuestras Carmelitas hasta que tuvieron oratorio y pudo ir á celebrar diariamente el presbítero D. Ignacio Prado.

Mas no podía durar mucho este relativo bienestar: el Señor quería hacer pasar á sus hijas por el crisol de la tribulación, y permitió en sus inexcrutables juicios que se levantara nueva tempestad cuando apenas había cesado el estrépito de la

pasada borrasca. No se veía libre nuestra insigne Madre de las persecuciones, ni aun en el triste estado en que la exclaustación la había dejado, antes al contrario, algunas personas malévolas, que antes embozadamente la habían hecho cruel guerra, ahora no recelaban hacérsela abiertamente, contándose por desgracia entre ellas hasta un sacerdote que en otro tiempo se había considerado desairado por la Priora, que prudentemente se había opuesto á que fuese confesor ordinario de su convento, y aun alguna religiosa menos observante, que aprovechaba la mayor libertad presente para significar su disconformidad con el modo de obrar de la M. Adelaida.

El mismo celo que revelaba por el bien de sus hijas sirvió de pretexto á los maliciosos para calumniarla gratuitamente; y lo que había ocurrido en Guatemala, según hemos visto en el capítulo anterior, sucedió ahora en Ciudad-Vieja. Comenzó á repetirse la especie de que, si la Madre visitaba á sus Carmelitas, era para imponerlas su dictamen y tenerlas sujetas á su voluntad; que trataba de ejercer una jurisdicción que no tenía y que era la principal causa de que las monjas no se retirasen á sus casas y estuvieran viviendo en la mayor estrechez y privaciones, pretendiendo observar una Regla que ya no las era posible practicar en Comunidad. Creciendo más la animosidad contra ella, con ocasión de haber aparecido una disposición, emanada de una autoridad eclesiástica, en la que se decía que, en virtud de las pre-

sentes circunstancias, quedaban las religiosas dispensadas de los votos de obediencia y pobreza y del rezo del Oficio divino; disposición que luego fué revocada y anulada en Roma. La M. Adelaida significó y afirmó á sus religiosas que los votos religiosos no podían en tal forma ni por tal autoridad ser dispensados, lo cual exacerbó grandemente la ira de sus enemigos, que comenzaron á tildarla de rebelde y amiga de ejercer una despótica autoridad sobre sus monjas. Ella, sin embargo, respondiendo con sus obras á su varonil carácter, no se amedrentó por esto, sino que al contrario, se consideró obligada por su calidad de Priora á mantener á sus hijas con su enseñanza y con su ejemplo en la rigurosa observancia de lo que constituye la esencia de la vida religiosa. Las fervorosas Carmelitas correspondían con rarísima excepción al celo de su cariñosa Madre, y procuraban ellas mismas alentarla, visitándola frecuentemente en la casa de Ciudad-Vieja.

Mientras así arreciaba la persecución contra nuestra heroína, en las esferas del Gobierno se fraguaban nuevas hazañas contra su persona. El Presidente Barrios hubo de persuadirse de que la exclaustración no había extinguido el espíritu religioso ni acabado con las monjas, como él deseaba: tuvo noticia de que, las Carmelitas especialmente, tenían tantos conventos como casas habitaban, observando en ellas las costumbres del claustro en cuanto las era posible; supo también las frecuentes visitas y relaciones que la Priora

mantenía con sus hijas en la casa de Ciudad-Vieja, y despechado por ello exclamó un día: "Mientras exista la M. Adelaida, no se acaba con las monjas, porque es como las hormigas, le tapan un agujero y abre otros, pero ha de pagarlas,,.

Efectivamente, el día 23 de Diciembre hallábase preparando la antigua Priora M. Ana María y otras monjas un Nacimiento para celebrar con la posible solemnidad la fiesta de la Natividad de Jesucristo, cuando llegaron á la casa dos oficiales del Gobierno preguntando por la M. Adelaida. Salió ésta á recibirlos, y entonces ellos la participaron la orden que traían para que se presentase inmediatamente al Jefe político, sopena de exponerse á los resultados consiguientes. No quiso comunicar á sus monjas, por no entristecerlas, la nueva y desagradable aventura que se la preparaba, pero el mandadero juzgó conveniente participar á las mismas la misteriosa visita que su amada Priora acababa de recibir. Nueva sorpresa y temor recibieron con tal noticia, acrecentados en la mañana siguiente, en que su amada Madre muy tempranito salió de casa sola y á pié con dirección á Guatemala.

Inquietas estuvieron todo el día, esperando el fin de aquel suceso, hasta que á las cuatro de la tarde apareció á la puerta de casa el coche de D.<sup>a</sup> Susana Piñol, que conducía á su Santa Priora, acompañada de esta fiel amiga y protectora. Corrieron las monjas á recibirla con grande alegría y enterarse de las peripecias de su improvisado

viaje. Mas poco duró su regocijo, porque al preguntarla por el motivo de su ausencia, con rostro sereno, pero acentó triste las dijo: "Hijas, no estoy para alegrías. Ayer me comunicaron dos oficiales la orden de presentarme en la Jefatura política; les contesté que sin permiso del Prelado no podía verificarlo. Fuí hoy muy de mañana á presentarme al Sr. Gobernador eclesiástico, el cual mandó llamar al Sr. Jefe, porque le pareció poco decoroso que una religiosa se presentase sola á recibir órdenes de aquella autoridad civil. El Jefe se presentó, participando al Sr. Gobernador la orden que tenía de Barrios, para que la M. Adelaida abandonase inmediatamente la casa de Ciudad-Vieja y viniese á vivir á Guatemala sólo con otra religiosa. Viéndome precisada á cumplir este cruel mandato, supliqué se me permitiera al menos volver á recoger á nuestra anciana M. Ana María y á despedirme de vosotras,,.

Había venido en pós de la Madre un espía del Gobierno, para que no la permitiese parar en Ciudad-Vieja más de media hora, de modo que tuvo que apresurar su partida, sin tener tiempo más que para despedirse de sus amadas hijas, que quedaron sumidas en la más profunda pena, al ver cómo no dejaban de sucederse sobre ellas tribulaciones cada vez mayores. Partió enseguida para Guatemala con la venerable M. Ana María, á quien dejó en casa del bueno D. Francisco Arri-villaga, donde tenía su habitual residencia, y sin permitir que nadie las acompañara, salió sola por

las calles sin rumbo fijo, pensando qué carmelita viviría sola para ir á hacerla compañía. Recordó que en tal caso se hallaba la M. María Jesús, á quien sólo acompañaba una novicia hermanita suya, María del Purísimo Corazón. Dirigióse, pues, á esta casa, llamó y suplicó la recogiesen por caridad mientras buscaba casa propia donde pudieran ir á vivir independientemente.

De inmenso gozo sirvió á las dos hermanas la venida de su amada Prelada, con cuya presencia se las desvanecían todas las penas. Ésta escribió luego á algunas señoras conocidas, exponiendo su situación y suplicando su protección y ayuda para buscar y alquilar una casita. No tardaron en ofrecerse algunas personas para prestarlas auxilio, y una señorita sobrina del Ilmo. Sr. Viteri, doña Guadalupe Aqueche y Viteri, la acompañó para buscar la casa.

Encontraron una, aunque no muy capaz, por vivir en parte de ella dos antiguas sirvientas del Sr. Capellán del Convento con un huerfanito inocente, que al verlas las dijo con donaire: "Ahora, Madrecita, agradan ustedes á Dios más que en el convento, porque allí gozaban de tranquilidad y ahora tienen que sufrir persecución„. Instalóse como pudo, yendo á Ciudad Vieja por las cositas que allí tenía y por su inseparable compañera la M. Dolores.

Poco tiempo residieron en la casa, por no com- padecerse muy bien la observancia religiosa con la estancia de vecinos seculares en la misma. Bus-

có otra más capaz, propiedad del caballero don Braulío Novales, en la que fijó su nueva residencia, acompañada de la misma M. Dolores, más tarde de la M. Refugio y luego de la M. María Paz. Aquí pasaron algunos meses sin ser turbadas ni molestadas por los agentes del Gobierno y con relativa tranquilidad, como se ve por la conducta de la Madre al admitir más de una compañera y atreverse hasta á cantar el Oficio divino en el improvisado coro y obtener licencia para tener reservado el Santísimo Sacramento en el oratorio, celebrando en el mismo misa diaria el mencionado P. Prado. En todo las ayudaban, sufragando los gastos, D.<sup>a</sup> Guadalupe, D.<sup>a</sup> Mercedes de Blanco, las Sras. Aguirre Mántaras y otras caritativas personas.

Al llegar el mes de Octubre de 1875, gozando las monjas ya de alguna más libertad, quiso la M. Adelaida que renovasen su primer fervor, practicando los ejercicios espirituales, á cuyo fin, y guardando la mayor reserva, se reunieron la mayor parte en el célebre convento instalado en el corral de la Sra. Hilaria. Hallábanse ya á la mitad de los ejercicios, cuando un acontecimiento inesperado vino á turbar nuevamente la tranquilidad de las buenas religiosas. La importancia de este suceso merece le dediquemos un capítulo aparte.

## CAPÍTULO XXI

TRASLÁDASE LA M. ADELAIDA AL CONVENTO  
DE CARMELITAS DE LA HABANA

Sabe ya el lector que, al triunfar la revolución en Guatemala, uno de los primeros actos del Gobierno intruso fué el de decretar el destierro del Sr. Arzobispo, el Excmo. Sr. D. Bernardo Piñol.

Pertenecía este ilustré Prelado á una de las distinguidas familias de Guatemala. Muy joven aún tomó el hábito en la orden de San Francisco, teniendo que sufrir la exclaustación en tiempo del Presidente Morazán, que expulsó del territorio á las órdenes religiosas y al Arzobispo, Excelentísimo Sr. Casans. Á su regreso á Guatemala, se ordenó de sacerdote, desempeñó con gran celo el cargo parroquial en varios puntos, fué después nombrado Chantre de la Metropolitana y Rector de la Universidad, hasta 1859, en que fué presentado para la silla episcopal de Nicaragua. A la muerte del Sr. Arzobispo García Peláez, en 1867, fué trasladado á la sede arzobispal de su patria, que ocupaba cuando estalló la revolución. Su enérgica conducta en pró de la Religión y de las órdenes monásticas, le mereció el odio de los impíos y el decreto de destierro que contra él dió el Presidente García Granados. Refugióse en Leon de

Nicaragua; mas como ni aun aquí lograrse vivir seguro de persecuciones, huyó á la Habana, teniendo por residencia el colegio de PP. Jesuítas, á quienes había protegido en su diócesis. Habiendo llegado á su noticia la trágica expulsión de las religiosas de Guatemala y la triste situación en que las Carmelitas se encontraban, escribió á la Madre Adelaida manifestándola que las Carmelitas de la Habana la reclamaban como antigua moradora de su convento, y que, en vista de las circunstancias, le parecía justo aceptara el generoso ofrecimiento y se fuese á formar parte de aquella virtuosa comunidad.

Llegó esta carta á Guatemala en ocasión que las monjas practicaban los ejercicios espirituales, según insinuamos en el capítulo anterior, y fué para la M. Adelaida una terrible sorpresa, y, según ella misma manifestaba después, una de sus mayores tribulaciones, el compromiso en que la colocaba el Rdo. Arzobispo. Por una parte creía un deber suyo el obedecer á su legítimo Pastor; por otra sentía arrancársela el alma al separarse de sus hijas, que habían de sufrir gran desamparo é infinitas pesadumbres.

Participó lo que ocurría á la M. Trinidad, que á su vez lo hizo á la M. Dolores y á todas las demás religiosas que concurrían á la casa de la señora Hilaria. Consternadas quedaron todas con la noticia, pensando que su amada Priora, obedientísima siempre, se resolvería á acatar y cumplir

los deseos del Sr. Arzobispo; y como estaban todas resueltas, á costa de cualquier sacrificio, á seguir la donde quiera que fuese, resolvieron escribir á la Habana solicitando su admisión en las Carmelitas de aquella capital. Á este fin se dirigió la M. Dolores directamente á la Priora de aquel convento, manifestándola que se había recibido carta del Excmo. Sr. Piñol, en la que el Prelado participaba á la M. Adelaida que aquel convento la reclamaba como suya; pero que la Comunidad estaba tan unida á su buena Madre, que no la dejaría ir sola; y, por tanto, la rogaba que se dignase admitir por caridad á todas las que quisieran acompañarla.

Contestó la Priora que con mucho gusto admitiría á todas, pero al presente sólo podía colocar á cinco, por tener ya en el convento algunas más procedentes de Cartagena. Ante tal respuesta, ya no dudó la M. Adelaida ser voluntad de Dios este nuevo sacrificio, y resolvió emprender cuanto antes el viaje.

Se decidieron á acompañarla, á pesar de la distancia que las iba á separar de su patria y del temor que pudiera inspirarlas el ingrato clima de Cuba, las MM. Paz del Corazón de Jesús, Trinidad de la Concepción, Dolores del Costado de Cristo y la fervorosa novicia María del Purísimo Corazón.

Las familias de las religiosas se oponían á su marcha, sobre todo la de la M. Dolores, que había

escrito resueltamente á su padre pidiéndole la bendición; pero no lograron hacerlas desistir de su propósito.

Arregladas todas sus cosas y preparado pasaje, despidiéronse de las demás religiosas, sus hermanas, desarrollándose con tal motivo una conmovedora escena que causó honda impresión á la M. Adelaida y grandísimo sentimiento y amargura á aquellas fieles hijas, que temían no volver á ver más en la tierra á la Madre cariñosa que tanto bien había hecho á su alma, y las dejaba en una situación tan triste, rodeadas de encarnizados enemigos y sin más amparo que la divina Providencia. La santa Priora las alentó á perseverar y confiar en el Señor, que acaso se dignase volver á reunir las un día en un mismo claustro. ¡Cuán lejos estaban entonces de pensar que estas palabras habían de cumplirse más tarde! Desprendidas de los brazos de sus hermanas, con la confianza puesta en Dios, partieron la M. Adelaida y sus cuatro compañeras para el puerto de San José el día 8 de Noviembre de 1875. Pocos días después embarcaron, siendo recomendadas al capitán del vapor por el cónsul norteamericano.

Durante la travesía procuraron observar en lo posible las prácticas religiosas, recibiendo muchas pruebas de consideración y siendo muy obsequiadas por los tripulantes, á pesar de ser éstos protestantes en su mayor parte. Desde Panamá, donde hicieron escala, las acompañó hasta Cuba el sacerdote D. Adolfo Pérez, más tarde Obispo de

SAN Salvador, quien las prodigó toda clase de cuidados hasta entregarlas á su desterrado Prelado. El sábado, 5 de Diciembre, llegaron felizmente á la Habana; siendo recibidas allí por el Gobernador Eclesiástico de la diócesis Ilmo. Sr. Merino y el Excmo. Sr. Piñol, quien no pudo contener las lágrimas al dar á besar el anillo pastoral á aquellas sus obedientes y amadas ovejas, tan perseguidas y maltratadas por la fiera revolucionaria. Dirigieron en seguida á casa del capellán del convento D. Miguel Vicente López, donde descansaron breve tiempo, yendo luego á presentarse á las Carmelitas, que las recibieron con los brazos abiertos.

Era á la sazón Priora la M. Mercedes de la Santísima Trinidad, compañera de la M. Adelaida, cuando ésta estuvo por primera vez en la Habana, la cual trató de hacer suave y llevadera la situación de sus nuevas huéspedes, guardándolas muchas deferencias y consideraciones. Quiso que, fuera del régimen común, la M. Adelaida fuera considerada por sus monjas como Priora, y que ella se portase como tal en la dirección de las mismas. Esta conducta tan correcta y caritativa no pudo menos de causar gran alegría en el ánimo de las recién venidas. Pero ¡ay! parece que el Señor no quería que sus hijas gozaran mucho tiempo de contento.

Muy pronto el dolor vino á acibarar su gozo: el día 17 del mismo mes en que llegaron al convento falleció, víctima del vómito, la inocente y fervorosa novicia, con gran sentimiento de las de-

más religiosas y sobre todo de la M. Adelaida. También ella y la M. Dolores fueron atacadas de la fiebre amarilla, aunque afortunadamente se repusieron pronto de su mal; mas no dejó de producir honda pena en su ánimo el ver que aquel ingrato clima era una constante rémora para practicar la observancia carmelitana con la perfección que deseaba. Si á esto se añade que á cada paso recibía tiernísimas cartas de sus hijas de Guatemala, en las que éstas se lamentaban de su ausencia y la hacían tristes descripciones de sus constantes trabajos y desamparo, podrá fácilmente comprenderse que aquel magnánimo y generoso corazón no se hallaba en su centro, sino que suspiraba incesantemente por la suerte de sus dispersas hijas y no adquiriría la paz y el reposo mientras no lograrse reunir las á todas en torno suyo y practicar con ellas la perfección religiosa, á que por sus votos se habían obligado; deseaba en una palabra que Dios la deparase modo de hacer una fundación en clima más benigno, y en una nación pacífica, en donde sin temor pudieran dedicarse al servicio de su divino Esposo.

No ocultaba estos deseos á las piadosas monjas que tan generosamente la habían recibido, ni ellas dejaban de reconocer los poderosos motivos que tenía la M. Adelaida para pensar así, y aun la animaban con la esperanza de que Dios la concedería algún día esta gracia. ¡Cuán lejos estaban de pensar que esa esperanza estaba próxima á realizarse del modo providencial que vamos á ver!

## CAPÍTULO XXII

TRATA LA M. ADELAIDA DE FUNDAR UN CONVENTO  
EN LOS ESTADOS-UNIDOS

La superiora del convento de la Habana, Madre Mercedes de la Santísima Trinidad, tenía un hermano, noble y cristiano caballero, llamado D. Manuel Aguirre Aleñtado, quien poco antes de llegar las Carmelitas guatemaltecas había emprendido un viaje á España, á fin de ventilar algunos asuntos de interés que tenía pendientes.

Escribióle una carta su hermana, participándole la llegada de la M. Adelaida y sus compañeras, describiendo los innumerables trabajos que habían padecido y el deseo que tenían de allegar recursos con que hacer una fundación, en que pudieran recogerse las religiosas dispersas, cosa que ella sentía, por el cariño que la inspiraban tan ejemplares compañeras; pero que la parecía justo respetar por los justísimos motivos que las animaban á acometer tal empresa. D. Manuel, que ya conocía y apreciaba á la M. Adelaida, contestó á su hermana congratulándose de su venida á la Habana y prometiendo que á su regreso de España trabajaría por arreglarlo todo, lo cual causó gran contento en todas las monjas.

No duró mucho éste, pues poco tiempo después

el generoso caballero moría, víctima de una pulmonía infecciosa que le atacó en Bilbao, donde tenía su residencia. La noticia de su muerte causó gran pena á las monjas. La M. Mercedes, que, á la partida de su hermano para España, había recibido de éste en depósito su testamento cerrado, en previsión de las contingencias que pudieran sobrevenir, y con anuencia de las *clavarias* le había colocado en el archivo del convento, juzgó oportuno abrirle con las formalidades correspondientes, á fin de darle debido cumplimiento. De dicho documento resultaba que D. Manuel Aguirre dejaba por usufructuaria de su capital, que ascendía á más de cien mil duros, á su hermana Sor Mercedes de la Santísima Trinidad, pasando á ser á la muerte de ésta herederos del mismo sus sobrinos.

La buena religiosa, deseando facilitar á la Madre Adelaida su deseada fundación, procuró poder libremente disponer de parte de esta cantidad, y á este fin propuso á sus sobrinos un amistoso arreglo, en virtud del cual, ella les entregaría desde luego, la parte del capital en que se convinieran, y ellos por su parte renunciarían á la futura propiedad de lo restante. Hízose el convenio, cediendo los sobrinos cincuenta mil duros á la M. Mercedes, en su mayor parte en créditos, y llevándose ellos el resto del capital.

Realizados que fueron los créditos mencionados, aunque no en su totalidad, y ya en posesión el convento de este capital, se solicitó y obtuvo permiso del Romano Pontífice para ceder cuaren-

ta mil duros en favor de las monjas guatemaltecas para que pudieran hacer una fundación. Gran alegría experimentaron éstas é inmensa gratitud hacia sus generosas hermanas, que con desprendimiento tan espléndido las favorecían. Sólo faltaba ya determinar el punto en que debía verificarse la nueva fundación.

Se las ofreció un terreno en Matanzas, ciudad situada á algunas leguas al oriente de la Habana. Fueron á reconocerle el Arzobispo Excmo. Sr. Piñol y el mismo Obispo de la Habana, que lo era á la sazón D. Apolinar Serrano, no pareciendo á los Prelados aquel sitio á propósito para las monjas; lo cual no dejó de contentar á la M. Adelaida, que deseaba hacer la fundación fuera de Cuba y si fuera posible en España, patria de la insigne Reformadora del Carmelo, Santa Teresa de Jesús.

Fracasado esté primer proyecto, ofrecióse otro nuevo. El Ilmo. Sr. D. William Gross, Obispo de Savannah (estado de Georgia) en los Estados-Unidos, las invitó á fundar en su diócesis el convento. No era tampoco este proyecto del agrado de nuestra Madre; pero sí lo fué del Excmo. Sr. Piñol y de otras caracterizadas personas, ante cuyo dictamen hubo aquélla de resignarse y ceder; mas no sin temer ni dejar de presentir lo que más tarde había de sucederlas.

Resuelto definitivamente su traslado á aquel punto, preparóse todo lo necesario á este propósito. Por acuerdo del Excmo. Sr. Piñol se nombró depositario del capital y apoderado de las monjas

para representarlas á un abogado de la Habana (1), reservándose sólo cinco mil duros que había de llevar la M. Adelaida para comenzar las obras del convento.

Ya todo arreglado, y después de una sentidísima despedida de sus hermanas, embarcáronse las cuatro guatemaltecas, acompañándolas el caballero cubano D. Francisco Vaquer. Zarparon con rumbo á Nueva-York el 19 de Agosto de 1877, siendo recibidas en este puerto por el español don Gabino Gutiérrez del Barrio, á quien las había recomendado un hermano sacerdote que tenía en la Habana. Este excelente caballero tuvo la amabilidad de acompañarlas hasta Savannah, capital del Obispado, adonde llegaron el 30 del mismo mes de Agosto.

Para que nunca las faltaran trabajos que ofrecer á Dios, se encontraron con que ni salió nadie á recibirlas, si no fué un entierro protestante que hallaron al paso, ni el Prelado se hallaba en la capital, ni siquiera se había preparado casa en que hospedarlas. Dirigiéronse al palacio episcopal, y allí fueron recibidas por el P. Maguali, familiar del Sr. Obispo; pero como no tenía noticia de la venida de las monjas, llegó hasta sospechar si las que acababan de presentársele fingirían tal carácter para algún torcido fin.

Mientras la M. Adelaida exponía los motivos y

---

(1) Viviendo aún este señor, juzgo prudente y caritativo ocultar su nombre, por los motivos que ya verá el lector.

objeto de su venida, acertó á llegar el Vicario General P. Caffeti, quien noticioso ya del propósito de las Carmelitas, resolvió hospedarlas provisionalmente en la casa-asilo de las Hermanas de la Misericordia, que las trataron con mucha caridad y consideración. ¡Cómo habían de suponer nuestras monjas, que pedidas como habían sido para hacer allí su fundación, habían de verse al llegar allá en tanto aprieto y desamparo! Empezaba para ellas una nueva era de trabajos; y éstos parece que eran el destino que las reservaba la Providencia para más acrisolar sus virtudes y acrecentar sus méritos.

La celosa M. Priora, que siempre había querido vivir sola con sus monjas, y que no podía sufrir el servir de carga á las Hermanas del asilo, á pesar de la buena voluntad con que éstas las atendían, trató de buscar casa buena ó mala en qué vivir independientemente con sus hijas. También fué ahora un buen español, D. Juan Fernández, de Gibraltar, á quien cupo la honra y satisfacción de auxiliar á las Carmelitas. Buscó por sí mismo y preparó una casa, á la cual se trasladaron luego las monjas, llevando los pocos objetos que poseían, que, dicho sea de paso, llegaron empapados en agua por la lluvia torrencial que se desencadenó durante el traslado. A la mañana siguiente, mientras colocaban sus muebles aún humedecidos, se presentó en la casa el Ilmo. Sr. Obispo, queriendo inaugurar la nueva residencia de las Carmelitas con la celebración del Santo sacrificio en un im-

provisado oratorio. Tal instalación bien puede compararse con algunas muy famosas de Santa Teresa, en sus fundaciones de Castilla.

Allí vivían pobrísimamente mientras se preparaba oportunidad de erigir el convento; pero el momento de realizar ésto no llegaba nunca: el Prelado no contaba con recursos, los que había llevado la M. Adelaida parece que se distrajerón para otra obra más urgente, lo que la movió á no pedir más fondos á la Habana por temor de que corrieran la misma suerte. Á este trabajo se añadían otros; la escasez de confesores que entendieran el idioma castellano las ponía en trance de no poder recibir los Santos Sacramentos cuando deseaban, sino era la M. Priora que sabía el inglés; el ser los habitantes del país en su mayor parte protestantes, las impedía guardar la observancia como desearan, no pudiendo llevar velos y teniendo que abstenerse de otras prácticas; en todo, en fin, encontraban muchas dificultades.

De algún consuelo las sirvió en medio de tantas tribulaciones la llegada á Savannah de las Hermanas María de Jesús, Asunción de las Llagas y Concepción de Jesús, que con grandes dificultades y trabajos huyeron de Guatemala por venir á ponerse nuevamente bajo la dirección de su antigua Prelada. También tuvo ésta la satisfacción de dar el hábito á dos fervorosas novicias, la Hermana Bernardina del Santísimo Sacramento, irlandesa; y Hermana María Josefa del Sagrado Corazón, del mismo Savannah, con las que vino á aumentarse

aquella pequeña, pero muy fervorosa grey. Esto movió á la M. Adelaida á insistir ánte el Prelado para que se llevase rápidamente á cabo la obra del convento en que con alguna estabilidad pudieran instalarse.

Compraron, al fin, un terreno contíguo á una iglesia, imponiéndolas el Sr. Obispo como condición, el que ésta, además de servir para el convento, prestaría el servicio de parroquia. Mucho repugnaba á la experimentada Madre esta complicación, que la privaba de la independenciam y libertad que para su convento anhelaba; pero hubo de resignarse ante la necesidad y ante el ímprobo trabajo de andar siempre en casa ajena y no acomodada á las necesidades de una comunidad.

Comenzaron, pues, inmediatamente las obras, que progresaban con lentitud por la falta de fondos, que no recibían de la Habana con la regularidad y abundancia que necesitaban. La M. Adelaida comenzó á recelar que el capital no estaba suficientemente garantido en poder de su apoderado, y repetidas veces rogó al Excmo. Sr. Piñol que pusiese en práctica los medios más eficaces para asegurarlas el capital de futuras contingencias.

El noble y confiado Prelado la aseguraba que no abrigase temor ninguno por esta parte, porque respondía de la fidelidad y activa administración del señor apoderado; mas por autorizadas que fueran las afirmaciones del Sr. Arzobispo, no fueron poderosas á desvanecer en nuestra Madre el triste presentimiento de lo que por desgracia ocu-

rrió más tarde. Estas dificultades y entorpecimientos fueron medios de que la divina Providencia se valió para hacerlas ver que no las quería en aquel lugar, lo cual se hizo más patente con ocasión del suceso siguiente.

Había pedido la M. Adelaida á los Jesuítas de Nueva-York un padre que hablase el castellano y el inglés para que fuese á confesarlas y dirigir los ejercicios espirituales que pensaban practicar. Fué destinado para este fin el virtuoso y sabio Padre Enrique Terenciani. Este celoso Jesuíta, considerando las grandes dificultades que rodeaban á las monjas, la poca protección que allí se las dispensaba y la falta de auxilios espirituales por la mucha escasez de personal, aconsejó decididamente á la M. Adelaida á que abandonase aquella capital, porque creía seguramente que no era voluntad de Dios hacer aquella fundación. Esta proposición de un varón tan ilustrado y lleno de experiencia no dejó de impresionarla hondamente; mas no queriendo decidir por sí misma en asunto de tanta transcendencia, consultó con sus monjas el pensamiento del Padre. Aunque éstas no dejaban de comprender los motivos en que aquél se fundaba para aconsejarlas de ese modo, como habían comenzado ya las obras y hecho algunos gastos, habiendo no infundada esperanza de llegar á feliz término, oponían alguna resistencia. Pero el Padre Terenciani, persistiendo en su idea, les dijo resueltamente: "No las importen las obras, éstas se quedarán y las monjas se irán."

Efectivamente, terminados los ejercicios, y después de encomendarlo mucho á Dios, convinieron en la necesidad de hacer la fundación en otro punto; y mientras se fijaba definitivamente éste, propuso el Padre que residiesen provisionalmente en Yonkers, inmediato á Nueva York, en donde no las faltarían ni medios temporales para vivir, ni auxilios espirituales que les prestarían los mismos Padres Jesuítas, entre los cuales había algunos que poseían varios idiomas, y que podían favorecer con su influencia la realización de sus propósitos. Aceptaron las religiosas todos los extremos indicados por el P. Terenciani, y ya no pensaron más que en darlos cumplimiento cuanto antes pudieran.

## CAPÍTULO XXIII

### LA M. ADELAIDA Y SUS CARMELITAS EN YONKERS

De regreso el P. Terenciani á Nueva York, dió los pasos necesarios para que se autorizase la venida de las Carmelitas, y conseguido esto, procuró entenderse con el hermano de la M. Adelaida, don Juan O'Sullivan, de quien ya tienen noticia nuestros lectores. Gozóse éste de volver á ver á su amada hermana después de tantos años de separación, y no se dió punto de reposo para preparar una cómoda estancia á las buenas religiosas, ayu-

dándole su cristiana esposa D.<sup>a</sup> Susana Rogers, que era ferviente católica y veía con gran júbilo la venida de las Carmelitas.

Cuando la casa, que era muy capaz y muy buena, estuvo preparada y arregladas con su correspondiente mobiliario las celdas, se avisó á las monjas para que emprendieran el viaje. Éstas, que ya habían puesto todo lo ocurrido en conocimiento de sus hermanas de la Habana y obtenido el beneplácito del Arzobispo, Excmo. Sr. Piñol, no tardaron tampoco en persuadir al Sr. Obispo de Savannah y á los Padres Caffeti y Magnali la conveniencia de instalarse en el nuevo punto señalado, y ellos, aunque con sentimiento, se resignaron á prestar su conformidad. Emprendieron, pues, el viaje para Yonkers el 24 de Septiembre de 1879, después de dos años de residencia en Savannah; dos días después llegaron á Nueva York, siendo recibidas con grandes muestras de júbilo por la familia O'Sullivan y el P. Terenciani, quienes las condujeron é instalaron en su nueva casa de Yonkers con gran contentamiento de las monjas, por ser la morada que menos las había costado preparar y la que encontraban mejor dispuesta, y sobre todo porque esperaban hallar aquí más protección y facilidad para la fundación de su convento. Sin embargo, Dios, que las destinaba para mayor y más arriesgada empresa, permitió que también ahora se frustrasen sus planes.

El Excmo. Sr. Arzobispo de la diócesis, que en un principio las distinguió con muchas muestras

de consideración, no se mostraba después tan propicio á la fundación en Yonkers; en la misma curia eclesiástica no faltó quien mostrara abierta oposición y hostilidad á las monjas. La M. Adelaida consideraba que estas demostraciones de desagrado eran otras tantas señales con que la divina Providencia la significaba no ser su voluntad que se hiciera allí el convento. Con todo, no dejaba de desplegar toda su actividad para vencer las dificultades que la salían al paso, buscando siempre consejo y apoyo en los Padres de la Compañía de Nueva-York, á quienes siempre halló dispuestos á favorecerla.

Uno de los que se encontraban por entonces en aquella capital era el P. Valentín Salinero, español, natural de Alba de Tormes, muy favorecedor de nuestras monjas, quien no sólo ahora, sino más adelante, como veremos, procuró facilitarlas todos los medios posibles para que lograsen definitivamente tener un convento. La M. Adelaida, puesta su esperanza en Dios, no desconfiaba nunca de que dejara de realizarse una obra á que se consideraba llamada por su soberana Majestad. Inspirada en tal confianza, animaba cada día á sus monjas á perseverar en la observancia, á pesar de todas las dificultades, porque seguramente, las decía, ha de llegar el momento en que el Señor premie nuestras tribulaciones colocándonos en el retiro del santuario. Tan persuadida se hallaba de ello, que á pesar de su situación no dejó de admitir nuevas aspirantes al santo hábito, habiéndole to-

mado en la casa de Yonkers la Hermana Magdalena de la Cruz, italiana, y la huerfanita Hermana Valentina de San José, que había traído consigo de Savannah. Lo mismo las novicias que las profesas rivalizaban en deseos de practicar la perfección religiosa, suspirando por el día dichoso en que pudieran decir: ya estamos en nuestro convento.

Ese día, sin embargo, parece que se alejaba cada vez más. El P. Terenciani, el insigne Jesuíta que las persuadió á venirse á Yonkers, que tanto las había favorecido y de quien tanto esperaban, llegó al término de su carrera en esta vida, entregando plácidamente su alma en manos del Criador. El Señor parece quiso revelar este suceso á su sierva Adelaida, porque en el momento que aquél murió, vió pasar una brillante luz delante de sí y se sintió inspirada á rogar por su alma y exhortó á hacer lo mismo á las demás religiosas, confirmandose luego la noticia de que á aquella misma hora había expirado el virtuoso Jesuíta.

Mientras lamentaban la pérdida del poderoso auxilio que con la muerte del P. Terenciani habían perdido, se ofreció á la M. Adelaida un terreno y casa en Toronto (en el Canadá) para que fuese á fundar allí. Deseosa ella de tener cuanto antes convento, se decidió á ir á aquella ciudad acompañada de la M. María Josefa y de los dos españoles, sus buenos amigos y protectores el P. Salinero y D. Gabino Gutiérrez. Hé aquí cómo describe la misma Madre sus impresiones al llegar á Toronto

en carta que dirigió á las monjas el 5 de Septiembre de 1880: "Mis queridas hijas: Yo considero el cuidado que deben tener por no haber recibido una letra de su pobre Madre; pero en cuanto regrese, les diré cuán imposible me ha sido ponerles una línea... La casa y terreno está muy bueno, dos millas distantes de los Padres (carmelitas) á quienes hemos visto dos veces. A mí me pareció un poco lejos; pero el Prior es un gran hombre, y me daba gusto ver los Padres y novicios con sus hábitos. Ayer tarde llegamos aquí para ver y hablar al señor Arzobispo, quien está muy interesado por nosotras y es todo un Padre. Dice que hizo promesa á nuestra Madre Santísima del Carmen cuando se ordenó, que por haberle quitado unas dificultades que le tenían apenado, que propagaría en cuanto pudiera su Orden, y desde luego quiere que la fundación sea aquí bajo su inspección. Entiende español y quiere regalarnos un terreno; no nos deja volver hasta verlo; así es, que no podremos volver mañana, como deseaba. Dice que ya llegó la hora de la bendición de Dios,,.

Así se expresaba la M. Adelaida, haciendo concebir á las monjas con tales palabras las más lisonjeras esperanzas.

De regreso ya de Toronto, se trató el asunto en Comunidad, pero al empezar á dar los primeros pasos para plantearlo, surgieron tales dificultades, que la Madre se vió precisada á desistir de su intento. Todos los caminos encontraba cerrados; cuando más próximo veía el término de sus

trabajos y azares, brotaba una série tal de contratiempos, que parecía alejárselo, sin esperanza de alcanzarlo nunca. Duras eran, en verdad, las pruebas á que se veía sometida la constancia de nuestra heroína; pero no lograron arrancar de su pecho un suspiro de desaliento. Veía la mano de la Providencia dirigiendo sus pasos, y la série de contradicciones que en todas las regiones del Nuevo Mundo encontraba, la hizo persuadirse de que el Señor la quería en otra parte.

Hemos visto desde el principio de esta historia la simpatía que desde muy joven había sentido Adelaida por la ilustre castellana Santa Teresa y por la nación en que la Santa Reformadora del Carmelo levantó tantos asilos para las almas que desearan consagrarse al Señor en el retiro del claustro. Siempre había tenido deseos de habitar en uno de los conventos españoles de Carmelitas, en los que no sin fundamento pensaba florecería el verdadero espíritu teresiano. Estos deseos, que ahora juzgaba inspiraciones divinas, se robustecieron durante su estacia en Savannah.

Vivía entonces en esta ciudad la Sra. D.<sup>a</sup> Carmen Barrasa, esposa del vice-cónsul español don Alberto Goicochea. Era dicha señora sobrina del Ilmo. Sr. D. Saturnino Fernández de Castro, Obispo de esta diócesis de Leon, á quien participó en cartas dirigidas desde Savannah la buena amistad que tenía con unas monjas Carmelitas, que, arrojadas de su convento de Guatemala, habían venido á fundar uno en aquella ciudad, pero que ca-

recían de protección para llevar á buen término sus deseos. El celoso Prelado, muy amante de cuanto á Santa Teresa y á la Orden carmelitana se refiriese, escribió á su sobrina, mandándola que animara á las monjas á venir á España y establecerse en su diócesis, en donde vería con gran satisfacción un Convento de Carmelitas, para lo cual podían desde luego contar con su apoyo.

La M. Adelaida parecía resuelta á aceptar los ofrecimientos del Sr. Obispo de León; mas siendo de contrario parecer el Excmo. Sr. Piñol, se resignó por entonces á permanecer en América, dando expresivas gracias al Ilmo. Sr. D. Saturnino y manifestando á D.<sup>a</sup> Carmen los motivos que la impedían aceptar el generoso ofrecimiento de su ilustre tío.

Sabiendo más tarde éste, que la venida de las Carmelitas dependía principalmente del Sr. Arzobispo desterrado de Guatemala, trató de dirigirle al Sr. Piñol solicitando su beneplácito y ofreciéndole cuanto personalmente pudiera en el asunto. Cuando deliberaba poner en práctica estos pensamientos, hé aquí que recibe una carta de la Madre Adelaida solicitando su permiso y auxilio para pasar á España á hacer la fundación. Inmediatamente escribió á la Habana poniendo en conocimiento del Excmo. Sr. Piñol la solicitud de la Madre y sus propios deseos.

El Rdo. Arzobispo, informado ya por el P. Salinero, que, como hemos visto, había tocado personalmente las dificultades de hacer la fundación

en América, resolvióse al fin á dar su beneplácito á las monjas y contestó al Sr. Obispo de León en estos términos: "Habana y Enero 14 de 1881.— Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo. Mi venerado hermano y Señor de toda mi consideración y respeto: En su oportunidad tuve la satisfacción de recibir la bondadosa carta de V. E. I. referente á la solicitud de la Superiora de las Religiosas Carmelitas descalzas, expulsadas de la República de Guatemala y que actualmente se hallan en Nueva York, deseosas de pasar á España para encontrar un convento donde alojarse y seguir la observancia de sus votos religiosos, como lo habían practicado hasta el momento de su salida del claustro, y lo han continuado haciendo á pesar de la vida azarosa que han tenido hasta hoy, como me lo ha asegurado un religioso de la Compañía de Jesús (se refiere al P. Salinero) de este colegio, que ha estado en Nueva York cuatro meses, y que por disposición del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de aquella Metrópoli estuvo dándolas ejercicios, confesándolas y dirigiéndolas espiritualmente. Gran consuelo ha sido para mí el ver en su muy respetada carta la caridad y amor paternal con que V. E. I. se dispone á recibir y dispensar á estas pobres religiosas su protección y amparo. Yo con el mayor agrado las autorizo para que vayan á establecerse en la diócesis de León, que V. E. I. tan dignamente gobierna, y una vez puestas bajo su obediencia, V. E. I. las dirija como lo considere más conveniente. Si definitivamente allí

se pueden establecer, será muy grato para mí el que unas religiosas de mi afligida Archidiócesis, después de tantos años de persecución, al fin logren un asilo tranquilo, en el que puedan elevar sus oraciones al Señor por mi desgraciada Patria y por su anciano Pastor, siempre atribulado, por su Clero perseguido y por su grey expuesta á la impiedad é irreligión... Los medios con que estas religiosas cuentan para su subsistencia son doscientos pesos fuertes mensuales, que es la renta de una donación que las hizo una Religiosa Carmelita descalza de este Monasterio, que hay en la Habana, que con autorización de la Silla Apostólica y aprobación del Ordinario de esta Diócesis, cedió en su favor parte del legado de un hermano suyo, y aunque pudiera ser más cantidad; pero dicho legado era el producto de unos créditos de muy difícil cobranza, de otros ya realizados, y finalmente, de otros que están á plazos diferentes, alguno de los cuales se cumplirá en este año de 81 y otros en los venideros de 82 y 83. Tienen nombrado su apoderado, que las sirve con la mayor caridad, y éste es el que podrá formar una memoria más detallada de todo, para que V. E. I. pueda formar una idea más completa del asunto; se llama..... (1), y procuramos que cuanto antes esté lista la memoria para dirigírsela á V. E. I.... Reiterando á V. E. I. mi más vivo agradecimiento por esta grande obra de misericordia que Vuecen-

---

(1) Véase la nota del capítulo anterior.

cia Ilustrísima va á ejercer con estas infortunadas esposas de Jesucristo... y encomendándose mucho en sus oraciones tengo una gran satisfacción al suscribirme de V. E. I. por muy amante hermano capellán y s. s. q. b. s. m., *Bernardo*, Arzobispo de Guatemala.,.

Esta tierna carta llenó de júbilo al Prelado de León y á nuestras Carmelitas, que veían ya próximo el término de sus penosas peregrinaciones, aunque fuera lejos de su amada patria. No hubo ya más que prepararse y esperar la primavera como estación más adecuada para el viaje.

## CAPÍTULO XXIV

### VIAJE DE LAS CARMELITAS Á ESPAÑA

Ansiosas esperaban las Carmelitas el día de su partida para la patria de Santa Teresa. Llegó el mes de Mayo del mismo año de 1881, y habiendo terminado el arriendo de la casa en que habitaban, tuvieron que hospedarse veintidos días en la casa de Beneficencia, que poseían las Hermanas de la Caridad en la calle 68, siendo muy consideradas por éstas, y en especial por la superiora M. Irene, en todos aquellos días, mientras se las preparó pasaje.

Ya todo dispuesto, ofreciéronse generosamente á acompañarlas en su viaje D. Juan O'Sullivan y

D. Gabino Gutiérrez, coronando con este caritativo acto la protección que venían dispensándolas desde su venida á los Estados Unidos.

El día 21 del citado mes embarcaron en el puerto de Nueva York á bordo del vapor *Ferdinand de Lesseps* las siete religiosas y cuatro novicias mencionadas en capítulos anteriores, D. Juan y D. Gabino, zarpando en el mismo día con rumbo á Cádiz. ¿Quién podrá describir las emociones que experimentó el corazón de las buenas Carmelitas al separarse para siempre del continente americano, de su patria y de sus familias, después de la trágica série de sucesos por que habían pasado, después de derramadas tantas lágrimas y sufrido tantos dolores, y dirigiéndose á un país desconocido, puesta toda su esperanza en la divina Providencia? Eran verdaderamente unas heroínas cristianas, á quienes no unían ni los lazos de la sangre, ni los de la patria, ni siquiera los del idioma; pero sí el vínculo santo del amor á su Dios y el celo por la propia salvación, que fundían en un solo corazón y una sola alma á aquellas dichosas criaturas de tan distintas familias, de tan diverso lenguaje, de tan separadas naciones. Sólo el Evangelio de Cristo puede producir tales maravillas.

El mismo D. Juan publicó más tarde la descripción del viaje en un artículo que apareció en la *Revista Católica* de Nueva-York, de la que tomamos las siguientes líneas: "Ocupó la M. Priora con sus monjas los camarotes de babor ó costado izquierdo del buque. Allí procuraban practicar sus

ejercicios. Antes de retirarse por las tardes, resonaban los cantos de la Priora y sus religiosas con celestial dulzura en todo el buque y por encima de las embravecidas olas que éste surcaba prósperamente. Cuando al llegar al término de nuestro viaje, los marinos se despedían de ellas con ternura y respeto, declaraban que no olvidarían en toda su vida de navegación la satisfacción que habían gozado en aquel viaje„.

El día 5 de Junio, Pascua de Pentecostés aquel año, llegaron á Cádiz, desembarcando en este puerto y dirigiéndose inmediatamente á la Catedral para dar gracias á Dios y oír la santa Misa. “Faltan palabras (dice una relación de la M. Adelaida conservada en el convento) para explicar lo que sentimos al poner el pié por primera vez en el suelo español, y ese momento de gozo nos pagó todos los trabajos pasados. Bendito sea Dios„.

De Cádiz pasaron á Sevilla, visitaron los dos conventos de Carmelitas que hay en esta ciudad, y se confesaron en idioma español, cosa que hacía ya algún tiempo no habían podido practicar. Presentáronse también á saludar al Sr. Arzobispo, quien mostró grandes deseos de que hiciesen la fundación en su diócesis, deseos que no pudieron satisfacer por tener su palabra empeñada.

De Sevilla se dirigieron á Madrid, en donde encontraron al Ilmo. Sr. Obispo de Leon. Estuvieron en la capital del reino hasta la víspera de la Santísima Trinidad, en que salieron para su destino acompañadas del citado Prelado, habiendo

obtenido antes licencia del Nuncio de Su Santidad para poder entrar en los conventos de Carmelitas que encontraran al paso.

Detuviéronse en Ávila para visitar el célebre convento de San José, fundado por Santa Teresa, y la casa donde nació esta ilustre Santa. La Madre Adelaida, hablando de esta visita en el libro de la fundación y profesiones, que se conserva en el archivo del convento de Grajal, dice estas hermosas palabras: "La impresión de nuestros corazones no se puede explicar con palabras, hablará por nosotras el sonoro silencio„. Verdaderamente tenían que ser inexplicables las emociones que experimentarían aquellas religiosas infortunadas ante los lugares en que vió por primera vez la luz la esclarecida castellana, en cuya historia había tantos ejemplos de los tristes episodios en que ellas se habían no pocas veces encontrado.

El 12 llegaron á Valladolid y el 13 á Medina de Rioseco, en cuyas ciudades visitaron también los conventos de Carmelitas, no sólo por conocer y dar una muestra de cariño á sus hermanas, sino para inspirarse más y más en el espíritu religioso y tradiciones carmelitanas, de que la M. Adelaida quería minuciosamente informarse para implantar en su nueva fundación una observancia floreciente, en que resplandeciera el verdadero espíritu teresiano.

El siguiente día, 14, por la tarde llegaron á Villafrechos, pueblo del Obispado de León en que el Ilmo. Sr. D. Saturnino quería se instalasen provisionalmente, en el convento de Santa Clara, que

hay en dicha villa. Fueron allí recibidas con gran entusiasmo por el Clero y el pueblo, dirigiéndose á la iglesia del convento, en la cual se cantó un solemne *Te Deum* en acción de gracias por la feliz llegada á su destino, después de tan largo viaje. Desde el templo se dirigieron á la portería del convento, en que las esperaban las cinco únicas religiosas que entonces había en él. No mostraron éstas gran satisfacción con las nuevas huéspedes, antes bien prorrumpieron en llanto, juzgando, sin duda, que el Prelado quería establecer allí perpetuamente la recién llegada Comunidad, lo cual hubiera sido en verdad para todas un gravísimo inconveniente.

La M. Adelaida, con la mansedumbre y dulzura que la caracterizaba, procuró consolar á las monjas de Santa Clara, manifestándolas que sus monjitas no las molestarían mucho tiempo, porque esperaba que muy pronto habían de tener convento propio, y entonces las dejarían en la santa libertad é independencia que también ella quería para su Comunidad. Visitadas luego por las Carmelitas todas las dependencias del convento, no pudieron menos de recibir muy ingrata impresión al ver lo desmantelado y pobre que se hallaba, significando la M. Adelaida al Ilmo. Prelado, tan pronto como se enteró de todo, la imposibilidad de hacer allí la fundación, si es que estaba en su ánimo tal pensamiento. El Sr. Obispo la prometió que todo se arreglaría con ayuda de Dios y un poco de paciencia, y teniendo atenciones urgentes de su

sagrado ministerio á que atender entonces, se despidió de las monjas, partiendo para la capital del Obispado.

También se fué para la provincia de Santander, donde tenía su pueblo natal, el fiel amigo y compañero de viaje, D. Gabino Gutiérrez, dejando á las monjas llenas de sentimiento y de gratitud á sus bondades.

Más sensible fué aún para la M. Adelaida y sus compañeras la despedida de D. Juan O'Sullivan, al cual había causado ingrata impresión la aridez del país y la pobreza del convento, que ofrecían un gran contraste con lo que habían dejado. Tan vivamente sintió la situación en que dejaba á su hermana, que arrojó un vómito de sangre al despedirse de ella. Bajo tales impresiones se despidió de las monjas, emprendiendo su viaje de regreso á Nueva York.

No quedaron poco desconsoladas éstas con la partida de D. Juan, hasta que repuestas de las primeras emociones, trataron de activar á todo trance la fundación de su convento en lugar propio é independiente, y á ser posible en la capital del Obispado ó próximo á ella y en población más importante y con estación en la vía férrea, porque pueblos como el en que residían no dejan de ofrecer dificultades para la satisfacción de las necesidades de la Comunidad. Empezó, pues, la M. Adelaida á poner en planta todos los medios para lograr cuanto antes sus propósitos, obteniendo al fin el lisonjero resultado que vamos á ver.

## CAPÍTULO XXV

FUNDACIÓN DEL CONVENTO DE CRISTO CRUCIFI-  
CADO EN GRAJAL DE CAMPOS

Deseosísima estaba la M. Adelaida de dar luego cima á su obra; así que, apenas habían pasado veinte días desde su llegada á Villafrechos, y ya había escrito tres cartas al Ilmo. Sr. D. Saturnino, excitándole á activar el negocio y rogándole que hiciera lo posible por que el sitio que se designase reuniera las condiciones indicadas en el capítulo anterior. El Sr. Obispo la escribió el 5 de Julio, diciéndola: "He recibido sus tres cartas. Según tengo ofrecido á ustedes, he consultado el negocio, le he encomendado á Dios, y la resolución tomada es la siguiente: Se establecerán ustedes en otra villa de la diócesis de mayor vecindario y más próxima á León y al ferrocarril; pero no conviene hacerlo ahora por razones graves.,. También la participaba que había recibido carta del Sr. Arzobispo de Guatemala, en que la felicitaba por suponerlas ya felizmente habitantes de la diócesis.

Como la ansiosa actividad de la Madre era tanta, insistió nuevamente, y á los tres días volvió á escribirla el Ilmo. Prelado, aclarando más las noticias que en la anterior le daba. "Estoy convencido, decía, de que Vuestra Reverencia no está

contenta en Villafrechos,,. Añade luego que en la capital de la diócesis no conviene la fundación por haber ya cuatro conventos de clausura, y termina manifestándola que el punto indicado es la villa de Villalón, la de más vecindario después de la capital, distante sólo tres leguas del ferrocarril, al que la une una carretera que, pasando por Boadilla de Rioseco, toca en la estación de Villada; que allí hay una buena casa y terreno que podía ir á ver la misma M. Adelaida, acompañada de otra religiosa y del Sr. Arcipreste de Villafrechos, D. Ignacio Blanco, para lo que desde luego las autorizaba; indicando también que si se resolvían á hacerlo, mandaría á Villalón al Sr. Rector del Seminario, D. José Tomás de Mazarrasa, para que las ayudase en tal asunto.

No desperdió la M. Adelaida estas noticias, y se apresuró á manifestar al Prelado el deseo de todas las religiosas de hacer la fundación en el punto que S. S. Ilma. indicaba, siempre que reuniese la casa las condiciones apetecidas para su convento. En vista de tal declaración, las autorizó el Sr. Obispo para que con traje secular y modesto y acompañadas por el mencionado Sr. Arcipreste, fuesen á Villalón á examinar por sí mismas las condiciones de casa y terrenos.

No dilataron el verificarlo, á pesar de padecer entonces la M. Adelaida con más intensidad los dolores de piedra que venía sufriendo. A principios de Agosto hizo el viaje á Villalón, acompañada de la M. Dolores y D. Ignacio Blanco: en

contraron allí al delegado del Sr. Obispo, D. José Tomás de Mazarrasa, y fueron generosamente hospedadas en casa del Sr. Párroco de San Miguel, D. Eugenio Cascos, que las prodigó todo género de cuidados. Vieron la casa y terrenos ofrecidos, no quedando satisfecha la Madre de las condiciones de la primera, ni juzgando á propósito los últimos para su convento.

Cuando consideraban fallidas sus esperanzas, una circunstancia providencial vino á abrir á sus ojos un nuevo horizonte. Era á la sazón Párroco de San Juan de dicha villa el Presbítero D. Fermín Domínguez, natural de Grajal de Campos; y sabiendo el fin que perseguían las monjas, juzgó conveniente presentarse á la M. Adelaida y manifestarla que en el citado Grajal, pueblo que cuenta cuatrocientos vecinos y tiene estación en la vía férrea, había extramuros un derruido convento que fué de Alcantarinos, del cual se conservaba la iglesia en regular estado, algunos muros y una gran huerta con su estanque, propiedad de don Lucas de Prado; que pensaba las agradaría el sitio y creía también probable el que el propietario las enagenase el terreno.

Mucho agradeció la Madre esta noticia, y queriendo desde luego aprovecharla, al día siguiente, á las cinco de la mañana, en un coche de punto se dirigieron á Grajal, acompañándolas el Sr. Mazarrasa, D. Ignacio y el mismo D. Fermín. Ya en Grajal, visitaron el derruido convento.

Hállase éste situado al Sur de la población y á

unos cien metros separado de la misma; ocupa un pequeño otero, que en pendiente suave se desliza de Oriente á Poniente; en el punto más elevado y como en la cabeza del plano álzase el pequeño templo de modesto estilo, pero sólida construcción, dentro del cual existen cinco retablos en buen estado de conservación, con algunas regulares esculturas, representando la Purísima Concepción y algunos santos de la Orden franciscana: adosadas á él yacen las ruinas de lo que fué morada de los frailes, extendiéndose á sus pies, como verde alfombra la hermosa huerta, en otro tiempo más lozana, en cuyo centro un abundante manantial alimenta un gran estanque de cuarenta metros de longitud y trece de anchura, corriendo luego sus frescas ondas á matizar la pradera y dar savia á la frondosa alameda.

Desde luego agradó á la M. Adelaida aquel lugar, sobre el que brillaba un limpio y hermoso cielo con ámplio y dilatado horizonte, y que, aislado del "mundanal ruido," (que decía Fr. Luis de Leon) convidaba al retiro, al silencio y á la contemplación. No dudó, pues, un solo momento en proponer á D. Lucas de Prado la venta de la finca.

Enterado este señor de los propósitos de la Madre, avistóse con ésta y con los dignos señores sacerdotes que la acompañaban, aceptando la proposición de la venta y contratando las condiciones de la misma. Se haría ésta, entregando las monjas, como precio de la finca, la cantidad de 4.500 duros en noventa plazos mensuales de

cincuenta duros cada uno. Aceptó la M. Adelaida con gusto estas condiciones, que la parecieron muy ventajosas, porque á pesar de la poco lisonjera situación de los fondos que tenían en Cuba, podían ir pagando los plazos con los intereses que de allá las girasen oportunamente. Arregladas así las condiciones del contrato, las elevaron al Ilustrísimo Sr. Obispo para que concediera su superior beneplácito, á fin de poder hacer escritura pública en debida forma; regresando luego á Villafrechos llenas de júbilo á participar la fausta nueva á sus queridas hermanas.

No se hizo esperar mucho la contestación del celoso y diligente Prelado; el 18 del mismo mes de Agosto escribió á la M. Adelaida diciéndola: "En vista de lo que usted me dice, que dan el terreno en 4.500 pesos, á pagar en plazos, apruebo que se cierre el trato cuanto antes y se haga la escritura. Acto continuo que se haga el contrato, debe hacerse también la obra indispensable para que pasen ustedes el invierno con todo abrigo, y emprender en la próxima primavera la obra del convento,„.

La diligentísima Madre, que no se dormía en las pajas, al conocer la resolución y deseos del Rdo. Prelado, tomó inmediatamente á las Madres Dolores y María Jesús y salió por segunda vez de Villafrechos, adonde ya no había de volver más, marchando á Grajal á cerrar el contrato y hacer la escritura pública, como se verificó, con las condiciones arriba expresadas.

Con gran satisfacción vieron que se realizaba la fundación los religiosos habitantes de la villa, principalmente los señores sacerdotes D. Jerónimo González, Párroco de la misma, D. Miguel de la Mota y D. Bernardo Gómez, Beneficiados de la parroquia. Estos dignos señores favorecieron y auxiliaron desde luego á las monjas en todo cuanto les fué posible. Se las proporcionó una casa, propiedad de D. Carlos Antolínez, sobrino del Sr. Párroco, quien con desprendimiento que le honra, se la cedió gratuitamente á las religiosas por todo el tiempo que necesitasen habitarla.

Escribiendo la M. Adelaida el día 26 á sus monjas de Villafrechos, las decía: "Hemos llegado perfectamente bien. La casa que hemos de habitar es muy buena y cabremos todas en ella, mientras se hace la obra. Lo que no hay es cuarto bajo á propósito para capilla; pero arriba hay uno lindísimo, y nuestro Padre el Sr. Arcipreste D. Ignacio procurará arreglar con el Sr. Obispo las licencias necesarias para que entre el sacerdote á decir la misa y el Depósito Sagrado (ó reserva del Santísimo Sacramento). Creo que inmediatamente que vuelva de León irá á esa para traer á Vuestras Caridades. Mil cosas á mis monjitas de Santa Clara. Tendremos conventico propio, que es lo que nos obliga á separarnos de ese lugar que amamos.."

En el mismo día 26 vino á Grajal el Ilmo. señor Obispo, queriendo inaugurar por sí mismo la improvisada capillita, á cuyo efecto, celebró al día

siguiente en ella la primera misa. En aquel momento ocurría una extraña coincidencia; un fuerte huracán destruía en Savannah las obras que allí habían edificado nuestras monjas.

Impaciente ya la M. Adelaida por tener á su lado á sus queridas hijas, resolvió vinieran luego á Grajal, pues tenían ya casa donde recogerse; y ella ya no quería volver á Villafrechos, por no dejar ni un momento de estar al frente de las obras que en el convento iban á emprenderse, cosa absolutamente necesaria, dado que la misma Madre había de hacer de arquitecto y director de las mismas. En vista de sus deseos, el 31 del mismo Agosto salieron las Carmelitas del convento de Villafrechos, con gran sentimiento de las buenas Claras, que no habían visto en sus huéspedes más que hermanas muy cariñosas y religiosas muy ejemplares. Las acompañó en su viaje D. Ignacio Blanco, pernoctando aquel día en Villalón en casa de don Fermín Domínguez, siendo objeto de finas atenciones por parte de éste y de su señora hermana D.<sup>a</sup> Micaela. Al día siguiente llegaron á Grajal, siendo recibidas con júbilo por sus sencillos habitantes y con gran cariño por su amante Priora. Dejemos á ésta que nos describa la nueva instalación.

“Arreglamos (dice en el ya citado libro de la fundación) el local en forma de convento, ocupando tres habitaciones en que formamos nuestras celdas, independientes unas de otras, por grandes cortinas de tela. En la parte baja de la casa había

una gran sala, que dividida por un tabique, utilizamos para coro, en donde habíamos de rezar el oficio divino y demás, y para capilla, donde había de celebrarse el Santo sacrificio de la Misa, teniendo en ella el Santísimo Sacramento con luz clara y permanente, que desde el coro cuidábamos estuviese siempre ardiendo. Durante el tiempo que permanecimos en la referida casa, que gratuitamente nos prestó nuestro bienhechor D. Carlos Antolínez, el Ilmo. Sr. Obispo encargó de la dirección espiritual de la Comunidad al Presbítero D. Bernardo Gómez con el carácter de confesor ordinario y al Sr. Cura D. Jerónimo González, con el de extraordinario, alternando en la celebración de la misa por semanas, con el Presbítero D. Miguel de la Mota, quienes animados de los mejores deseos de la prosperidad y adelantamiento nuestro, no escasearon medio alguno de prodigarnos sus cariñosos y paternales cuidados y consolarnos en algunas aflicciones en que nos encontrábamos de vez en cuando con motivo del mal aspecto que presentaban nuestros fondos del otro lado de los mares. En esta casita vivíamos en la observancia que permitía la estrechez de la misma por espacio de un año, tres meses y veintiún días,,.

Efectivamente, las Carmelitas vivían en esta casa como pudieran hacerlo en el convento más observante, practicando la Regla y Constituciones, sin omitir ni los detalles que en tal estrechez apenas podían cumplirse, como los cánticos, las procesiones y los toques de campana, teniendo

para este fin dos pequeñitas, que con todo cuidado habían traído desde Yonkers.

Tal celo por la observancia no impedía que la M. Adelaida dedicase preferente atención á su convento. Preparó ella misma el plano de las obras que habían de ejecutarse, y á principios de Octubre hizo el contrato con los maestros que habían de llevarlas á cabo, conviniendo en la cantidad de 6.743 duros por la ejecución total del plano, la cual había de serles entregada en plazos que se señalaron.

Emprendieron los trabajos con gran actividad, imponiendo una corta suspensión el entrante invierno, y continuando después sin interrupción. La M. Adelaida no se daba punto de reposo para hacer una morada, si no espléndida, cómoda y sana para sus monjitas, queriendo arreglar por sí misma, hasta los menores detalles de la obra. Para ello pidió y obtuvo licencia del Ilmo. Prelado para salir de casa y visitar los trabajos siempre que fuera necesario, y veíasela acompañada de otra religiosa y del celoso y diligente D. Bernardo, inspeccionar los trabajos y ordenar las operaciones con tanto talento y acierto como humildad y modestia.

Después de pasar casi un año sin levantar mano, pudo al fin ver construído lo más necesario para albergar cómodamente á sus amadas hijas, y creyó llegado el momento oportuno de ocupar definitivamente el suspirado conventito que tantos años de trabajos y amarguras la había costado. Mas estando ya para terminar el otoño y comenzar la es-

tación fría, quiso esperar que se sanease algo más, porque lo reciente de las obras y la estación eran causa de que no hubiera desaparecido completamente la humedad. No se cumplió, sin embargo, su deseo; porque habiendo sido preconizado para la silla arzobispal de Burgos el Ilmo. Sr. D. Saturnino, quiso dejar instaladas á las Carmelitas en su convento, antes de partir para su archidiócesis, por cuya razón hubo de anticiparse la inauguración del mismo.

## CAPÍTULO XXVI

### INAUGURACIÓN SOLEMNE DEL CONVENTO DE GRAJAL

En el número 50 del *Boletín del Clero del Obispado de Leon*, correspondiente al 14 de Diciembre de 1882, se anunció la próxima inauguración del convento de nuestras Carmelitas con estas palabras: "El día 18 del presente mes, fiesta de la Expectación de Nuestra Señora, es el designado para la inauguración del convento de Carmelitas Descalzas en la villa de Grajal. La ceremonia será solemnísima y el concurso de fieles extraordinario, según las noticias que ya se reciben. Nuestro Excmo. é Ilmo. Prelado celebrará de pontifical en la magnífica y vasta iglesia parroquial, predicando el Sr. Lectoral de esta Catedral; y hechas todas

las solemnes ceremonias, las venerables religiosas serán trasladadas procesionalmente al convento que, de un modo providencial, se ha edificado, y en el cual estas Hijas de Santa Teresa, arrojadas como todas las demás Comunidades de su país, hallarán paz y descanso para cumplir su Regla en la patria misma de Santa Teresa. La diócesis de Leon está muy de enhorabuena, pues aunque se gloriaba de tener desde tiempos antiguos varias y ejemplares casas de esposas del Señor, no contaba entre ellas ninguna de las Hijas del Serafín del Carmelo, nuestra insigne Santa Teresa de Jesús.

Avisadas y preparadas para el caso la M. Adelaida y todas las Religiosas, vieron con inmenso júbilo de su corazón llegar el tan suspirado día de su ingreso en el nuevo retiro que su divino Esposo las preparaba. Hermoso y solemne espectáculo presenció entonces la afortunada villa que las acogiera en su seno. Hé aquí la descripción de aquel memorable acontecimiento, publicada en aquellos días por *La Crónica de Leon*, periódico de la capital de la diócesis:

“Rarísima vez en la vida puede ofrecerse un espectáculo tan conmovedor y edificante como el que tuvo lugar en la villa de Grajal de Campos el día 18 del mes actual, con motivo de la inauguración de un convento de Carmelitas descalzas y la profesión de cuatro novicias. Arrojadas por la revolución aquellas santas religiosas de su convento de la República de Guatemala, y no siéndoles per-

mitido vivir allí en comunidad, observando las reglas del instituto que con tanto ardor habían abrazado, antes que abandonarle, han preferido dejar su patria, y andar errantes por el mundo, y atravesar los mares, y sufrir toda suerte de penalidades, hasta hallar en la patria de Santa Teresa un rincón en donde albergarse y permanecer fieles á su vocación. Tanto heroísmo, unido á una instrucción nada común y á una educación esmeradísima, realzada con un candor angelical, sencillez y humildad profundas, las han granjeado el cariño de cuantas personas han tenido la dicha de conocerlas y tratarlas, lo mismo en los Estados Unidos, en donde permanecieron más de dos años, en Villafrechos, en donde sólo estuvieron tres meses y en Grajal de Campos, en donde por fin han podido fijar su residencia, viviendo encerradas en estrecha casa por espacio de año y medio hasta ver concluidas las obras más necesarias del pequeño y lindísimo convento en donde esperan terminar su peregrinación sobre la tierra.... Objeto han sido de especialísimo celo del Excmo. Prelado, que deseando no dilatar un momento más el cumplimiento del deseo de las monjas y de las novicias, dispuso que la profesión de éstas tuviera lugar el día mismo de la inauguración del convento; y á fin de prevenir lo necesario, pasó S. E. á Grajal, acompañado del Sr. Lectoral. El entusiasmo con que la villa de Grajal celebró tan fausto suceso no es fácil describirse. Danzantes caprichosamente vestidos luciendo su agilidad y destreza al son de la

dulzaina, guardia civil de infantería y caballería, las autoridades, el clero, el pueblo y multitud de forasteros acompañaron á las religiosas desde la casa que habitaban á la iglesia parroquial.

Con ser aquel templo uno de los más grandes de la diócesis de Leon, venía muy pequeño á la apiñada multitud, que, por no caber en él, se veía sobre los bancos, sobre los confesonarios y sobre los púlpitos y cornisas de la iglesia durante la misa pontifical que celebró S. E., cantada con acompañamiento de órgano y orquesta. Las religiosas, cubiertas con sus velos, y las novicias, acompañadas de sus madrinas, ocupaban la parte más próxima á las gradas, separada por bancos, para evitar de este modo que invadiera el sitio la multitud. Terminada la misa, el Sr. Obispo dirigió á las novicias una breve y tiernísima plática exponiéndolas las graves y sagradas obligaciones que iban á contraer. Después de recitadas las preces, acercándose una á una, con humildad y con voz clara y segura fueron pronunciando sus votos y recibiendo del Prelado el velo y la corona, símbolos de sus místicos desposorios con Jesús Crucificado, á quien consagraban su libertad y su vida, ofreciendo á la vez cumplir la estrecha Regla que voluntariamente habían abrazado *sin mitigación ninguna hasta la muerte*, como ellas decían con un encanto que hizo derramar muchas lágrimas. Cuando más tarde las cuatro nuevas profesas juntas, acompañadas del piano (que tocó la M. Adelaida, á pesar de la calentura que hacía

días la molestaba), cantaban las alabanzas del Señor con voz dulcísima sobre toda ponderación, sentíase uno conmovido y como precisado á exclamar: ¿Qué es esto, Dios mío, son ángeles del cielo que han bajado á la tierra, ó son ángeles de la tierra que nos llevan consigo al cielo? Vino luego el sermón, y con decir que le predicó el señor Lectoral en tales circunstancias, y que tan en armonía se halla con su carácter y manera de ser, está hecho el mayor elogio. Con el cántico del *Te Deum* terminó, á la una de la tarde, la preciosa función que había comenzado á las nueve de la mañana, siendo á continuación conducidas las religiosas á su nueva morada con el acompañamiento dicho. La función de la tarde empezó á las cuatro y se hizo en la bonita iglesia del convento. Después del rezo de la estación y de algunos cánticos de las religiosas, pronunció una fervorosa plática el Sr. Penitenciario de la Catedral, á la que siguió la bendición con el Santísimo Sacramento dada por el Excmo. Prelado, no sin haber dirigido á las religiosas y al pueblo frases oportunísimas con esa facilidad que le es tan propia. Aquí termina el articulista, omitiendo en su relación el acto que coronó estas solemnidades, y por el que quedó oficial y canónicamente erigido el convento y establecida la clausura.

En el libro de la fundación nos le describe la misma M. Adelaida con estas sencillas palabras: "Terminada la función, su Excelencia Ilustrísima entró con su clero en el convento y mandó que sa-

lieran de él todas las personas seculares y fijó la santa clausura, quedando ya fundado este convento de Carmelitas descalzas con el título de Cristo Crucificado. Sea todo para mayor gloria de Dios y salvación de muchas almas.

Tal fué la solemnidad con que se inauguró el nuevo convento de Carmelitas, que dejó gratísimas impresiones é imperecederos recuerdos en la inmensa multitud que tuvo la dicha de presenciársela. Las virtuosas monjas recibieron con esta ocasión innumerables pruebas de cariño de parte de todos los asistentes, lo mismo del Prelado que del Clero, de las Autoridades judiciales del partido, que las honraron con su presencia, del Ayuntamiento de la villa, de las autoridades militares y de todo el pueblo, en especial de algunas señoras que las ayudaron á preparar y limpiar el convento y disponer lo necesario para la entrada de las religiosas, entre las cuales se distinguieron D.<sup>a</sup> Leonor Gutiérrez y la señorita D.<sup>a</sup> Nicolasa Bajo, ambas de Valladolid, y la virtuosa joven Aniana Cuesta, de Sahagún, aspirante más tarde al santo hábito; siendo todas estas demostraciones una compensación de los innumerables trabajos que habían sufrido. Bien puede decirse que desde el mismo día de su fundación el convento de Grajal se granjeó universales simpatías y glorioso nombre, no sólo en la diócesis, sino también fuera de ella; pues todos los que habían tenido la fortuna de tratar á las Religiosas, se hacían pregoneros de sus grandes virtudes y excelente espíritu; así es que no tardó,

como veremos luego, en tomar todo el incremento posible, completándose el número que permite su Regla con excelentes jóvenes de distintas provincias de España.

No terminaremos este capítulo sin dedicar unas líneas al título de "Cristo Crucificado," con que fué erigido y á quien fué dedicado el convento, y á la veneranda imagen que las monjas poseen, como representación de ese título. Cuando la M. Adelaida era religiosa profesa en el convento de Guatemala, y desempeñaba en el mismo el cargo de Priora la M. Ana María, ocurrió que, registrando un día un arca grande que había en el cuarto de las flores, halló en ella entre otras imágenes retiradas, una de Cristo Crucificado, que aunque algo deteriorada, no dejaba de ser de regular escultura. Tomóla devoción la Madre y pidió permiso á su Priora para restaurarla por sí misma y dedicarla nuevamente tierno y ferviente culto. Tanto creció cada día su devoción á la sagrada imagen, que siendo más tarde ella misma Priora, logró fundar en el mismo convento una piadosa Asociación con el nombre de la Agonía, que tenía por principal objeto honrar á Cristo Crucificado en aquella veneranda imagen y celebrar todos los años con gran solemnidad la fiesta de las Sagradas Llagas.

De tal modo se popularizó la Asociación, que llegaron á formar parte de ella el mismo Presidente de la República y otros distinguidos personajes, quienes contribuían semanalmente con una

pequeña cantidad para el sostenimiento del culto y demás gastos, llegando á reunir al tiempo de la exclaustación dos mil pesos en oro; que no tocó nunca, á pesar de las apremiantes necesidades en que se encontró, y que se vió en peligro de perder al embarcar en el puerto de San José, con rumbo á la Habana. Llevábalos entonces en un cinto ceñido á la cintura, y los agentes de aduanas querían hacer registro hasta en sus personas; mas la energía y serenidad de la Madre, logró que los agentes desistiesen de su propósito.

Y si no abandonó un solo instante aquel pequeño tesoro, que reservaba para el culto de Cristo Crucificado y para la celebración solemne de la función de sus Sagradas Llagas, mucho menos descuidaría de aquella preciosa imagen. Ella fué siempre testigo de sus amarguras y compañera inseparable de sus peregrinaciones; ante ella desahogaba su corazón apesadumbrado, y á sus piés adquiría aquel temple de alma y serenidad de espíritu con que se sobreponía á todas las dificultades y salvaba todos los peligros. En sus manos la llevaba al ser arrojada de su convento de Guatemala y en esa disposición juró no abandonar su instituto hasta la muerte; fué su compañera en los improvisados conventos, que á cada paso tenía que ocupar en el primer período de la exclaustación, y lo mismo después en los viajes á la Habana, á Savannah, á Tonkers, y finalmente á España.

Cuando se trató de dar título al convento, la M. Adelaida creyó un deber de gratitud dedicar



la nueva fundación á Cristo Crucificado, su constante compañero y protector; pero pensando sus monjas que siempre se veía su amada Madre espinada y llena de dificultades, atribuyéndolo á pruebas del Señor, por el entrañable amor que tenía á la Sagrada Pasión de Jesucristo, se atrevió á decirle una de ellas: "Madre, le cuesta tanto la fundación, porque quiere por titular á Cristo Crucificado; mejor sería dedicarla á la Santísima Virgen ú otro santo,..". A lo que contestó con energía la venerable Madre: "Quita de aquí, Satanás,..". Y ciertamente ¿á quién dedicaría con más justicia y oportunidad su convento ella, que había recorrido tan penoso calvario, que al divino Redentor que subió cargado con la cruz por su áspera pendiente para ser crucificado en la cima de aquel monte y regarle con su purísima sangre, salvadora del mundo?

Poderosísimas fueron, en verdad, las razones que movieron á nuestra Madre á poner á sus hijas bajo la égida protectora de Cristo Crucificado. Para significar mejor su pensamiento, colocó la sagrada imagen en un precioso escaparate en el coro alto y en el lugar de la presidencia, en donde se conserva, siendo objeto constante de la veneración y los cultos que le tributan sus fieles esposas, que celebran en su honor la festividad de las Sagradas Llagas con toda solemnidad y esplendor, y ponen todo su interés y celo en hacerse dignas del amor y de las misericordias de su divino Titular y Protector.

## CAPÍTULO XXVII

## PELIGROS DE LA NUEVA FUNDACIÓN

Cualquiera creerá al leer los capítulos anteriores que la obra de la fundación marchaba viento en popa; y que á las tempestades pasadas, en que las Carmelitas se habían visto envueltas había sucedido la calma y un tiempo próspero y bonancible. No fué así, por desgracia. Los temores que desde luego había concebido la M. Adelaida respecto de la seguridad del capital, que por delegación del Excmo. Sr. Arzobispo de Guatemala administraba el apoderado nombrado por el mismo, vinieron á convertirse en triste realidad.

El primer incidente desagradable que vino á confirmar sus temores fué la inesperada muerte del Sr. Piñol, ocurrida pocos días después de llegar las monjas á España: el 24 de Junio de aquel año de 1881 fué acometido el anciano Prelado por un accidente apoplético que le llevó casi instantáneamente al sepulcro. La noticia de esta muerte tan dolorosa y tan rápida, llenó de consternación á la M. Adelaida, que vió ya cernerse sobre su cabeza el peligro que en Cuba primero y desde Savannah después, había anunciado al confiado Arzobispo. Procuró, pues, contando con la activa cooperación del Ilmo. Sr. Obispo de León, la de su

propio sobrino el Sr. Marqués de San Carlos de Pedroso y de otras personas de su confianza, hacer las gestiones oportunas para averiguar la verdadera situación de los fondos que tenían las monjas en Cuba y para que el apoderado D..... hiciese un balance de los mismos; y en su vista preparar el modo más fácil y económico de transportarlos á España, ó por lo menos garantir su permanencia y productos en la gran Antilla.

El Ilmo. D. Saturnino escribió al Sr..... y la M. Adelaida también se dirigió á él y á otros que podían interesarse en su favor, á fin de aclarar el asunto. D..... remitió algunas notas al Ilmo. Prelado leonés, prometiéndole escribir una memoria más detallada, para que éste pudiera formar juicio exacto de su gestión, que aseguraba ser activa y honrada. Entretanto sucedía que el cobro de los intereses no se hacía con regularidad, que las monjas empezaban á no recibir los acostumbrados, y que por consiguiente se las venía encima un conflicto al acercarse los plazos de pago del convento y de las obras realizadas en el mismo.

La M. Adelaida recibió con este rudo golpe, una grandísima tribulación, no por prevista, menos terrible. Parecíale hallarse en la situación que Moisés, cuando los israelitas le decían en el desierto: "¡Ojalá hubiéramos muerto en Egipto! ¿para qué nos has traído á este desierto, para matarnos de hambre?," Es verdad que sus amantes hijas no eran de corazón duro é ingrato como el pueblo de Moisés, y que con gusto sacrificarían su vida por

acompañarla hasta el martirio; pero ¡ay! cuán sensible era para su tiernísimo corazón el haberlas conducido á través de los mares para verlas ahora en tan grande aprieto.

Mas por grande que fuera el trabajo, era más grande su corazón, que no desmayó ante el inminente peligro. Se propuso asegurar lo que pudiera del capital, y en todo caso que quedase resuelto y definitivamente determinado lo que el señor... debía entregarlas y los plazos en que había de verificarlo. A este fin otorgó poder para representarla en la Habana á D. Ramiro Pedroso y Manti-lla, sobrino del Marqués de San Carlos de Pedroso. Revestido de la representación de la Madre Adelaida, avistose con D..... para zanjar de manera amistosa y conveniente el enojoso asunto.

En efecto, el día 15 de Febrero de 1883, el señor.... otorgó una escritura pública á favor de las monjas ante el notario público de la Habana, D. Joaquín Lancis y Alfonso. Por ella se constituye y declara "deudor de las mismas por 20.000 pesos en oro, los cuales abonará en aquella capital al respecto de 500 pesos mensuales, con más el interés de 10 por 100 anual... Si pasasen dos mensualidades seguidas sin cobrar, podía ser ejecutado por Pedroso,,.

Parece que esta escritura venía á fijar el capital de las religiosas y asegurar su cobro; pero no fué así. D..... había adquirido un grave compromiso; mas su administración no debía andar muy al corriente, por cuanto comenzó luego á dejar sin

cumplimiento lo convenido, y aun abandonó á Cuba, viniendo á la península, como se desprende de la siguiente carta del P. Miguel V. López, de la Compañía de Jesús, fechada en la Habana el 15 de Julio de 1883: "Muy R. Madre: He recibido su muy apreciable del 29 de Mayo, precisamente cuando la estaba esperando, porque si hasta ahora las cosas marchaban no muy mal, ahora presentan mal aspecto... ¿Qué diré á V? El Sr..... hace dos ó tres meses que está por ahí con toda su familia, y tanto el Sr. Marqués, como yo, creemos que no volverá. Cuando supe que pensaba marchar á esa, le escribí á D. Ramiro, suplicando le tomase todas las medidas para asegurar el cobro de las mensualidades. No me contestó, pero pocos días después supe que se había marchado, pero que había dejado garantías de las mensualidades. Y en efecto, se cobraron una ó dos mensualidades al sujeto que él había dejado encargado... La última vez que ví al Sr. Marqués, me dijo que no se había podido cobrar la mensualidad de Mayo, y que temía que no se pudiese conseguir nada. No puede usted figurarse el sentimiento que tengo por esto. ¡Ojalá lo pudiera remediar! Adoremos los designios del Señor, que sin duda los tiene sobre usted, cuando así cegó al Sr. Arzobispo y á todos nosotros, para no ver el peligro que había de que todo se perdiese, y no retirar nuestra confianza de aquel hombre, á pesar de las repetidas reclamaciones de usted.,.

Esta carta vino á acabar de llenar de amargu-

ra el corazón de la M. Adelaida, que veía cerrarse por todas partes el horizonte y amenazar nuevas tempestades, cuando creía haber empezado á disfrutar de paz y bonanza.

Hé aquí cómo desahogaba su acerbo dolor, escribiendo á su fiel amigo D. Ignacio Blanco, con fecha 12 de Agosto del mismo año: "Mi nunca olvidado Padre: Tengo el gusto de saludarle para que se mueva á venir á consolarnos; le daré cuenta de nuestra apurada situación. Primeramente me avisaron de Cuba, que no era posible cobrar más que la mitad de la donación; y á pesar de ser tanta la pérdida, me dí por muy contenta con tener cómo continuar la fundación, y traté de tener todo el convento y oficinas, tan arreglado, que nada faltase en lo necesario. He recibido cuatro jóvenes y otras dos que están para entrar; y cuando más tranquila estaba, he recibido el fatal aviso de que el Sr. Abogado que había ofrecido entregar el dinero, se salió de la Habana con toda su familia, y que toda la apariencia es que quedamos sin un cuarto. Ya puede V. considerar el golpe que mi corazón ha recibido, hallándome cargada con la deuda de 5.000 pesos del terreno y fábrica ya concluída, y faltando que hacer el coro bajo, un claustro y algunas celdas, y sin ningún recurso para el sustento de una comunidad; sólo me queda la fe y la confianza en la divina Providencia, que nos abrirá algún camino, por lo que le pido mucha oración y la encargue á las Religiosas de Santa Clara,,.

Como se ve por la carta transcrita, no podía ser más afflictiva la situación de las monjas, ni humanamente se vislumbraba modo de conjurar el peligro que amenazaba á la nueva fundación. No se desalentó, sin embargo, la M. Adelaida; procuró averiguar el paradero de D... é insistió con toda prudencia y discreción ante este señor, para que cumpliese el compromiso tan solemnemente adquirido. Nada, empero, pudo conseguir de él, como se desprende de una série de cartas del mismo de este año y siguientes, que se conservan en el archivo del convento. Dando siempre largas al asunto, protestando siempre de su honradez, actividad é interés por el bien de las monjas, siempre con promesas halagüeñas, pero nunca acompañadas de las mensualidades correspondientes, de modo que bien pudiéramos decir parodiando la frase vulgar, que ni tenía palabra mala ni dinero bueno. Unas veces porque las acciones del Canal de Cienfuegos (en que decía había impuesto los fondos) no se cotizaban á ningún precio, otras porque los créditos, como el que había contra el Marqués de la Real Proclamación, no se realizaban, ya por la situación anormal porque atravesaba la isla, ya por otras excusas; lo cierto es, que ni capital ni intereses venían á manos de las monjas. Y todo, á pesar de la influencia que el Sr... podía tener, como diputado por Cuba, y de su larga estancia en Madrid, en donde logró conquistar simpatías y consideraciones en uno de los partidos políticos que turnaban en el poder, hasta llegar á

ofrecerle el Gobierno civil de la provincia de Santa Clara, en donde él mismo se prometía disponer de medios para satisfacer el compromiso adquirido con las monjas.

Si las intenciones justifican, las que manifestaba D... no podían ser mejores. Pero las cosas fueron de mal en peor: el Gobierno hizo por lo visto con el Sr... lo que éste con las monjas, ofrecer y no dar.

Llegó, pues, la M. Adelaida á dar por perdido el capital, y fué necesario arbitrar otros recursos con que satisfacer el pago de los plazos, que se sucedían con harta rapidez y de atender al sustento de sus amadas hijas.

¡Cuántos desvelos, cuántos sufrimientos tuvo que soportar la buena Madre para sobreponerse á las difíciles circunstancias en que se encontraba!, pero firme en su constante propósito, puesta en manos de Cristo Crucificado que hasta allí la había conducido, no dudó, que, si era su soberana voluntad, prosperaría la nueva fundación, aunque á ella hubiera de costarla mucho dolor y muchas lágrimas.

Dios misericordioso no podía dejar de atender á una alma tan noble y magnánima, que, fija en Él su mirada, caminaba sin vacilar por el sendero de la Cruz; y efectivamente, con su protección y sus bondades, vino á demostrar una vez más que no abandona nunca á los que en Él confían.

## CAPÍTULO XXVIII

## IMPLORA LA M. ADELAIDA LA CARIDAD Y LA DIVINA PROVIDENCIA LA SOCORRE

Perdida ya toda humana esperanza de remedio, según hemos visto, la M. Adelaida, confiando en que el Señor no dejaría perecer á unas hijas que con tanto valor y abnegación lo habían abandonado todo por seguir su vocación, trató de recurrir á la caridad de los españoles, esperando que Dios movería sus corazones para remediarlas en tan grande necesidad. Quiso implorar personalmente en favor de sus monjas, haciendo por ellas este sacrificio, ya que por seguirla habían dejado sus familias y su patria; preparó una bolsita, redactó una instancia dirigida al Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad en Madrid, pidiendo la permitiera salir del claustro y hacer una peregrinación con tal objeto, y expuso su pensamiento al Prelado diocesano para que le diera su beneplácito.

Desde que el Excmo. D. Saturnino se había trasladado á la archidiócesis de Burgos, que fué en Abril de 1883, gobernaba la diócesis de Leon en concepto de Vicario Capitular el M. I. Sr. don Cayetano Sentís, Canónigo Doctoral de la misma Iglesia, el cual se opuso á los piadosos deseos de la M. Priora, por las dificultades y peligros que el

proyecto traía consigo, aunque sí aprobó en principio la idea de hacer una petición á todas las diócesis de España, en distinta forma que la Madre deseaba.

Meditado el asunto, pensó ella misma en remitir una circular impresa á los Sres. Obispos y Clero de España, exponiendo la aflictiva situación de las monjas é implorando el auxilio de sus limosnas. La M. Adelaida se encargó de redactarla y el Excmo. Sr. Arzobispo de Burgos se ofreció á costear los gastos de impresión y á enviarla con su recomendación á distintos puntos. En el *Boletín del Clero del Obispado de Leon*, correspondiente al 1.º de Noviembre de 1883, apareció bajo el título de *Un clamor* la citada circular, que en hoja suelta, se remitió á todas las diócesis de la Península. Estaba firmada por la M. Adelaida y recomendada por el M. I. Sr. Gobernador eclesiástico, D. Cayetano Sentís.

Vamos á trasladar íntegro este hermoso documento en que resplandecen la humildad y sencillez de la Madre, á la par que otros dones con que el Espíritu Santo favorecía su alma. Hélo aquí:

“Un clamor á los corazones de mis Excmos. é Ilmos. Padres y Sres. Cardenales, Arzobispos, Obispos, Canónigos y Venerables Curas de toda nuestra amada y católica España.—El Espíritu Santo llene los corazones de mis amados Padres en Jesucristo.—Soy una pobrecita Carmelita descalza é indigna hija de vuestra compatriota Santa Teresa de Jesús. En el cambio de Gobierno civil de Guatemala (Centro América) los nuevos Gobernantes, por permisión de Dios, desterraron á nuestro amado Pastor el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo doc-

tor D. Bernardo Piñol y Aycinena, quien se refugió bajo la bandera española en la Habana. También exclaustraron á todos los religiosos y religiosas, y tomaron posesión de sus conventos y bienes. En esta angustiosa necesidad, sin casa ni fondos, salimos en pos de nuestro anciano y afligido Pastor (y por disposición suya) en busca de un asilo tranquilo, donde pudiéramos seguir nuestra amada y sagrada profesión. Estando en la Habana, una persona piadosa, compadecida de nuestra triste situación, nos socorrió con una donación de 40 000 pesos para que hiciéramos con ella una fundación de nuestra Orden en el lugar que escogiéramos. Por el grandísimo amor que tenemos á España, nuestra *patria materna*, después de haber cruzado una parte del Pacífico y el fuerte mar Caribe, nos animamos fiadas en la Divina Providencia, á pasar el peligroso cabo Hatteras y todo el tempestuoso Atlántico hasta llegar contentas y alegres á esta patria de nuestro amor, desembarcando en Cádiz el día de Pentecostés del año 1831. El día 14 de Junio llegamos á esta diócesis de León, adonde nos recomendó nuestro Excmo. é Ilmo Prelado de Guatemala. Vinimos con la seguridad de nuestra donación, entendiendo que redituaba en Cuba el 12 por 100. Hicimos un trato para la compra del conventico arruinado en esta villa de Grajal, con su huerta, y tratamos de hacerlo habitable por un contrato con maestros de obras, pues solamente los cimientos y parte de algunas paredes eran servibles. Ambos tratos hicimos confiando completamente en que no faltarían mensualmente los fondos necesarios de Cuba. Apenas habíamos llegado aquí, cuando murió repentinamente nuestro amado y desterrado Pastor de un ataque de apoplejía, no dándole Dios tiempo para explicación alguna de nuestros intereses; y esta inesperada muerte nos tiene sumidas en la miseria, pues no se ha podido obtener dinero para pagar el terreno y obra, y nos encontramos con la deuda de 5.000 pesos y sin coro bajo, las necesarias celdas y habitaciones. Si hubiéramos previsto esta desgracia no nos hubiéramos atrevido á venir aquí, á pesar de nuestro amor á la patria; pero teniendo más que lo necesario para nuestra fundación, y aún con esperanza

de socorrer á algunos pobrecillos de la villa donde nos estableciéramos, vinimos firmes, tranquilas y seguras.

Ahora sólo nos resta la humillación y resignación en las disposiciones Divinas; y para poder pagar nuestra deuda y concluir la humilde fábrica de nuestro conventico, pedimos, en la angustia de este naufragio de nuestras esperanzas, de cada uno de los dignísimos Prelados de todas las diócesis de España y cada individuo de su venerable Clero, la limosna que buenamente puedan darnos por amor de Dios. Ofrecemos en retorno trabajar en ser buenas hijas de nuestra gran Madre, y de esta manera merecer ser coadjutoras de los Prelados y sacerdotes españoles. Nos arrojamos, pues, amadísimos Padres, en su misericordia, como el afligido hijo en los tiernos y protectores brazos de su buen Padre, esperando que bondadosamente escucharán nuestro humilde pero ardiente clamor, dándonos una piadosa y paternal mano para salir de la angustia en que nos encontramos; lo que Dios y nuestra agradecida Madre Santa Teresa de Jesús pagarán á todos en su vida y en la hora de su muerte. De todos pide la santa bendición su menor sierva é hija en Jesucristo.—*María Adelaida de Santa Teresa*, Priora, C. D.—Convento de Cristo Crucificado, Grajal (provincia de León) 15 de Octubre de 1883,.

Este sentido clamor no podía menos de encontrar eco en los hijos de esta hidalga tierra. Fué de ver cómo de casi todos los puntos de la península, llegaron al convento de la humilde villa de Grajal mil voces de consuelo y óbolos de caridad, pálido reflejo de la viva impresión que en todas partes produjo la triste situación de las Carmelitas, descrita en la circular de la M. Adelaida. Casi doscientas cartas conservo en mi poder, de personas de todas clases y condiciones, en las cuales se revela bien el cariño y compasión que las religiosas desterradas lograron inspirar. En lo restante de

aquel año, en todo el 84 y aun después estuvieron recibiendo constantemente algún consuelo y alguna limosna. Prelados como los Excelentísimos é Ilmos. Sres. Arzobispos y Obispos de Toledo, Burgos, Granada, Santander, Palencia, Lugo, Vitoria, Cuenca, Málaga y otros; cabildos y dignidades eclesiásticas, señores Marqueses de Nájera, Riscal, Montevirgen, Conde de Oñate y otras personas distinguidas, y muchísimos sacerdotes, comunidades religiosas y personas seculares contribuyeron á levantar de su abatimiento á las afligidas monjas con su generosidad y desprendimiento.

También remitió la M. Adelaida algunos ejemplares del *Clamor* al extranjero, y también allí encontró eco favorable. El P. Caffety desde Savannah, la carmelita M. Luisa desde Baltimore, la hermana Irene desde Nueva York y otras personas amigas desde otros puntos la remitieron algunas limosnas. El Sr. Marqués de San Carlos de Pedroso, su sobrino, la envió 500 pesos, y se había propuesto terminar por su cuenta las obras del convento, cosa que hubiera llevado á cabo, á no haber sufrido un gran quebranto en sus intereses, qué tenía impuestos en un Banco de Francia, que por entonces se declaró en quiebra. A Guatemala no quiso mandar su circular, por no afligir á las familias de las monjas, pero recibió también de allí algunos donativos, siendo uno de los principales donantes el Sr. D. Manuel Herrera, padre de la actual Priora, que se suscribió por 2.000 pesos.

Es también digna de mención la colonia del

mismo Guatemala residente en Madrid, que por tres veces remitió á las religiosas, por mediación del excelente caballero D. Joaquín Palacio Gorbea, respetables cantidades, que en junto se elevaron á 4.000 pesetas.

Otro no pequeño socorro recibieron en el año 1884. Por iniciativa del Sr. Gobernador Eclesiástico, D. Cayetano Sentís, durante el verano de dicho año, dos jóvenes seminaristas, D. Tomás Casado, hoy digno Párroco de Vega de Ruiponce, y D. Juan Garrido, que ahora desempeña el mismo cargo en Saelices del Río, recorrieron en peregrinación, con la venia del Ilmo. Sr. Obispo de Vitoria y del Sr. Gobernador civil de la provincia, gran parte de aquella religiosa diócesis, recogiendo limosnas para las monjitas, logrando reunir más de 500 duros.

Al año siguiente repitieron la peregrinación otros dos seminaristas, D. Esteban Martínez y D. Gil Fernández, hoy Párrocos de Capillas y Villamizar, respectivamente; pero la invasión de la epidemia colérica les obligó á desistir luego de su incoado viaje.

Con las limosnas recogidas pudieron las monjas ir saliendo de apuros, haciendo el pago del convento y de las obras practicadas; pero ¡cuántos sufrimientos y privaciones las costó el llegar hasta aquí! Tiempo hubo en que llegaron á carecer hasta de lo más necesario, teniendo que desayunarse algún día con agua de cebada tostada, que donosamente llamaban café carmelitano, en sus-

titución del chocolate, que sólo se servía á dos hermanas enfermas. En cierta ocasión que la Madre Priora no contaba con más fondos que una peseta, tuvo que emplearla en sellos de correos para implorar la caridad de algunas personas en tan apremiante necesidad. Pero la amorosa Providencia del Señor velaba cariñosamente sobre sus esposas, y aunque las probaba en el crisol de la tribulación para purificar más sus almas y hacerlas participantes de los méritos de su cruz, nunca las desamparó en los momentos al parecer más desesperados. Las contradicciones parecen el sello que el Artífice divino graba en las obras más gloriosas de sus escogidos, para acreditar así el noble abolengo de su procedencia, y siendo la fundación del convento de las Carmelitas una verdadera obra de Dios, erigida para su mayor gloria y bien de las almas, no podía dejar de estar autorizada con ese celestial timbre.

## CAPÍTULO XXIX

### FLORECIMIENTO DE LA OBSERVANCIA EN EL NUEVO CONVENTO

Apesar de las críticas circunstancias por las que, según hemos visto, atravesaba la M. Adelaida, del trabajo que la imponía la paulatina continuación de las obras y de los desvelos y sufrimien-

tos que la causaba la necesidad de allegar recursos con que sostener su Comunidad, teniendo que mantener para ello una larga y complicada correspondencia; no desatendía sin embargo, un sólo instante lo principal y más necesario, que era su santificación y la perfección religiosa de sus monjas, que deseaba fuese en todo ajustada al verdadero espíritu teresiano. Su constante aspiración, desde que se la ofreció en la Habana el espléndido donativo, fué, no tanto erigir un convento material, cuanto fundar una Comunidad que emulara la observancia y virtudes de los que en el famoso siglo de oro de nuestra historia patria fundara la esclarecida Santa Teresa de Jesús. Por eso hizo objeto de continua meditación y estudio los medios más adecuados para arraigar en sus hijas una sólida perfección.

No contenta con la experiencia adquirida en los largos años que llevaba de vida religiosa, desempeñando en la mayor parte de ellos los cargos en que mejor se puede adquirir los conocimientos necesarios para la dirección de una Comunidad y tocarse las dificultades que la misma ofrece; desconfiando de sí misma, con la sencillez y humildad que la caracterizaban, procuró informarse en todas las dudas y consultar hasta los detalles más insignificantes con las personas que podían darla luz en los asuntos.

Fuera de no hacer ni emprender nunca nada sin el beneplácito de sus inmediatos superiores, acudía también á quien la parecía tener autoridad

para dar oportuno dictamen. Ya en Guatemala, Savannah y Yonkers, había entablado correspondencia con el P. Fr. Pascual de Jesús María, antiguo Procurador General de los Carmelitas de España en Roma. Residiendo este religioso en la Ciudad Eterna al lado del P. General de la Orden Carmelitana, nadie como él podía informar á la M. Adelaida en cuantas dudas pudieran ocurrirla. La venerable Fundadora se valía de este Padre, ya para hacer consultás sobre algunos puntos al P. General, ya para que la enterase de la práctica de ciertos usos y costumbres santas de los conventos más observantes y hasta de algunas ritualidades relativas á los oficios divinos, ceremonial propio de la Orden y otros puntos más ó menos importantes; en todo lo cual revelaba su gran celo y discreción. Aquí en España, en donde florecen tantas casas de religiosos carmelitas de ambos sexos, la fué más fácil que en América asegurarse en sus dudas, sin acudir tan frecuentemente á Roma; y así procuró hacerlo, como se desprende de varias cartas procedentes de Ávila, Alba de Tormes y otros puntos, en las que se contesta á varias preguntas que la Madre había hecho á los religiosos ó religiosas, relativas todas á puntos de observancia de la Regla, Constituciones, Ceremonial y piadosas tradiciones de la Orden.

A estos medios, que servían para ilustrarla y dirigirla, unía otros que sirvieran de estímulo poderoso á sus hijas para llevar á la práctica con exactitud y diligencia todas las observancias. Te-

nía por esto gran cuidado de que la Comunidad hiciera anualmente los ejercicios espirituales bajo la dirección de los PP. de la Compañía de Jesús, y aprovechaba todas las ocasiones que durante el año se la presentaban para que las religiosas oyesen la divina palabra y tratasen los asuntos de su espíritu con celosos y experimentados Directores.

Ayudóla también mucho en su noble tarea el virtuoso P. Capellán y confesor ordinario, D. Bernardo Gómez, quien, encargado desde el día de la fundación por el Ilmo. Sr. D. Saturnino de la dirección espiritual de las monjas, trabajó con generosidad y celo incansables, por la prosperidad y florecimiento, no sólo espiritual, sino aun material del convento. Favorecida con la dirección y el consejo de tan excelentes auxiliares, consiguió desde un principio hacer que floreciesen la perfección y observancia religiosas, en sus amadashijas, ya tan bien dispuestas á copiar en sus almas un fiel traslado de las virtudes de la insigne Reformadora de la Orden Carmelitana, su Santa Madre, Teresa de Jesús.

Pero la causa más eficaz, el más poderoso estímulo y el medio que más decisiva influencia ejerció en el ánimo de aquellas fieles esposas de Cristo para abrazarse estrechamente con la Cruz y aplicarse los méritos de la sangre tan generosamente en ella derramada, en virtud del ejercicio y constante práctica de las virtudes evangélicas, fué, sin duda alguna, el ejemplo de la Madre Priora. Todos sus actos eran un modelo anticipado de

las lecciones que proponía á sus hijas, y antes que éstas recibieran una enseñanza de los labios de su celosa Madre, ya la habían visto reflejada en sus obras.

Exhortábalas á vivir estrechamente unidas á Dios por la oración y la contemplación, cuando ellas podían ya haber observado lo embebida y aborta que andaba en Dios. Si aconsejaba á sus monjas que viviesen desasidas de todo humano afecto y natural apego á las criaturas, ya tenía probado en sus obras cuán lejos estaba su corazón de todo lo que no fuera Dios y su gloria. Recomendábalas el recogimiento y el silencio como virtudes muy necesarias á una carmelita, y ni aún siendo Prelada la vieron nunca quebrantar esta tan penosa ley. Humildad y caridad; estas palabras estaban siempre en sus labios, porque constituyen, decía, el fundamento de la perfección y felicidad de las comunidades religiosas; y cuántos y cuán hermosos ejemplos dió siempre de estas hermosas virtudes.

Su humildad era sincera y profunda; viéndose-la algunas veces, ya entrar en el refectorio con cadenas al cuello para decir sus culpas, ya desempeñar los más humillantes oficios, ya hacer algunas preguntas á las mismas novicias, para que éstas no la juzgaran tan lisonjeramente, ya ocultando su talento y habilidades, ya sujetando su dictamen á la menor insinuación de su confesor ó de sus superiores.

No era menos ejemplar en la caridad, demos-

trándosela muy ferviente y constante á sus hijas, amonestando á unas, corrigiendo á otras y consolando á todas. Poseía discreción y virtud para amoldarse á todos los caracteres y á todas las circunstancias, haciéndose, como San Pablo, toda para todas, para ganarlas á todas.

Era inexorable y enérgica cuando se trataba de faltas de observancia, no consintiendo que por una imprudente condescendencia se introdujera la menor relajación. Para conservar su autoridad, se esmeraba en mantenerse igual para todas, y si con alguna observaba más rigor, era con la que la demostraba más cariño.

A pesar de su avanzada edad y de sus achaques, agravados con tantas tribulaciones, seguía los actos de comunidad como la última religiosa, no admitiendo ninguna preferencia ni dispensándose de ninguna mortificación.

Una cosa llamaba la atención en su persona, á pesar del rigor y energía que desplegaba por el exacto cumplimiento de la Regla y Constituciones, era admirable la sencillez y suavidad con que procuraba hacer agradable á las monjas su cumplimiento, levantando su espíritu si le veía abatido, regocijándolas con sus gracias y donaires, tomando parte en sus inocentes recreos y jugueteando con las mismas novicias; porque á todas, decía ella, quiero con santa libertad de espíritu, con generoso corazón y alegre semblante.

Nadie se sustraía á sus cuidados; las enfermas encontraban en la Priora una madre cariñosa y

solícita, las afligidas por algún pesar, alguna tribulación ó desgracia de familia, corrían á sus brazos seguras de encontrar en su cariño y en sus palabras bálsamo para sus dolores. Las mismas Hermanitas legas, que por desempeñar el oficio de Marta, parecían más sustraídas á los efectos de su caridad, fueron objeto especial de su predilección. Para su honra y solaz, instituyó una fiesta familiar, que se celebra todos los años en el convento el día de Santa Marta, la cual era amenizada por la misma Madre con poesías y cánticos, y con otros obsequios y regalos á las monjitas citadas.

Todos estos cuidados y desvelos no la impedían mantener correspondencia personal y escrita con los muchos bienhechores del convento. Su agradecidísimo corazón no la permitía dejar sin una singular muestra de gratitud el menor beneficio, y esto mismo la granjeaba mayores simpatías por todas partes. Por eso, á pesar de hallarse situado el convento en una pequeña villa, era visitado frecuentemente por toda clase de personas, deseosas de conocer á las edificantes monjas y favorecerlas en lo que pudieran. Nadie se acercaba á sus cerradas y espinosas rejas sin salir prendado de la virtud, ilustración, delicadeza y candor de la M. Adelaida, y edificado del excelente espíritu de su Comunidad.

Conocí á un anciano párroco, que desconfiando de las alabanzas que había oído tributar á la Madre Priora, quiso, como en otro tiempo la reina de

Sabá con Salomón, hacer prueba de su talento y virtudes, á fin de dar consejo á una virtuosa joven, su feligresa, que aspiraba á ingresar en el convento. Hizo para ello un viaje exprofeso á Grajal, y después de haber visitado á la M. Adelaida y á sus monjas, confesaba, como la ilustre visitante del rey sabio, que aún eran más grandes las cosas que veía que las que le habían contado, y animó á su feligresa á tomar el hábito carmelitano, siendo en la actualidad una ejemplar religiosa.

Otras muchas personas conozco, que han visitado y tratado á las monjas, algunas de las cuales ocupan elevados puestos en la gerarquía eclesiástica y civil, y á todas he oído confesar haber experimentado en sí mismas semejantes impresiones y formado tan ventajoso juicio. Esta era la mejor recompensa á que aspiraba nuestra insigne Madre, la perfección religiosa de sus hijas para gloria de Dios, el acrecentamiento de su pequeña grey y la edificación de las personas que se dignaban visitar su retirado convento. Todo llegó á conseguirlo con su constante laboriosidad y esfuerzo. De todas partes acudieron jóvenes virtuosas á profesar bajo su dirección la austera regla carmelitana. Leon, Palencia, Álava, Valladolid, Vizcaya, Pontevedra, Logroño, Salamanca, Oviedo y otras provincias y aun la misma Guatemala, vieron salir de su seno virtuosas doncellas, que fueron á formar parte de la ya célebre comunidad carmelitana de Grajal, y á emular con celo y desprendimiento, verdaderamente evangélicos, las

grandes virtudes y claros ejemplos de las primeras hijas de la gran Santa Teresa de Jesús.

## CAPÍTULO XXX

### NUEVAS TRIBULACIONES Y NUEVOS CONSUELOS

Esta parece que ha sido siempre la suerte de las almas escogidas por Dios para llevar á cabo grandes empresas, una alternativa constante de grandes tribulaciones y grandes consuelos, de grandísimos trabajos y no menores recompensas, de viajes sucesivos del espléndido Tabor al sublime y majestuoso Calvario. Tal podemos decir que es el resumen de la vida de la M. Adelaida. En medio de sus mayores tribulaciones, solía brillar la luz esplendorosa de lo alto que la inundaba de espirituales consuelos, y cuando, como San Pedro en el Tabor, parecía suplicar al Señor la conservase en aquel delicioso estado, entonces el cielo recogía sus rayos, y el Salvador volvía á conducirla en la humilde apariencia de Hijo de María por la erizada cumbre del Gólgota. A sus consuelos vinieron á suceder nuevas penas y á estas penas nuevas alegrías.

Las limosnas recogidas en los cuatro años que llevaba de existencia la fundación, habían servido para satisfacer los pagos del contrato del convento y sus obras, y para ir cubriendo las necesida-

des de las monjas, aunque con poca holgura. ¿Pero qué importaba tener convento, si no se aseguraba para lo porvenir la subsistencia de las religiosas? ¿Cómo importunar continuamente á las almas generosas que hasta entonces las habían favorecido? Estos problemas se ofrecían constantemente á la consideración de la M. Adelaida, que se preocupaba mucho en dejar asegurada la sustentación de sus hijas, con el fin, decía, de que éstas se ocuparan sólo en Dios y en su propia santificación. ¡Cuántos desvelos la costó este pensamiento! ¡Cuántas noches pasó de claro en claro, suplicando al Señor nuevo y poderoso amparo para sus amadas hijas!

No podía su Divina Majestad mostrarse sordo á oraciones tan fervientes y con tanta perseverancia elevadas á su trono; y quiso revelar una vez más su protección y sus bondades sobre esta ejemplar Comunidad. Había escrito la Madre una carta al P. Valentín Salinero, de la Compañía de Jesús, residente en la Habana, exponiéndole la situación á que se hallaban reducidas, y rogándole que, pues la ilimitada confianza del difunto señor Arzobispo, tan conocido y amigo suyo, había dado en parte ocasión á la pérdida de su capital, trabajase ahora algo para socorrerlas.

No descuidó el celoso Padre el asunto de sus queridas Carmelitas, recomendándolas á la caridad de muy distinguidas personas, entre ellas, á la piadosísima Sra. D.<sup>a</sup> María Regla de Silva, viuda de Fuente y Franco, quien, deseando aliviar la suerte de las monjas, consignó en su disposi-

ción testamentaria, otorgada ante el notario público D. Miguel Nuño, en la ciudad de la Habana, el 1.º de Marzo de 1886, un respetable donativo para las Carmelitas de Grajal, consistente en valores públicos que poseía en España, con las cargas piadosas siguientes: 1.ª Que se celebraran en la iglesia de las monjas dos misas rezadas todos los meses por el alma de la testadora, y otras dos por su difunto esposo y seis en sus respectivos aniversarios. 2.ª Tener siempre lámpara encendida delante del Santísimo Sacramento. 3.ª Hacer los primeros viernes de cada mes una pequeña función en honor del Sagrado Corazón de Jesús. 4.ª Finalmente, que se concediera un dote á una joven que había de llevar su nombre y vivir en el convento como religiosa de coro, y á su fallecimiento fuese reemplazada por otra y así sucesivamente.

En Diciembre de 1887 fué comunicada esta disposición testamentaria al Ilmo. Sr. Dr. D. Francisco Gómez Salazar, Obispo de la diócesis, que venía rigiendo sabiamente desde Septiembre del año anterior el obispado legionense. El dignísimo Prelado se apresuró á participársela á la M. Adelaida el 22 de dicho mes en una afectuosa carta, que comienza con las bellas palabras con que los ángeles anunciaron el nacimiento del Mesías, y que en tal época repite con tanto regocijo y entusiasmo la Iglesia: *Gloria in excelsis Deo*.

Al recibir la Madre tan buena nueva, no pudo menos de bendecir y cantar las misericordias del

Señor, que de modo tan singular y extraordinario favorecía y socorría á sus fieles esposas en tan críticos y angustiosos momentos. Con la debida autorización del Ilmo. Prelado, legalmente concedida el 2 de Julio de 1888, aceptó el donativo con todas las condiciones que la caritativa testadora se había servido consignar, y así se comunicó por el mismo Sr. Obispo y por la Madre á la Habana, para disponer luego los medios necesarios á fin de hacer efectivo el legado.

Una dolorosa circunstancia vino á facilitar á la M. Adelaida la manera de activar personalmente este asunto. Hacía ya algún tiempo que padecía de la vista, efecto de habérsela formado unas cataratas que había tratado de operar, aunque sin gran resultado, un señor oculista de Valladolid. Como el mal se agravaba cada vez más, se vió en la necesidad de solicitar licencia del Nuncio de Su Santidad para ir en compañía de otra religiosa y del virtuoso P. Capellán á la capital del reino, á fin de ver si allí encontraba quien la diese algún alivio. El Sr. Nuncio facultó al Ilmo. Sr. Obispo de Leon para conceder la licencia, y éste, en uso de tales facultades, concedió á la Madre el oportuno permiso el 13 de Marzo de 1889.

Hasta el 19 de Mayo no emprendió el viaje, que hizo acompañada de la M. Dolores, que hacía ya tiempo la servía de Secretaria y del citado P. Capellán. Hospedáronse en casa del Excmo. Sr. Marqués de Fuente-Fiel, siendo objeto de las mayores atenciones por parte de todos los miembros de

aquella distinguida familia, que quedó encantada de las cualidades y distinguido trato de la Madre, diciendo que habían visto una humilde carmelita, que en su conversación y en sus modales parecía una persona real. Hecha la consulta de su padecimiento con los facultativos más acreditados, opinaron éstos que la catarata de un ojo ya no tenía remedio, y la del otro, no estaba en disposición de ser operada.

Dolorosa impresión causó en nuestros viajeros la declaración de los Doctores, resignándose á volver al convento sin la satisfacción de haber logrado su objeto. No resultó, sin embargo, inútil su viaje, pues en los días que permanecieron en Madrid, logró la M. Adelaida hacer efectivo el legado de D.<sup>a</sup> María Regla de Silva, y recibir la cantidad importante, no poco mermada por las operaciones que hubo que realizar y derechos reales que se devengaban.

Aprovechó también su estancia en la corte para visitar á S. M. la Reina Regente, al Rey niño y á las Sras. Infantas. D.<sup>a</sup> Isabel quedó admirada de la capacidad y dotes de nuestra Madre, manifestando de una manera muy expresiva el ventajoso juicio que de ella había formado.

También visitaron al Ilmo. Sr. Obispo de la diócesis, que lo era á la sazón el Sr. Sancha, quien dió á las dos religiosas una agradable sorpresa, llevándolas á pasar un día con sus Hermanas Carmelitas del Pardo, cuyas religiosas conservan hasta hoy gratísima impresión de tal visita, por la ad-

miración y afecto que las mereció la M. Adelaida.

Realizado el fin que á la capital habían llevado, regresó la Madre con sus dos acompañantes al amado convento, sin haber conseguido para su malestar el apetecido remedio; pero con el gran consuelo de traerle para socorrer la necesidad temporal de sus hijas, cosa que deseaba con más ansia que su propia salud. El buen Dios la concedía al fin respirar con algún desahogo, después de tanto aprieto.

## CAPÍTULO XXXI

### ÚLTIMOS AÑOS DE LA VIDA DE LA M. ADELAIDA

La austeridad, los muchos sufrimientos y lo avanzado de la edad iban poco á poco agotando las fuerzas de la M. Adelaida. Ella, que no dejaba de conocerlo, en vez de procurar algún descanso, redoblaba sus esfuerzos para dejar á sus monjas bien asentadas en el nuevo convento y con algunos recursos, para que no se volviesen á ver en la pasada necesidad. Decía que no quería dejar á sus sucesoras cuidado por lo temporal, porque sabía por experiencia propia cuán grande era este trabajo.

Con el auxilio del nuevo donativo hizo coro bajo, de que carecían, y construyó las oficinas y dependencias, que no había podido terminar an-

tes por la falta de recursos. Otro medio adoptó para asegurar el decoroso sustento de la Comunidad: después de consultar con el sabio Prelado de la diócesis y con el Rmo. P. General de la Orden, solicitó de Su Santidad permiso para admitir más religiosas que las señaladas en las Constituciones, que fijan el número de veintiuna, y con la condición de llevar doble dote del ordinario. Accedió benignamente el Soberano Pontífice, concediéndolas esta gracia por espacio de diez años, concesión que muy pronto tuvo el gran consuelo de ver aprovechada por cinco excelentes jóvenes que pidieron el hábito carmelitano, á las cuales han seguido después otras no menos virtuosas.

Sus amantes hijas, que no podían menos de observar el improbable trabajo que pesaba sobre su buena Priora y la suma diligencia que ponía en perfeccionar todos los detalles del convento, la exhortaban cariñosamente á que tomara algún reposo; pero ella las replicaba con sencillez: "Hijas mías, siento que el Señor me dice: date prisa, que te resta poco,,.

Ahora bien, si tal celo mostraba por las cosas puramente temporales, pero necesarias para sus hijas, ¿cuál no sería su diligencia y fervor en adornar su alma con las virtudes religiosas para prepararse á la muerte, y en procurar que sus monjas fuesen discípulas dignas de Santa Teresa de Jesús? Ni su edad, ni sus trabajos, ni el padecimiento de la vista, fueron causa para mitigar su rigor en la observancia. Practicó los ayunos de la

Orden hasta el último año de su vida, no libró á su cuerpo de los rigores de las disciplinas y otras ásperas penitencias, dormía algún día cada semana sobre una dura cruz, y un madero le servía no pocas veces de almohada donde reclinar su cabeza. Comía poco y dormía menos, pues en estos últimos años nunca pasó su sueño de dos horas, maravillándose las monjas de que pudiera vivir.

Algunas veces, viendo su extremada debilidad, procuraban servirla alguna cosita extraordinaria en la comida para que no desfalleciese, y como su modestia era tan grande, que no miraba nunca en el refectorio á las demás, extrañando el extraordinario alimento, preguntaba á la que tenía más próxima si á todas se había servido aquello, y como la contestase negativamente, no lo tocaba. Llegó en su delicadeza y mortificación á imponer por obediencia á las monjas que ni en la comida ni en ninguna otra cosa la sirviesen diferente que á las demás, y si alguna vez lo quebrantaran, que juzgasen habían cometido una falta, que debían confesar antes de comulgar. Un día que la Hermana enfermera creyó necesario, aún sin consejo facultativo, prepararla una cosita porque la veía muy debilitada, recibió de la M. Adelaida una reprehensión y la impuso por castigo el que ella misma lo tomara sentada en medio del refectorio, añadiendo: "Hija mía, el día de mi profesión dije: sin mitigación hasta la muerte.,,

No era menos observante en los demás actos de Comunidad, especialmente en la asistencia al

coro. Á pesar de ver con un solo ojo, y muy poco, no dejaba de rezar el Oficio divino. Para no verse en la necesidad de dejarle, pidió de limosna un breviario de letra gruesa, y sirviéndose de una gran lente, acompañaba el coro con voz correcta y devotísima, en lo que siempre puso y trabajó porque sus monjas pusieran gran esmero, porque estamos obligadas, decía, á dar al Señor toda la voz que Él nos ha dado, y ni un "Amen," debemos dejar de pronunciar por negligencia ó descuido. Para poder rezar de noche los *Maitines* con las monjas, colocó debajo de una buena lámpara belga una mesita para sostener el atril, hecho á propósito para su breviario, lo cual hubo de costarla un terrible susto cierta noche que se incendió y estalló sobre su cabeza. Tal amor, en fin, tenía al Oficio divino, que decía que si llegaba á perder completamente la vista, estaría como la lámpara que arde y se consume constantemente delante del Santísimo Sacramento, como deseaba que ardiese y se consumiese su vida en presencia de Jesús Sacramentado.

Mayor celo y amor, si cabe, tenía por la oración mental, que era su ocupación predilecta y casi continua, sirviéndola todas las criaturas para elevar su espíritu y arrebatarle en amorosa contemplación de las divinas perfecciones y de las eternas verdades: las mismas ocupaciones y trabajos, que parecía debían absorber toda su atención, la estimulaban á vivir más unida á Dios y más desprendida de las miserias de la vida, cuya

triste realidad palpaba. Siendo el alma de la vida religiosa el espíritu de oración, no se contentaba con adquirirle para sí, sino que procuraba que sus monjas brillasen principalmente en esta virtud. Para ello dirigía por sí misma las meditaciones, con tal sabiduría y gracia, que las religiosas quedaban embelesadas, cual si oyesen á un consumado doctor místico. Sobre todo (escribe una de las monjas), cuando nos hacía aplicar las potencias y sentidos á la consideración de la vida y sagrada Pasión de Jesucristo, nos le representaba tan á lo vivo, que parecía traer siempre presente la Humanidad sacratísima de Jesús en su alma.

De los sucesos más sencillos de la vida deducía hermosos puntos de meditación y lecciones muy provechosas al alma. Tenían en la huerta dos enjambres en cierta ocasión, y notaron las monjas que las abejas habían desaparecido; pasado algún tiempo, la M. Adelaida mandó destaparlos y se halló á las abejitas muertas y dentro una especie de gusano grande. De este acontecimiento tan sencillo tomó la materia para los puntos de meditación del día siguiente, haciendo comparación de la colmena con el convento y de las abejas con las monjas y de la pecadora y poco ejemplar que, como el gusano, vendría á echar á perder toda la Comunidad; y exponiendo esta terrible desgracia con tal viveza, que las monjas temblaban de espanto ante el peligro de llegar á ser como el gusano destructor.

Aprovechaba todas las oportunidades: ya ha-

ciendo punto de meditación el Evangelio de las Dominicas, principalmente, ya los misterios celebrados en las distintas festividades, ya las verdades eternas acomodadas á la presente necesidad. Atendía, en especial, á que se sacase fruto de este santo ejercicio, porque decía: "No piensen, hijas mías, que con estar en el coro las dos horas de oración muy fervorosas está hecho todo; en donde se conoce si han hecho bien la oración es en la práctica de las virtudes sólidas, porque éste es su fruto principal.,,

Mostraba también exquisito esmero en todo lo que se refería al culto divino; eran de ver su diligencia y su afán en cuidar de que los ornamentos y vasos sagrados y todo lo demás necesario para la celebración del santo sacrificio estuviesen limpiísimos y aun perfumados con suaves aromas, y hasta tal punto llevaba en esto su cuidado, que puedo por mí mismo asegurar que cuantas veces tuve la satisfacción de celebrar en el convento, siempre me pareció que aquel día estrenaba los ornamentos, y hasta misal, vinajeras y campanilla, á pesar de que su situación no la permitía desplegar todo el esplendor y magnificencia que hubiera deseado.

Quando principalmente se manifestaban su sollicitud y su habilidad en esta materia, era al acercarse las grandes festividades de Navidad, Semana Santa y del Santísimo Sacramento: entonces no se daba punto de reposo, ni permitía á sus monjas ocuparse en otra cosa que en trabajar unánime-

mente en preparar la ornamentación del templo con tanto gusto como artística delicadeza, de modo que atraía á las gentes y las inspiraba grandísima devoción.

Este amor á Dios y á su culto redundaba también en ardiente caridad para con su prójimo. Amaba tiernamente á sus hijas, quisiera admitir en su comunidad sin dote á pobrecitas aspirantes que carecían de él, y hubiéralo hecho á no oponerse los superiores; lamentábase grandemente de que los *negros cuartos*, como ella decía, fuesen obstáculo á la vocación de almas virtuosas. Con los pobrecitos mostrábase tan generosa que, á no atarla las manos la obediencia, se quedaría siempre sin nada por socorrerlos.

Aun con los mismos que la habían causado algún mal ejercitaba esta hermosa virtud, propia de los hijos del Evangelio. No habló nunca con acrimonia de sus perseguidores; cuando se trataba de la pérdida de su capital en Cuba, y se la aconsejaba que tomase medidas enérgicas contra su apoderado, exclamaba: "Pobrecito mi prójimo, se puede desesperar si no tiene con qué pagar; no tengo corazón para oprimir á ese pobre,;" y en las mismas cartas que le dirigió, revela estos tiernos y nobilísimos sentimientos.

No menos quería que sus religiosas practicasen esta virtud tan necesaria en los claustros. Para ello las exhortaba á que se mirasen como hermanas en todo, prescindiendo de patria, de familia, de cualidades y aun de las simpatías naturales;

valiase de todos los medios para insinuarlas el amor fraternal. Estando un día de recreo reunidas todas las monjas, colocó sobre una mesa un número de alubias igual al de religiosas, fué luego separándolas dando á cada una el nombre de una de las Hermanas, y después de que cada cual conocía la suya, volvió á reunir las sin que pudieran ya distinguirse. "Así, dijo entonces, debéis ser vosotras, hijas mías; separadas en el mundo, unas érais de Guatemala, otras de los Estados Unidos, otras de Irlanda, otras de España, aquí ahora, juntas todas, sóis una misma cosa, con una misma fe y un mismo amor.". Con estas ingeniosas y suaves industrias conseguía hacer amables todas las virtudes á sus queridas hijas, que imitaban con celo siempre creciente los ejemplos de su santa Priora.

Pero los años no corrían en vano, la M. Adelaida presentía ya cercano su fin, sus trabajos habían sido grandes, sus sufrimientos interiores no pequeños; sentía agotadas sus fuerzas físicas. "Hijas, decía, estoy como un grano de café tostado, no puedo más,," y mostraba mucho deseo de declinar de sus hombros el peso de la dirección del convento, para dedicar los pocos días que le restaban de peregrinación sobre la tierra, exclusivamente á su Dios y á su alma.

Llegó el año de 1893, en que debía hacerse elección trienal de Priora, que siempre había recaído por unanimidad en ella; mas confiaba que sus hijas, compadecidas ahora de su estado, la librarían

de la pesada carga y la dejarían descansar los últimos momentos de su vida. ¿Pero cómo podrían las religiosas cumplir sus justos deseos? ¿Quién sustituiría á su buena Madre?

Sin darla cuenta solicitaron del Romano Pontífice permiso para reelegirla; pero ocurrió que al comunicarlas el M. I. Sr. Secretario de Cámara del obispado el beneplácito de Su Santidad, inadvertidamente dirigió la comunicación á la misma Madre, en vez de hacerlo al Sr. Capellán, como se había convenido. Al ver ella la licencia, de que no tenía noticia, se entristeció grandemente, y quejóse á las monjas diciéndoles: "Hijas mías, no me quieren bien al pretender imponerme nuevamente este gran trabajo,, y las rogó que desistieran de su pensamiento, porque deseaba un poco de tiempo para estar sola con Dios. La M. Dolores la replicó: "Madre ¡qué vergüenza no elegirla después de acudir á Roma por la licencia y qué sentimiento tendríamos todas! Dios la ayudará,,.

El día 13 de Abril debía verificarse la elección, á cuyo fin, el Excmo. Sr. Obispo D. Francisco Gómez Salazar, dió comisión al Sr. Arcipreste del partido D. Agustín Redondo. El día 11 preparó la M. Adelaida todas las cosas, libros, cuentas y demás, como si hubiera de entregar su cargo en manos de otra Priora, quedándose sólo con la llave de la caja y de la puerta reglar, que colgó en un clavito. Terminadas todas las operaciones, sentóse rendida, diciendo: "Muy cansada y vieja estoy, no quieren persuadirse que no valgo para nada,,. Hon-

da impresión causó en las religiosas el triste acento con que su Madre había pronunciado estas palabras; vieron ya con dolor que sus fuerzas se agotaban, que su ánimo se rendía y que la muerte se acercaba con silencioso, pero acelerado paso.

Desgraciadamente, no se equivocaban: llegaba la hora en que aquella grande alma fuese á recibir el premio debido á sus virtudes y á sus méritos.

## CAPÍTULO XXXII

### ÚLTIMA ENFERMEDAD Y SANTA MUERTE DE LA M. ADELAIDA

La M. Adelaida había cumplido su misión sobre la tierra, había realizado los destinos que la Providencia la encomendara en esta vida, y como árbol cargado ya de sazonados frutos, debía ser trasplantado al Paraíso para reverdecer allí por perpétuas eternidades.

La hemos dejado rendida por el cansancio y sentada unos momentos para descansar. Al poco rato se levantó para ir á visitar á Jesús Sacramentado; y tales ímpetus de amor llegó á experimentar, que exclamó, dirigiéndose á la Hermana Concepción, que la acompañaba: "Toda la vida estaría yo ante Jesús, como la lámpara que arde

ante el tabernáculo; consúmase así nuestra alma en el amor y servicio del Señor „.

Desde el coro fué á visitar á la Hermana Magdalena, que se hallaba enferma; estuvo unos momentos en medio de la corriente de aire que circulaba entre la puerta y la ventana, notando luego que el fresco la había causado mala impresión.

A la mañana siguiente amaneció acometida de un ataque cerebral. La Comunidad notó su falta en el coro, y temiendo la hubiera ocurrido alguna cosa al terminar las horas, fueron la M. Dolores y la enfermera á cerciorarse de la causa de su ausencia. Grandísimo fué su sentimiento, cuando al llegar á la celda vieron á su Rda. Madre en el lecho con síntomas de alguna grave dolencia. Preguntáronla qué sentía. “Hijas, no puedo levantarme, respondió, pero no se apuren, váyanse á misa „.

Regresaron al coro, aunque con sentimiento; mas terminado el santo sacrificio, la M. Dolores volvió á la celda, abrió la ventana y observando detenidamente á la Madre, comprendió que se hallaba realmente grave, y toda angustiada la preguntó: ¿Pero qué siente, Madre mía? Hija, creo que estoy grave, tengo frío y muchos dolores, no puedo mover los ojos, y lo que más siento es que está el Padre ausente. La M. Dolores la ofreció una medicina para ver si entraba en reacción; pero la rehusó diciendo que ni moverse podía.

Conocido por todas las monjas el estado de su querida Madre, fué grande la aflicción que recibieron, y con suma solicitud y cariño trataron de

consolarla y de conseguir su alivio. Avisaron inmediatamente al facultativo D. José Calcedo, médico ilustrado y respetable, que generosamente había visitado el convento en los días de estrechez y prueba, y apreciaba mucho á la Madre, habiéndola prescrito alguna vez el cuidar de su salud para bien de la Comunidad. Al verla, no pudo menos de enternecerse, y saliendo de la celda dijo á las monjas: "La Madre se muere, llamen inmediatamente al P. Capellán,,.

Este se hallaba en Sahagún, y la M. Dolores mandó á buscarle con urgencia. No tardó mucho en presentarse, y sorprendido al ver en tal postración á la santa Priora, la preguntó qué la pasaba: "Padre, que se le va la vieja, contestó ella,,. Pasó todo el día 12 sin que notase alivio alguno. Al siguiente, la misma enferma indicó al P. Capellán, que no se separaba de su lado, que creía se hallaba muy grave. El celoso D. Bernardo la expuso entonces la conveniencia de recibir los Santos Sacramentos, lo que hizo con gran devoción y fervor, acompañados de las lágrimas de sus monjas.

El médico D. José había determinado tener en este día consulta con algún otro compañero, más que para estudiar un remedio, que juzgaba ya imposible encontrar, para consuelo de la Comunidad. En efecto, llegó de la próxima villa de Sahagún el reputado doctor D. Juan Vaca, quien convino con D. José en la gravedad del accidente y en la proximidad de la muerte, que quizá no se hiciera esperar muchas horas. Ante esta declara-

ción se juzgó conveniente administrarla el sacramento de la Extremaunción, como se verificó á las siete de la noche. La pacientísima Madre, que permanecía inmóvil en el lecho, como en una cruz, recibió el sacramento de los moribundos con una serenidad, resignación y devoción incomparables.

El viernes, 14, empeoró, llegando á perder el conocimiento y el uso de los sentidos, que recobró por la noche, mandando entonces retirarse á descansar á todas las monjas, excepto á las Hermanas Beatriz y Paz, encargadas de asistirle aquella noche. La Madre, para que no estuvieran afligidas, las decía algunas gracias que las hacían reír. Notó esto la M. Dolores, que dormía en una celda próxima, y se fué á la de la enferma, para ver lo que aquello significaba; pero ésta la mandó de nuevo retirarse.

Amaneció el sábado, 15, y el P. Capellán, juzgándola algún tanto aliviada, quiso suspender para el domingo el darla la comunión. Fué enseguida á celebrar el santo sacrificio, mandando á la Madre que al tocar á la elevación, pidiese al Señor su salud. Volvió después D. Bernardo, y á ruegos de la M. Dolores, que desconfiaba de que la enferma llegase al día siguiente, se la administró la sagrada comunión á las ocho. Las monjas quisieron leerle las oraciones de acción de gracias; pero ella las dijo: "Déjenme, que tengo que hablar con Dios,,.

Estuvo en gran recogimiento un buen rato, y

luego se dirigió á las religiosas, diciéndolas: "Hijas, confórmense, no es la voluntad de Dios que viva más,,. Desde aquel momento ya no pensó más que en estar en íntimos coloquios con el celestial Esposo, dirigiéndole las hermosas jaculatorias, que en todas sus tribulaciones solía repetir: *In te Domine, speravi, non confundar in aeternum. Cúmplase en mí y en todas mis cosas la voluntad de Dios. Sean mis días, ¡oh, Dios!—manojos de mirra puros,—para mí acerbos y duros,—aromáticos á Vos,* y otras no menos devotas.

Dirigíase también con gran ternura á las monjas, repitiendo muchas veces: "Humildad y caridad; sean humildes y caritativas,,. Habló también á algunas en particular, haciéndolas especiales y provechosos encargos.

A las doce, mandó llamar á D. Bernardo, su celoso consejero y constante auxiliar en todas las empresas y trabajos de la fundación. Al presentarse éste, le encomendó el cuidado de sus monjas con estas tiernas palabras: "Queda V. de padre y madre de mis hijas,,. Después le manifestó el lugar donde deseaba que fuera sepultado su cadáver, indicándole, que á ser posible, quería que fuese en el coro bajo, á los piés de la hermosa imagen de Cristo Crucificado, colocada en medio del mismo. Ya en otra ocasión, hallándose con la Hermana Trinidad en dicho coro, tomó las medidas, diciendo: "¡Qué bien estaría aquí un sepulcro entre Jesús y la lámpara!,,.

Al salir de la celda, el P. Capellán, observó una

inmutación en la Madre, y tomándola por síntoma de que aquella vida se extinguía, pidió con urgencia los ornamentos sagrados y el Ritual para la recomendación del alma. Todas las religiosas se apresuraron á rodear el lecho de su moribunda Madre. La hondísima pena que sentían sus almas, brotaba por sus ojos en raudales de ardientes y silenciosas lágrimas. D. Bernardo, profundamente afectado, no atinaba con la página en que se hallaban las oraciones de la Iglesia por los moribundos. Viendo su aturdimiento, la Madre misma, con serenidad admirable, le dijo: "Al fin está, Padre,."

Terminada la lectura á que devotamente atendía, respondiendo cuando era menester, el mismo D. Bernardo la exhortó á dar la bendición á sus hijas. "Sí la daré, Padre; pero no puedo levantar el brazo,.". El Sr. Capellán se le levantó, y ella, con toda la efusión de su alma, las bendijo, repitiendo enseguida su anterior consejo: "Hijas mías, humildad y caridad,.". ¡Qué olas de amargura inundaron en aquel solemne momento el pecho amante de aquellas afligidas religiosas, que iban á quedar huérfanas!

Pocos momentos de vida restaban ya á la enferma, y aún la preocupaba el bien de su comunidad. Encargó á la Hermana Concepción, que lloraba de rodillas á sus piés, que cuidase de la imagen de Jesús sepultado que tenían en el coro alto, y de que nunca dejaran de celebrarse el viernes Santo las tres horas de agonía del Redentor y el descendimiento de la cruz. Hizo otros encargos á



la M. Dolores; y conociendo que se acercaba ya su fin y que el Señor la llamaba á su seno, con la plácida serenidad del justo, pronunció estas palabras, que fueron las últimas: "Ya se acabó. Adiós, adiós,,. Un momento después, á la una de la tarde, la santa Priora entregaba plácidamente su espíritu en las manos del Criador: se dormía entre los hombres para despertar entre los ángeles.

Con muerte tan preciosa á los ojos de Dios, terminó esta ilustre heroína su brillante y penosa peregrinación por la tierra, el día 15 de Abril de 1893, á los 75 años de edad, á los 50 de profesión religiosa, á los 19 de su exclaustación en Guatemala y á los 10 de la fundación de su convento de Grajal de Campos.

No es fácil describir la dolorosa impresión de sus hijas, ni el general sentimiento que en la villa causó la muerte de la M. Adelaida. Desde que se tuvo noticia de la gravedad de su mal, se había visto el convento asediado por aquellos cristianos habitantes, interesándose por su salud y ofreciéndose para todo lo que pudieran ser útiles; pero al saber ahora su fallecimiento, concurrieron todos presurosos á pagar el tributo de su veneración y cariño á la insigne Madre. Fué de ver el celo con que los hombres se disputaban el honor de abrir su sepultura, habiendo quien aseguraba que la misma Madre le había prometido cuando vivía que sería el preferido para este caritativo objeto: así se expresaba, derramando lágrimas el honrado albañil D. Pedro Cuesta, asíduo trabajador en

el convento, á quien, juntamente con su hijo Eugenio, se encomendó esta obra de misericordia.

Las monjas, pasados los primeros momentos de dolor, trataron de ofrecer los últimos honores á su buena Madre. Lavaron y amortajaron su cadáver (en el que nuevamente pudieron observar la cruz y clavos grabados en otro tiempo en su pecho) y le colocaron, según ordenan las Constituciones, en el suelo, sobre una colcha de lana.

A las cuatro se le bajó al coro, colocándole en una cama fúnebre, rodeada de seis grandes hachas, que ella misma había mandado hacer, diciendo que las estrenaría, como sucedió. Rezó la Comunidad el oficio de difuntos, velando luego toda la noche su cadáver.

Al día siguiente, á las once de la mañana, se celebró el oficio de sepultura, haciendo de preste el Sr. Capellán y de ministros asistentes D. Damián Sailices y D. Miguel de la Mota. El pueblo acudió en masa á tributar el último homenaje á la difunta, siendo buena muestra del gran amor que la tenían las ardientes lágrimas que brotaban de los ojos de todos.

El cadáver, expuesto en el coro bajo, fué objeto de las visitas y de la admiración de aquellos sencillos fieles. Conservábase flexible, el rostro sin mutación visible, y en tal disposición y apariencia, que los que le contemplaban creían que las monjas le habían preparado con alguna cosa á fin de que apareciese tan hermoso y apacible. Era, en efecto, tal la actitud y placidez de aquel

semblante, que parecía una estatua de mármol representando la imagen de la paz.

El sepelio no pudo verificarse hasta por la noche, por haber encontrado dificultades los albañiles al abrir el sepulcro. Reposaron al fin aquellos restos venerables á los pies de Jesús Crucificado, en cuyo corazón había reposado siempre la grande alma que temporalmente los había abandonado. Tal muerte correspondía á tan santa vida, y tan dichoso término á tan penosa peregrinación.

Esta mujer insigne, elegida por Dios para ser modelo de altas virtudes y llevar á cabo heroicas empresas, realizó perfectamente su destino sobre la tierra. Nacida de una familia ilustre, educada con especial esmero, dotada de una belleza no común, adornado su espíritu de talento y cualidades extraordinarios; todo lo consagró al Señor, todo lo sacrificó por Cristo, riquezas, familia, patria, idioma, belleza y placeres; ansiando por único patrimonio la Cruz. Dios se la cargó sobre sus valientes hombros, y ella la llevó sin vacilaciones ni desfallecimientos por la áspera pendiente del Calvario, hasta morir como el divino Redentor en sus abiertos brazos y volar desde ellos á los de su amantísimo y celestial Esposo en el Paraíso.

## CAPÍTULO XXXIII

## CORONA DE SIEMPREVIVAS

Modestos fueron los funerales de la humilde hija de Santa Teresa; no brilló en ellos la fúnebre pompa, última vanidad de los mortales, ni sobre su féretro se colocaron ostentosas coronas, ni en su sepulcro lisonjeros epitafios: una gloria más sólida estaba reservada á la virgen fiel. Era ésta un lugar preferente en las oraciones y en el corazón de los muchos admiradores de sus virtudes, un testimonio afectuoso y espontáneo, salido de innumerables pechos, y llevado en alas de innumerables cartas al retirado convento, para formar en torno de su tumba una *corona de siemprevivas*.

Así fué en efecto. De distintos puntos de España, de Guatemala, Cuba, Méjico, Estados-Unidos y Francia, llegaban diariamente á Grajal multitud de cartas de Prelados, sacerdotes, religiosos y seculares, inspiradas todas en el afecto más tierno á la M. Adelaida y en la admiración de sus virtudes, proponiéndolas como motivo de consuelo á sus afligidas hijas. Voy á entresacar algunos de los principales testimonios entre el centenar de cartas que aún conservan las monjas en su archivo.

El Procurador general de la Orden, Fr. Pascual

de Jesús María, de quien ya hemos hecho mención, decía en carta, fecha 10 de Junio: "Confío en que ya estará (la M. Adelaida) gozando de Dios y del premio de sus eximias virtudes, y lo mucho que ha trabajado por su gloria y por el bien de nuestra orden y de las almas,,.

El Ilmo. Sr. D. José Mazarrasa, Obispo de Ciudad-Rodrigo, que, como ya hemos visto, trató y ayudó á la Madre en su fundación, escribía á la nueva Priora lo siguiente: "Era buena, muy buena, su corazón era de ángel, al estilo del de la Madre Seráfica; está, no lo dude, con su divino Esposo, gozando el premio de sus virtudes y trabajos,,.

En el mismo día escribía también á las monjas el Ilmo. Sr. Obispo de Santander, diciéndolas: "Me parece que no debo comenzar, sino con las palabras de San Juan: *Beati mortui qui in Domino moriuntur*,, , haciendo luego grandes elogios de la venerable Madre.

El celoso Prelado de Comayagua, Ilustrísimo Sr. D. Manuel Francisco Vélez, escribió el 9 de Mayo desde América: "Fué la M. Adelaida una gran religiosa y una gran mujer, por sus talentos y por sus raras dotes de mando. En las épocas más peligrosas para nosotros, prestó á la Religión y aun al país en general, importantísimos servicios. Si hoy se escribiera la historia con justa imparcialidad, se hablaría mucho de ella; pero en estos tiempos de revueltas sociales, sólo se ocupa en ensalzar el vicio y la impiedad y en tributar

los homenajes propios de la virtud á los hombres que figuran en las filas del satanismo„. En el mismo sentido se expresan los Ilmos. Sres. Obispos de Lugo, Mondoñedo y otros.

El Sr. Gobernador Eclesiástico de Guatemala, D. Ildefonso Albores, que la había conocido y tratado en aquella ciudad, antes de la expulsión, decía escribiendo á la M. Dolores: “Conocí y traté de cerca á aquella grande alma, de temple incomparable, de resoluciones inquebrantables, de una fe ciega en la Divina Providencia, de una caridad ardiente y virtudes muy sólidas„.

D. Cayetano Sentís, Gobernador eclesiástico que había sido de la diócesis de Leon en el período de mayores necesidades del convento, muy favorecedor del mismo y conocedor de las monjas, decía en carta del 17 de Abril: “No dudo que el Señor habrá acogido en su seno á la que fué modelo acabado de Religiosas y Preladas„. En otra carta posterior afirmaba el mismo Sr. Sentís lo siguiente: “Poseyó la M. Adelaida, en grado nada común, las virtudes de conformidad con la voluntad de Dios y confianza en su divina Providencia. Estaba como saturada de la presencia de Dios, vivía la vida escondida en Cristo; todo lo que pensaba, todo lo que hablaba, todo lo que hacía, estaba como perfumado de Jesús, si así puedo expresarme; sus conversaciones me edificaban é ilustraban en el conocimiento de las cosas del cielo. Creo que gozaba del espíritu de oración, es decir, que estaba en oración continua, y que era tal el temple de

su alma, que todo lo que pasaba en su interior y á su alrededor la servía de materia para elevarse á Dios. Daba consuelo el oirla rezar alguna oración ó cantar algún motete. He corrido bastante y he tratado á muchos Religiosos y Religiosas; jamás encontré persona cuya conversación me cautivase ni enfervorizase más. Yo solía decir que tratando á la M. Adelaida se formaba una idea de lo que sería Santa Teresa y de lo que puede la gracia en una Religiosa de talento y bien educada.,.

Del Sr. Provisor de Salamanca, D. Ramón Barberá, son estas palabras, tomadas de una carta de 5 de Junio: "Era su alma todo amor. Dios y sus hijas; este mote pondría de buena gana en su sepulcro. Dios la dispuso para sufrir contrariedades... Como Moisés, hizo pasar el mar á sus Religiosas, y después de dejarlas asentaditas, y de consagrar á su perfeccionamiento los últimos años de su vida, ha volado al cielo.,.

No menos laudatorio era el testimonio que daba el virtuoso P. Breña, S. J., en dos expresivas cartas. Dice en la primera: "Su fallecimiento diré también que las ofrece ocasión de bendecir al Señor y darle gracias, por lo que á ella toca, pues su espíritu angelical agradó al Señor, que le sacó de este valle de miserias para darle en el cielo la corona correspondiente á su justicia é inocencia.,.

En la segunda se expresa así: "Me pareció descubrir en ella un fondo de humildad poco común y una sencillez encantadora, junto con una discreción y prudencia extraordinarias. En su oración

con Dios me parecía elevarse más de lo que mi corta vista podía seguirla, y á mi pobre juicio con paso firme y vuelo seguro„.

También pagó el tributo de su admiración á la M. Adelaida el incansable y célebre misionero Padre Juan Conde, de la misma Compañía, que escribía: “Si la suma humildad de nuestra inolvidable Madre no hubiera entregado á las llamas los documentos espirituales y apuntes que conservaba de las mercedes é instrucciones recibidas de Dios Nuestro Señor en el largo transcurso de su vida religiosa, no hay duda que tendríamos hoy la biografía íntima de su alma, y veríamos que toda ella no era más que una maravillosa historia de las bondades y comunicaciones divinas con aquella alma fina y delicada. Por lo que traté su espíritu, puedo afirmar que su conversación era con los cielos, y tenía tanta intimidad con su divino Esposo Crucificado, que podían aplicarse estas palabras de sus labios dulcísimos á su Santa Madre Teresa de Jesús: “Tú eres mía y yo soy tuyo„. Testimonios semejantes pudiera transcribir también y muy autorizados de otros Padres de la misma Compañía que dirigieron algún tiempo su conciencia y la auxiliaron mucho en sus trabajos y necesidades.

Tampoco de Guatemala dejaron de venir flores con que tejer su fúnebre, ó mejor, su gloriosa corona. El celoso capellán, D. Manuel Leal, que se hallaba al frente de la Comunidad al verificarse la exclaustación, participando su pésame á las mon-

jas, las decía: "Sólo nos consuela la idea de que está su alma gozando de Dios, pues no se nos oculta que sólo para Dios vivió„. Celebráronse también en aquella capital solemnes honras fúnebres en sufragio de su alma, costeadas por algunas señoras; y con tal ocasión se publicaron en su honor algunas poesías, de las cuales sólo voy á trasladar el siguiente soneto, que compendia su vida, el cual fué escrito por D. Juan Fermín Aycinena el 13 de Junio de 1893, y la composición poética que la dedicó desde Guatemala el presbítero D. Federico Virto.

## SONETO

¿No véis allí los ángeles del cielo  
La frente coronar de la que un día,  
Ornada en gracia juvenil subía  
Intrépida los riscos del Carmelo?

El mundo huyendo, su ardoroso celo  
Entre ásperos abrojos se escondía.  
Rasgó su nido tempestad bravía;  
Y amparo fué á buscar en otro suelo.

De Teresa en la patria halló reposo,  
Lejos, ¡ay!, lejos de su prole amada,  
En los divinos brazos del Esposo.

Allí, casta paloma enamorada,  
Se remontó con vuelo prodigioso  
Al bello azul de la eternal morada.

JUAN FERMÍN AYCINENA.

## A NUESTRA MADRE FUNDADORA

MARÍA ADELAIDA DE SANTA TERESA

Atrás dejando los paternos lares,  
Una joven intrépida se lanza,  
Por los umbrales de un convento avanza  
Y se postra ante el pié de los altares.  
¿Por qué deja las pompas seculares?  
¿Por qué del siglo el esplendor le cansa?...  
¡Es un alma que vuela y no le alcanza  
Ni la tierra, ni el aire, ni los mares!  
Alma que sufre, se resigna y ora,  
Ave que el nido defendió con su ala,  
Religiosa notable en Guatemala,  
Y en el Grajal de Campos fundadora:  
¿Quién era esa alma tan virtuosa y bella?  
¡Ah! La Madre Adelaida. ¡Orad por ella!

FEDERICO VIRTO

*Presbitero.*

Guatemala, Junio, 16, de 1893.

Otros muchos testimonios y muy elocuentes en pró de las esclarecidas virtudes de nuestra insigne Madre pudiera traer aquí; pero me limitaré ya á uno solo, el de la antigua Reina de España doña Isabel II, que luego después de la muerte de la santa Priora, escribió desde París á la M. María de Jesús, significándola el alto aprecio en que tuvo

á la Madre y la veneración con que vestía un escapulario que ésta la había regalado.

Pero hay otro testimonio que, á mi ver, habla con más elocuencia que todos los que hemos transcrito y es la flor más bella de su *corona de siemprevivas*.

Fray Luis de Leon, en el hermoso y célebre prólogo, con que, como esbelto frontispicio, adornó las monumentales obras de Santa Teresa, dice, que, aunque no conoció á la gran Santa, la veía siempre en dos imágenes vivas, sus hijas y sus libros. Del mismo modo, y por la misma razón, podemos nosotros afirmar ahora, que el testimonio que más abriganta el mérito y virtudes de la Madre Adelaida, son sus Hijas. La regularidad y observancia de estas buenas religiosas, su espíritu verdaderamente teresiano, la perfección con que procuran practicar las virtudes evangélicas y el santo celo con que aspiran á ser verdaderas hijas de Santa Teresa, son clara prueba de las virtudes de su ilustre Fundadora, que con su dirección y ejemplo supo formarlas en la escuela del Evangelio. Dios Nuestro Señor se digne sostener tal espíritu y tales virtudes con su divina gracia, para que el nuevo convento sea perpétuamente como el altar del timiama, desde el cual, ascienda sin cesar al trono del Altísimo el suave, aroma de las virtudes cristianas.



**HAN INGRESADO EN GRAJAL**

Hermana Beatriz de San Miguel.....	Castilfalé (Leon).....	6 Enero 1883.
" Teresa de Cristo Crucificado....	Guatemala.....	17 Febrero 1884.
" María del Carmen.....	Palencia.....	22 Junio 1884.
" María de la Pasión.....	Llodio (Alava).....	13 Noviembre 1885.
" Cecilia de la Divina Providencia.	Leon.....	20 Noviembre 1886.
" Juana de la Cruz.....	Bolivar (Vizcaya).....	Idem.
" María Regla de San Ignacio....	Logroño.....	3 Junio 1888.
" María de la Paz.....	Puenteareas (Pontevedra)..	15 Agosto 1888.
" Mercedes de la Santisima Trini-		
" dad.....	Castilfalé (Leon).....	19 Octubre 1892.
" Ana María de los Dolores.....	Gatón (Valladolid).....	27 Agosto 1893.
" Magdalena de la Cruz.....	Paredes (Palencia).....	6 Mayo 1894.
" María del Rosario.....	Gatón (Valladolid).....	29 Junio 1895.
" Margarita de Santa María.....	Sahagún (Leon).....	13 Marzo 1896.
" Agueda de Jesús.....	Galleguillos (Leon).....	1.º Mayo 1896
" Luz del Niño Jesús.....	Puenteareas (Pontevedra).	28 Noviembre 1897.

**HERMANAS DE VELO BLANCO**

Hermana Cayetana del Niño Jesús....	Castilfalé (Leon).....	9 Noviembre 1884.
" Ana de San Bartolomé.....	Cabrerros (Zamora).....	24 Agosto 1886.
" Encarnación de Jesús.....	Llodio (Alava).....	25 Junio 1893

**HERMANAS NOVICIAS**

Hermana Adelaida de Santa Teresa.....	Oviedo.....	8 Noviembre 1898.
" Antonia del Salvador.....	Salamanca.....	15 Diciembre 1898,

## APÉNDICE II

## BREVE NOTICIA DE LA FAMILIA DE LA M. ADELAIDA

Hemos juzgado oportuno dar aquí una sucinta noticia de los individuos de la ilustre familia de la M. Adelaida, para satisfacción y consuelo de nuestros lectores.

Hemos indicado ya, en el cuerpo de la obra, que una de las cosas que más apenaban su alma, y era como una espina que traía continuamente clavada en su corazón, fué el pensar que su madre y sus hermanos no pertenecían al gremio de la Iglesia Católica. También hicimos notar que una de las principales causas que la movieron á consagrarse á Dios, fué el conseguir de su Divina Majestad, por medio de este sacrificio y de sus constantes y fervorosas oraciones, la conversión de todos á la verdadera Religión.

Dios Nuestro Señor parece que no quiso desatender sus súplicas; pero permitiendo que toda su vida tuviese que sufrir y que orar por este motivo, pues sólo después de su muerte se logró ver completa la eficacia de sus oraciones. ¡Qué prueba tan grande y cuán penosos sacrificios la costó! Oraciones, ayunos, disciplinas de sangre y otras terribles penitencias, todo la parecía muy poco con tal de conseguir la conversión de su querida

familia; llegó hasta privarse del gusto de leer las cartas que recibía de la misma, colocándolas en las manos de una imagen de la Santísima Virgen ó de San José, para obtener su misericordia, y hasta que la obediencia no la obligaba, después de pasar semanas enteras, no las abría para mirar su contenido. Tal abnegación y tanto sacrificio no podían menos de verse recompensados.

Hemos hecho ya relación de la muerte de su madre D.<sup>a</sup> María Rouley, ocurrida en Lisboa el 21 de Mayo de 1860, indicando los indicios probables de su conversión, y por ende de su salvación eterna. Consérvase aún un recuerdo de esta señora en el epitafio que su hijo D. Juan hizo grabar sobre su sepulcro, que dice así: "A la muy amada memoria de D.<sup>a</sup> María Rouley Blackburse O'Sullivan, viuda de D. Juan Tomás Fitzgerald O'Sullivan, distinguida por la rara unión de muy brillante inteligencia y amable condición. Después de muchos años de extremo sufrimiento físico, triunfó con cristiana paciencia y vida santamente ejemplar. Descansó en Dios Nuestro Señor el 21 de Mayo de 1860.—Este monumento fué erigido por su hijo, Ministro de los Estados Unidos de América en esta corte de Lisboa.

Llama la atención este epitafio por su sabor cristiano, que ¡ojalá! se notara en muchos monumentos fúnebres de nuestros cementerios católicos, profanados algunas veces con inscripciones semipaganas.

También hemos hecho mención de la única

hermana de nuestra Madre, D.<sup>a</sup> María O'Sullivan. Esta se convirtió al catolicismo después de contraer matrimonio con D. Samuel Laugtree, de quien tuvo á su hija primera María Adelaida, apadrinada en el bautismo por su tía, cuyas huellas siguió, ingresando en el convento de religiosas del Sagrado Corazón de Nueva York.

Muerto D. Samuel, D.<sup>a</sup> María contrajo nuevas nupcias con D. Cristobal Madam, natural de la Habana, de quien tuvo á D.<sup>a</sup> Dolores y D. Julián; la primera es hoy viuda del Marqués de San Carlos de Pedroso y reside en París. En esta capital murió cristianamente D.<sup>a</sup> María el año 1866.

Respecto de los demás hermanos, apenas hay noticia, si no es de D. Juan. Del mayor, D. Guillermo, nada absolutamente hemos podido averiguar. Herberto murió muy niño. D. Tomás desempeñó el cargo de Ingeniero, se convirtió al catolicismo y vivió siempre muy ejemplarmente, muriendo por desgracia violentamente en un terrible choque de trenes, ocurrido en los Estados Unidos, en un día precisamente en que acababa de reconciliarse con Dios y recibir la sagrada comunión, que le sirvió como de Viático para la eternidad.

D. Juan, el más querido de la M. Adelaida, el más notable por su talento y por los elevados cargos que desempeñó, según hemos tenido ocasión de hacer notar, el que con fraternal cariño acompañó á nuestra Madre y sus Carmelitas en Yonkers y en su viaje á España, fué el que más tardó

en ingresar en la Iglesia Católica. Contrajo matrimonio con la distinguida señora D. Susana Rogers, siendo siempre notable este matrimonio por sus excelentes costumbres. D.<sup>a</sup> Susana se convirtió pronto á la verdadera fe, en lo que no fué poco favorecida y auxiliada por los PP. Jesuitas de Londres.

No así D. Juan, á pesar de sus nobles sentimientos y su natural amor é inclinación á la moral del Evangelio. En sus últimos años, por no dedicarse á la práctica de la abogacía, que decía era cargo peligroso para su conciencia, consagró su talento y su pluma á las cuestiones candentes que desde mitad del siglo se ventilan en la sociedad de los sabios. En 1850 perdió su capital y el de su misma esposa en la empresa humanitaria y cristiana de la emancipación de los negros, que gemían en dura esclavitud y eran objeto del comercio de los que se llamaban civilizados.

A pesar de estas nobilísimas cualidades, fué el último de la familia que ingresó en el gremio de la Iglesia. Su buena hermana, la M. Adelaida, murió pidiendo al Señor la gracia de su conversión, y el buen Dios se dignó al fin escuchar á su sierva. En 1894 se convirtió D. Juan, dando desde entonces inequívocas muestras de su fervor religioso. Recibió su primera comunión el día de San Luis Gonzaga, en París, en el colegio de los PP. Jesuitas, y regresó á Nueva-York, en donde continuó frecuentando los Santos Sacramentos y practicando las virtudes cristianas con verdadero celo.

Dios Nuestro Señor le llamó para sí el 24 de Marzo de 1895, muriendo con la muerte de los justos y dejando fundadas esperanzas de que iría á acompañar á su santa hermana en la patria feliz de los bienaventurados.

DEDICATORIA.

INTRODUCCIÓN.

CAP. I.—Antecedentes históricos.

CAP. II.—Nacimiento y primeros años de la Religiosa veneranda Sr. María Adelaida.

CAP. III.—Adelaida en el Convento, que la administró.

CAP. IV.—Muerte de Adelaida.

CAP. V.—Vida de Adelaida.

CAP. VI.—Traslado de Adelaida á Washington.

CAP. VII.—Trata la familia de que Adelaida contrajo matrimonio, y esta se opone á ella.

CAP. VIII.—Retrae Adelaida á la Visitación.

CAP. IX.—Vida de Adelaida en la Visitación, su vocación al estado religioso.

CAP. X.—Ingresa Adelaida en el convento de las Carmelitas de la Habana.

CAP. XI.—Toma el hábito Adelaida y profesa en las Carmelitas de Guadalupe.

CAP. XII.—Virtudes religiosas de la Religiosa.

CAP. XIII.—Primeras dificultades de la Religiosa en la Religión.



Ellos Nuestro Señor le llamó para el día de Ma-  
rzo de 1824, mirando con la muerte de los justos,  
y estando muchas esperanzas de que iba a acom-  
pañar a su patria en la patria le da de la  
fuerza de los acontecimientos.  
de salud, P. P. de los PP. Jesuitas y el  
de salud.

Nació D. Juan, a pesar de sus nobles senti-  
mientos y su natural amor e inclinación a la mo-  
ral del Evangelio. En sus últimos años, por no  
dejarle a la práctica de la obediencia, que debía  
ser un cargo peligroso para su conciencia, consagró  
su talento y su pluma a las cuestiones candentes  
que desde mitad del siglo se ventilaban en la socie-  
dad de los sabios. En 1774 vendió su capital y el de  
su misma familia para la manutención y  
de la de los negros, que  
eran el objeto del co-  
mercio de los que se llamaban civilizados.

A pesar de estas nobilísimas cualidades, fue el  
último de la familia que ingresó en el gremio de la  
Iglesia. Su buena hermana, la M. Adela, mu-  
rió pidiendo al Señor la gracia de su conversión,  
y al buen Dios se dignó al fin escucharle su oración.  
En 1782 se convirtió D. Juan, dando desde enton-  
ces muestras de su fervor religioso.  
Recibió su primera comunión el día de San Luis  
Gonzaga, en París, en el colegio de los PP. Jesui-  
tas, y regresó a Nueva York, en donde continuó  
frecuentando los Santos Sacramentos y practicando  
de las Virtudes cristianas, con verdadero celo.

# ÍNDICE

	PÁGINAS
DEDICATORIA.....	7
INTRODUCCIÓN.....	9
CAPÍTULO I.—Antecedentes históricos.....	13
CAP. II.—Nacimiento y primeros años de la Re- verenda M. María Adelaida.....	19
CAP. III.—Adelaida recibe el bautismo, que la administra un Obispo católico.....	22
CAP. IV.—Muerte trágica de D. Juan.....	25
CAP. V.—Vida de Adelaida en Nueva York... ..	28
CAP. VI.—Trasládase Adelaida con su familia á Washington.....	37
CAP. VII.—Trata la familia de que Adelaida con- traiga matrimonio, y ésta se opone á ello... ..	40
CAP. VIII.—Retírase Adelaida á la Visitación... ..	45
CAP. IX.—Vida de Adelaida en la Visitación. Su vocación al estado religioso.....	49
CAP. X.—Ingresa Adelaida en el convento de Carmelitas de la Habana.....	54
CAP. XI.—Toma el hábito Adelaida y profesa en las Carmelitas de Guatemala.....	65
CAP. XII.—Virtudes religiosas de la M. Ade- laida.....	71
CAP. XIII.—Primeras tribulaciones de la M. Ade- laida en la Religión.....	81

CAP. XIV.—Desempeña el cargo de Maestra de novicias. . . . .	84
CAP. XV.—Sufre nueva persecución y nuevos trabajos. . . . .	90
CAP. XVI.—Es elegida Priora por primera vez.	95
CAP. XVII.—Es reelegida Priora del convento.	104
CAP. XVIII.—Las Carmelitas son arrojadas de su convento. . . . .	111
CAP. XIX.—Tribulaciones de la M. Adelaida en la exclaustración. . . . .	123
CAP. XX.—Arrecia la persecución contra la Madre Adelaida. . . . .	136
CAP. XXI.—Trasládase la M. Adelaida al convento de Carmelitas de la Habana. . . . .	144
CAP. XXII.—Trata la M. Adelaida de fundar un convento en los Estados Unidos. . . . .	150
CAP. XXIII.—La M. Adelaida y sus Carmelitas en Yonkers. . . . .	158
CAP. XXIV.—Viaje de las Carmelitas á España	167
CAP. XXV.—Fundación del convento de Cristo Crucificado de Grajal de Campos. . . . .	173
CAP. XXVI.—Inauguración solemne del convento de Grajal. . . . .	182
CAP. XXVII.—Peligros de la nueva fundación.	191
CAP. XXVIII.—Implora la M. Adelaida la caridad, y la Divina Providencia la socorre. .	198
CAP. XXIX.—Florecimiento de la observancia en el nuevo convento. . . . .	204
CAP. XXX.—Nuevas tribulaciones y nuevos consuelos. . . . .	212
CAP. XXXI.—Últimos años de la vida de la Madre Adelaida. . . . .	217
CAP. XXXII.—Última enfermedad y santa muerte de la M. Adelaida. . . . .	226

CAP. XXXIII.—Corona de siemprevivas. . . . .	235
APÉNDICE I.—Lista de las religiosas que hasta la fecha han ingresado en el convento de Cristo Crucificado. . . . .	243
APÉNDICE II.—Breve noticia de la familia de la Madre Adelaida . . . . .	245



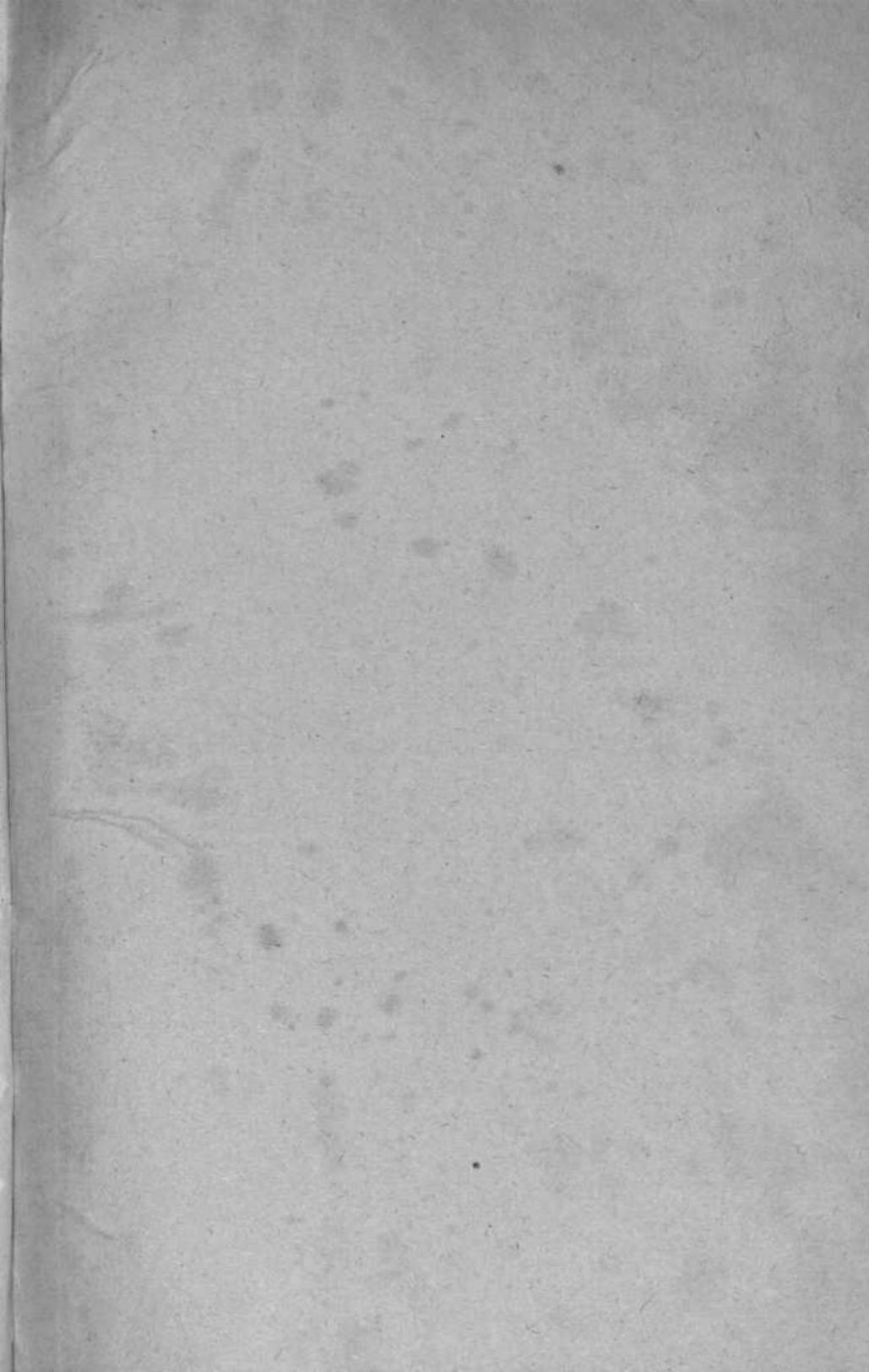
Cap. I.—Gonzalo de Sotomayor y su familia	1
Cap. II.—Lista de las religiosas que fundaron el convento	10
Cap. III.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	15
Cap. IV.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	16
Cap. V.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	17
Cap. VI.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	18
Cap. VII.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	19
Cap. VIII.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	20
Cap. IX.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	21
Cap. X.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	22
Cap. XI.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	23
Cap. XII.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	24
Cap. XIII.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	25
Cap. XIV.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	26
Cap. XV.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	27
Cap. XVI.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	28
Cap. XVII.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	29
Cap. XVIII.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	30
Cap. XIX.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	31
Cap. XX.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	32
Cap. XXI.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	33
Cap. XXII.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	34
Cap. XXIII.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	35
Cap. XXIV.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	36
Cap. XXV.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	37
Cap. XXVI.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	38
Cap. XXVII.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	39
Cap. XXVIII.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	40
Cap. XXIX.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	41
Cap. XXX.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	42
Cap. XXXI.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	43
Cap. XXXII.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	44
Cap. XXXIII.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	45
Cap. XXXIV.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	46
Cap. XXXV.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	47
Cap. XXXVI.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	48
Cap. XXXVII.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	49
Cap. XXXVIII.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	50
Cap. XXXIX.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	51
Cap. XL.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	52
Cap. XLI.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	53
Cap. XLII.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	54
Cap. XLIII.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	55
Cap. XLIV.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	56
Cap. XLV.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	57
Cap. XLVI.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	58
Cap. XLVII.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	59
Cap. XLVIII.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	60
Cap. XLIX.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	61
Cap. L.—Traslado de la M. Adelaida al convento de Guadalupe de la Habana	62

## FE DE ERRATAS

---

<i>Pág.</i>	<i>Lin.</i>	<i>Dice</i>	<i>Debe decir</i>
13	16	Bautry	Bantry
18	22	Ronley	Rouley
40	14	Saugtree	Langtree
54	20	Maylaud	Maryland
68	26	aquella república	aquellas repúblicas
83	2	Nuestra madre	Nuestra Madre
93	16	Ronley	Rouley
114	35	tormentos	tormentas
138	32	Creciendo	Creció
140	21	acrecentandos	acrecentándose
189	33	Tonkers	Yonkers
198	12	personalmente	personalmente la caridad
203	3	pesetas	pesos











ORO  
ORO

ANTONI

ORO  
ORO

VIDA

LA M MARG

ADELAIDA

ORO  
ORO

ORO  
ORO

G-13656